

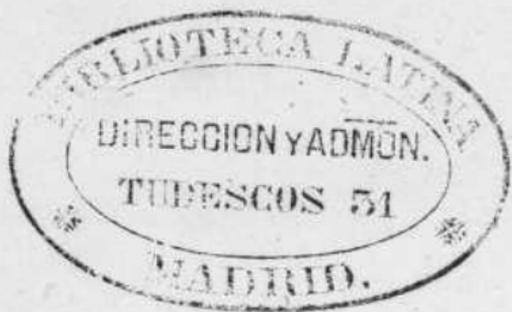
№ 20721

7

~~20~~
2 mos tele
pant

Esta obra es propiedad de su Autor, quien reserva todos los derechos.

LA CHUSMA.



Esta obra es propiedad de su Autor, quien perseguirá toda
usurpacion ante los Tribunales.



Tejuelo 2072

BIBLIOTECA LATINA.

LA CHUSMA.

ESTAN LOS 2 TOMOS JUNTOS

TIPOS DE.....

POX

UBALDO R. QUIÑONES.

—
TOMO PRIMERO
—

N.º M 2418
R. 1669 (AL)



MADRID

IMPRENTA DE JULIAN PEÑA,

Calle del Olivar, núm. 22.

1874

LA CHUSMA.

ESTAN LOS 3 TOMOS JUNTO

TIPOS DE.....

URBALDO R. QUIÑONES

TOMO PRIMERO

MADRID

IMPRENTA DE JULIAN PERA

Calle del Olivo, núm. 20.

1874



PRÓLOGO.

¡ UN MISTERIO !

Todo en este mundo se sustituye.

El viejo Madrid, hace lugar al nuevo; ¡ cosas del tiempo!

El barrio de Salamanca está á la órden del día y tiene sus motivos para estarlo.

Los que lo habitan pueden decir que se hallan con un pié en las ventas del Espiritu-Santo y otro en la Puerta dei Sol, teniendo la vista en el Paseo de la Castellana.

Viajar en ómnibus diariamente por un real, hablar con el vecino de la derecha y de la izquierda, codearse, verse á media luz al regreso, vivir á un mismo tiempo en una poblacion de verano é invierno, en invierno y en verano.

¡Quién se resiste á establecerse en el barrio de

Salamanca con tanta economía y comodidad tanta!

Hasta los aficionados al toreo están *casi* dentro de la plaza.

Decididamente, los que viven en el aristocrático barrio referido, son de buen gusto, y les asisten más de siete razones para habitarlo.

No debe extrañarnos que sea hoy el centro de reunion en donde : los semi-artistas, semi-banqueros, semi-nobles y una porcion de ricos pródigos, arrojan alegremente por entre las persianas de sus balcones, su corazon, su juventud, su dinero y sus pasiones, é *ainda mais*, como dirian los portugueses.

Hubo un tiempo, en el cual á todo acontecimiento, á toda aventura, á todo lance, á toda desgracia, solia preguntarse con mucha discrecion y mayor entendimiento, reconociendo que si el hombre se agita, es por la mujer : *¿Quién es ella?*

Hoy tambien se ha sustituido.

Cuando se mira un magnífico tronco de caballos ingleses, arrastrando á la Doumont una semi-diosa; un suntuoso palacio, por entre cuyos balcones medio abiertos se aperciben mármoles y pinturas; ó se contempla una actriz, un actor; una dama que con un sueldo módico, tienen un

ajuar como el de una princesa rusa y un lujo de príncipes, ahora suele decirse : *¿Quién paga?*

Cuando se ve á un empleado de ochomil en coche, con caballos que un infante de *pura sangre* no se atrevería á montar; á otro que juega á una carta el triple de sus rentas; á alguna dama, esposa, madre ó hija, revestida de seda y diamantes, como Vénus sobre las ondas que la sostienen, la maledicencia está allí para insinuar la pregunta de moda : *¿Quién paga?* A cada instante, en cada paso de la vida teneis este punto de interrogacion : *¿.....?*

Dicen : es el progreso, la civilizacion, con sus insistencias gramaticales.

En vano dirá el filósofo que el oro es una quimera. En vano sondeará el economista este abismo, y vanamente podrá reirse el escéptico ante las reticencias crueles del tiempo.

A una estafa se le dice : distraccion; á una distraccion se le llama : sutileza. Todo se cambia.

El Diccionario de la lengua ha hecho tambien su pequeña revolucion á lo setembrino.

Al más ligero lance, á la menor vuelta de la fortuna, en los teatros, plazas, calles, paseos y tertulias, teneis siempre á la envidiosa coqueta

maledicencia tras el oído, para deslizaros una interrogación con su inmediata respuesta, capaz de helar el corazón más *volcanizable*: ¿Quién...? La virtud de la mujer. Hé aquí la verdadera banca.

Un célebre poeta lo ha dicho, y los poetas son peritos en la materia: *Juego de amor, juego de azar*.

¿Dónde está el dinero? suelen preguntar los provincianos que por primera vez llegan á Madrid.

El dinero está en todas partes.

Los cajeros del Banco y los banqueros no tienen llaves suficiente sólidas para impedir que los billetes se evaporen *volando en busca* de aventuras. Las provincias son tributarias, porque Madrid es el gran templo de los sacrificios, y cada una paga de lo que tiene.

Hay una compensación: el provinciano envía dinero y otros tributos.....

La provinciana se viene con sus gracias, su *educación* particular y sus modales.

La madrileña, en el altar del sacrificio pocas veces hace de vestal. Tiene en cambio un papel envidiable, que no es el de quemar incienso ni perfumes....

49 Cuando sueña aspiraciones, no se contenta con medianías, aborrece los términos medios. Entiéndase por madrileña, toda la que no es de Madrid y ha hecho sus *estudios* en él.

Por eso, los provincianos, cuando sus ocupaciones habituales dejan algunas horas de tiempo á su disposicion; cuando tienen algunos dias que perder, ó mejor algunos momentos que ganar, lo que se llama *echar una cana al aire* , vienen á Madrid y.... dejan unas cuantas en las cercanías.

Madrid es esencialmente *canoso* .

Las mujeres ya saben lo que se hacen cuando no consienten venir sus novios, amantes ó esposos á Madrid.

Unos cuantos meses de permanencia en él, bastan para salpicar de argentado cabello la cabeza más rubia.

¿Es el clima? ¿Son las aguas?

¡Un misterio!

Madrid tiene su alma en su armario (si es permitido decirlo) caballeresca, artística, aventurera, heróica; reúne, en fin, todas las condiciones para escitar en grado máximo la curiosidad de la provinciana, cuya principal sociedad, generalmente, es la novela.

¿Por qué, en llegando, inquiera á todo el mundo; pregunta por un duque, conde ó marqués cuyos nombres ha oído, ó cuyas tierras radican en el pueblo de su naturaleza?

¿Por qué, cuando va por las calles y la señalan los palacios, pregunta si sus dueños están casados ó son viudos?

¡Un misterio!

El provinciano suele seguir á la provinciana como la sogá al caldero.

¿Por qué?

¡Un misterio!

CAPITULO I.

UN MATRIMONIO COMO HAY MUCHOS.

¿Por qué la Sra. de Fernandez vivia en la calle de S.... y en el barrio de Salamanca?

Este es uno de los primeros misterios que voy á disipar para la satisfaccion del amable y curioso lector, á fin de que pueda él descifrarlo....

Enriqueta de A.... era una hermosa doncella, hija de un comerciante de la calle de Postas, se habia casado con el Sr. Fernandez, uno de los muchos que *esputó* la setembrina, y pudo atravesar el puente de Alcolea, llevándole en dote dos mil pesos fuertes. Su marido, empleado en el ministerio de Hacienda, tenia ochomil reales de sueldo, que unido al interés de los dosmil pesos, colocados al diez por ciento, formaban un total de doce mil reales de renta.

En uno de los hermosos dias de primavera, siete meses despues de casados, decidió este amartelado par de tortolitos remontar orgullosamente su vue-

lo, desde la calle plebeya, ruidosa y dentada de Toledo, al barrio de Salamanca, donde alquilaron un espacioso entresuelo de ochomil reales anuales.

Acudió presurosa la suegra del Sr. Fernandez toda asustada, como lo estaba siempre de los adelantos del siglo, que aún no habia llegado á comprender. ¡Perla engarzada á la antigua, no le gustaban las piedras montadas al aire!

En vano quiso cortar las alas de su amada hija.

—Hija mia, ¿qué haces? ¡Ochomil reales de alquiler! ¿Quieres arruinar á tu esposo?

—Querida mamá, dijo esta, poniendo al mismo tiempo un ramo de violetas sobre un precioso jarro de china, aún tenemos cuatromil reales para poder vivir aquí haciendo economías.

La suegra permanecia asombrada, y se dirigió por segunda vez al esposo de su hija, que la dijo de nuevo:

—Mamá, los asuntos de la casa son negocios de Enriqueta.

—Pero veamos, querido Alberto (este era su nombre), tú que estás empleado en Hacienda, ¿has nivelado el presupuesto de gastos é ingresos? Explícamelo entonces, añadió en tono de marcada impaciencia.

—Mamá, os he dicho ya que esto es cuestion de Enriqueta: ella sabe mejor que yo la aritmética, la economía doméstica... la...

—Há poco me demostró que dos y dos son cinco;

que quien tiene seis y debe cuatro, tiene diez; principio que, en efecto, sostiene mi jefe el ministro, sábio economista, de cuya ciencia no dudareis...

Mayor admiracion en la suegra.

—Veo que los dos habeis perdido la razon, y vuestra casa no es más que una casa de locos.

El tapicero llegó en este mismo momento para recibir las órdenes de Enriqueta.

—Aunque el papel de la habitacion estaba en muy buen uso, el color y dibujo tuvieron la desgracia de no agradar á Enriqueta, y mandó empapelarlo con otro que hiciera juego armónico al colorido de los muebles. ¡Las mujeres en este siglo hacen grandes adelantos en pintura!

La mamá se puso furiosa. Como muy práctica en las cuentas al por menor, exclamó:

—¿A dónde vais á parar con ese gasto? ¡Desgraciados! ¡Nueve décimas de real por hora!... Mientras que dormís corre el alquiler, y por la mañana os encontráis once reales diarios todas las mañanas, para añadir á los once del dia.

Estas redundancias son frecuentes en los economistas de mostrador.

—Gracias á Dios, mamá, no dormimos doce horas.

—¡Hijos míos, me dais lástima! Cada vez que mire al reloj, tendré un sentimiento; cada hora que escuche, me producirá un ataque de nérvios, pensando que al oírlo oigo más cerca los pasos de vuestra ruina. Me matareis á disgustos.

— Alberto tomó las manos de su suegra (que le parecieron algo ásperas), y besó una de ellas para desarmarla.

—Veamos, y sed razonable, la dijo. Habeis sido siempre refractaria á la moda, ¿no es verdad?

—Es preciso hacer como todo el mundo, es necesario no particularizarse ni ser víctima expiatoria. Nosotros seguimos la corriente.... Pregunta á Enriqueta, y te lo confirmará, y añadió conmovido:

—¿Qué dirían de nosotros si continuáramos viviendo en aquella infernal calle de Toledo, y tan altos, cuando tanto trabajo os costaba subir, que, por lo mismo nos haceis ménos visitas?

—Ahora que estoy en actitud de ser un hombre importante, que el gobierno me apoya en las elecciones, ¿qué dirían si me vieran en aquel triste y oscuro jaulon con una entrada *dudosa*! Hay que producir efecto. El siglo se ha refinado en la comedia, mamá, y es preciso seguirle.

—Todas esas no son razones sólidas, replicó la suegra.

Enriqueta arrojó entonces á borbotones las suyas, y no concluyeron de convencer á su querida mamá.

Alberto, que fumaba un regalía, dijo filosóficamente, arrojando una nube de humo:

—Dejadla hacer; por algo es vuestra miniatura...

La buena señora salió de casa de su yerno ménos satisfecha que nunca; tomó el ómnibus, se arrojó de este en la Puerta del Sol, y en treinta pasos se puso en la de su tienda. Solo allí pudo respirar con desahogo.

— ¡Tu hija nos arruina! ¡Los dos están locos! exclamó dirigiéndose á su cara mitad, ocupado en medir un corte de vestido.

— ¡Figúrate que han alquilado un entresuelo de ochomil reales! y lo están amueblando con un lujo majestuoso. Los dosmil duros se les evaporan en ménos de cuatro meses. ¡Tendrás que recogerlos! ¿Qué va á ser de ellos?

— ¿Y qué quieres que hagamos? ¡Déjalos! dijo el comerciante que acababa de ganar un cuartillo de real vendiendo tres varas de cinta. Es la moda, la nueva manera de vivir en Madrid.

— Si así son dichosos, dejémosles que lo sean.

— ¿Tambien tú estás conforme despues del trabajo que nos ha costado ganarlos?

— ¿Es acaso una epidemia esa fatal manía?

— Mi hija se imagina tal vez, que en muriendo nosotros encontrará una gran herencia, y olvida que tiéne cuatro hermanos. ¡Veintemil duros á dividir entre cuatro, no son suficientes para darse una vida de príncipes!

— En fin... ¡que Dios les asista!

— Mi único consuelo, si les sucede alguna desgracia, si queda él cesante, que en estos tiempos

se ve con frecuencia, es darles hospitalidad en casa.

—No tengais cuidado; señora, contestó un parroquiano. Madrid vive sobre un volcan que nunca se pone en erupcion. Es como el comercio; cuando dicen que ménos se vende, es cuando mejores negocios hacen.

Enriqueta, aunque algun tiempo habia permanecido encerrada en los estrechos límites del mostrador, tenia un elevado, un profundo sentimiento del arte, bajo el punto de vista *anatómico*; amaba lo grande, lo bueno, lo bello.

Era como una de esas preciosas, sùtiles y delicadas aves que tan bien saben construir sus nidos. Habia dirigido con la maestría digna de una maga, todo el decorado y adorno de su habitacion, haciendo de su casa un nido encantador.

El papel de las paredes, las preciosas colgaduras de seda raso, y el tapizado de los muebles, formaban con su colorido armonioso, una perspectiva digna de los *cuentos*, en las *Mil y una noche*. Parecia que una mano de diosa habia elegido y colocado cada uno de los preciosos y raros objetos que constituian el ornato de sus habitaciones. La primera vista alucinaba.

Luego, despues del análisis, se deducia: que por la sencillez era lo más perfecto.

En una palabra: el observador más minucioso hubiera dicho entrando en su casa:

«Aquí vive una verdadera mujer.»

En cuanto á ella :

Tiene el entendimiento demasiado sólido para una jóven de veinte y dos años: sutil, alma grande, ilustrada, con cierta altivez que hizo presentir á sus padres un elevado rango; de conversacion dulce y agradable, sabe usar de ella de una manera fácil y afectuosa, hasta el punto de apropiarse los corazones; sus rivales decian: «tiene mucho gusto para agradar á todo el mundo y atraerse toda clase de personas.»

En su niñez fué las delicias de los parroquianos de sus padres.

Toda la gerarquía de un regimiento, desde el cadete al coronel inclusive, *descendieron* á comprar objetos de la tienda, por el inocente placer de que los tocase con sus manecitas.

Todas las facciones de su rostro son de una perfeccion completa: ojos vivos y penetrantes, sin ser duros, tienen un *no sé qué*, ¡cierto mirar! que cuando habla con alguno, como es tan amable, parece que le pide el corazon, por indiferente que sea la cosa de la cual traten; su nariz es perfecta, ¡cosa rara! la naturaleza, por el contrario del arte, hace bien todos los objetos y casi mal todas las narices; su tez, blanca-rosa, esbelto talle, regular estatura, y más que regular busto, dan al conjunto una gracia cuyo espíritu anima todo su cuerpo.

Tal es el retrato de la encantadora Enriqueta



de A... en el crepúsculo matutino del matrimonio y la vigésima segunda primavera de su vida.

Un aire pronunciadamente lánguido hace más interesante á esta criatura apoyada en el brazo de su esposo.

En los quince abrilés tuvo unos amores que hicieron bastante ruido, pero sin más consecuencias.

El Sr. Fernandez habia sido uno de esos estudiantes *perpétuos* que vienen á gastarse en Madrid unos cuantos *majuelos* (1) de sus padres, y concluyen por arruinarlos. A fuerza de ser pródigos acababan por hacerse revolucionarios, conspiradores, terribles...

¡Cómo Dios los cria y ellos se juntan!...

Alberto apareció uno de los días del mes de Setiembre en Cádiz, de allí... se instaló en el ministerio de Hacienda, primero con seismil reales, luego con ochomil, despues con doce.

A falta de medios, tiene buena presencia; alto, moreno, elegante, ojos negros, frente despejada, barba sedosa, espesa, y rizado cabello negro. Todo un *dandy* de última..... con mucho talento de artista, en la buena acepcion de la palabra. Doce años de estudios detallados en la ciencia de la vida, y cursados en Madrid; convencido de que el medio de las mujeres es un gran medio; con grandes condiciones para utilizarlo habia comenzado á

(1) Terreno plantado de vid.

seguir el camino de lechera por el vasto campo de sus ilusiones...

Tuvo la suerte de tropezar con Enriqueta en el teatro de la Opera, y se le cayó el cántaro de sus aspiraciones...

Su vista le produjo una completa metamorfosis. Se miraron, se escribieron, viéronse, habláronse, y decidieron casarse.

Al poco tiempo se habia realizado el enlace, bajo promesas de enmienda, que fueron efectuándose en cuanto á la vida pasada, y completo olvido del tiempo de borrascas; brillaron sobre una atmósfera de rosas, felices dias de bonancible y tranquila calma de esa luna tan dulce que llaman «de miel.»

Deslizábanse monótona y acompasadamente, para este enamorado matrimonio, amenazando no acabar nunca.

Bajo el más puro y envidiable arrullo, continuaban saboreando la sabrosa miel de la luna este par de tórtolas, en su encantadora jaula del barrio de Salamanca.

Un dia que el instinto social habia despertado el hastío en el corazon de Enriqueta, se aventuró á dar *un thé*.

—¿Quién le habia dado el riquísimo servicio de porcelana sajona? Ella misma.

Lo que á propósito de esto, hizo decir á su doncella: «Nada es demasiado bueno para mi señora.»

¿A quién invitaría para este thé? Algunos amigos de su esposo, empleados de su departamento, el jefe de su seccion, el subsecretario de Hacienda, secretario particular del ministro, alguna que otra jóven soltera, sus papás ó tias, alguno que otro acabado en *que... on... de... es...* tronados; un pianista, algun poeta, sus papás, alguna comparsa y á un redactor de *La Correspondencia*.

¿Cómo decirlo á su esposo?

Algunos dias de mal humor, dolor de nervios, jaqueca, serian suficiente para insinuarlo.

En efecto, la treta fué maravillosa.

Cualquiera mujer dá lecciones de medicina especulativa al más sabio discípulo de Hipócrates. El thé se dió. La Sra. de Fernandez hizo su debut en el mundo *com m'il-faut* (segun dirian los franceses) de una manera ventajosísima.

Lo sirvió con esplendidez y buen gusto. Se cantó, se bailó, se hicieron juegos de abanico, hubo hasta el feliz éxito de lo imprevisto. El Sr. Castro, que oportunamente tendremos el honor de presentar á nuestros lectores, y que estaba convidado á cenar en el principal de la misma casa, se equivocó y entró en el entresuelo, siendo muy bien recibido, hizo los honores en la mesa como él acostumbra, saludando, cumplimentando á la sociedad, como si estuviera en la corte de Amadeo.

Para atenuar el mal efecto de lo negro en el traje de los caballeros, la Sra. de Fernandez tuvo la

bondad de regalarles unas preciosas camelias jaspeadas que pasaron á colocarse, como por encanto, en los ojales de las levitas.

Breves momentos despues, cualquiera, que no fuese español de pura sangre, creeria encontrarse en los salones de algun príncipe que ha reunido en su casa lo más selecto de la aristocracia en un dia de luto. Un clavel, un pensamiento, una camelia, colocados en el primer ojal de la levita ¡se confunden tan fácilmente con los distintivos de las cruces! cuya enfermedad se ha generalizado tanto, que los convidados no pudieron resistir á esta debilidad tan inocente, infantil y natural en la plebe endiosada.

Salieron de la casa haciendo elogios del ingenio, travesura y gracia de su encantadora dueña. *La Correspondencia*, órgano imprescindible, *imparcial*, arrojó al público estos placeres privados, segun la moda.

Durante algunos dias, el grato recuerdo del thé, servido con tan pocas pretensiones por la Sra. de Fernandez, en su propia casa, fué el cebo de la curiosidad madrileña.

Viendo el feliz éxito de su encantadora esposa, Alberto, hombre de mundo y de experiencia; se aventuró á presentarla en los salones de S. E. el ministro de Hacienda.

Allí fué recibida con verdaderos testimonios de simpatía.

En Madrid no hay nunca bastantes mujeres bellas. Sobre todo en los salones ministeriales.

Pocos dias despues, y en esos sucesos que tanto interviene la política, Alberto recibió un ascenso. Sus amigos le felicitaron por el nuevo nombramiento de jefe de seccion.

Alguno que otro periódico ministerial, hizo grandes elogios de sus servicios, de su talento para los números, de sus grandes principios económicos. Al dia siguiente le presentaron en la Tertulia radical, que es el *forum* español donde los que *presienten* el arte oratorio y de la elocuencia, hacen sus primeros ensayos.

Es el circo en donde los mesocráticos tribunos ejercitan las fuerzas pulmonares á falta de otras reglas.

El Sr. Fernandez pronunció su discurso de entrada, que fué un preludio ventajosísimo.

Por la mañana, en cuanto entró en la oficina, uno de sus subordinados le entregó dos periódicos de aquel dia, que habian copiado íntegro su discurso de la noche anterior; tuvo sus ráfagas de orgullo que le subian por todo el cuerpo hasta la cabeza.

Alberto pertenecia á la regla general de los temperamentos.

Nunca se le hicieron más largas las horas de oficina que en este dia.

Ansiaba presentarse á su esposa como Demóste-

nes cuando volvia del Parthenon; satisfecho, con toda su talla, llevando la gloria en la mano, con los periódicos (los atenienses no tuvieron este privilegio) para entregárselos.

¡A ella!

Que amaba el arte, todo lo bello, se rendiria enamorada ante este humilde discípulo de Ciceron: *Hecce-Homo*.

El mejor timbre que deseaba conquistar Alberto, era la admiracion de su esposa. Entre ella y la especie humana, se inclinaba por Enriqueta.

No todos los maridos opinan del mismo modo. Era natural su impaciencia en la oficina.

Aunque pertenecia á la regla general de los temperamentos, era una excepcion en los esposos; sería capaz de conquistar el mundo para ponerlo á los *piés* de Enriqueta.

Otros lo tomarian para entregárselo en la mano.

Algunos solo la darian el imperio de él...

Esto va en gustos. Decididamente Alberto era un modelo digno de imitacion en obsequio de las mujeres.

Amaba entrañablemente á su esposa, y la complacia ¡tal vez demasiado! en sus gustos.

Un viernes recibió una esquila de invitacion, timbrada con las armas de S.... grandeza de primera de los más altos.

Como no era muy fuerte en heráldica, al pronto no pudo enterarse, pero luego despues, con au-

xilio de su amada esposa, descifraron el enigma.

Era una invitacion en regla para el baile que daban en sus salones los señores de S.....

El Sr. y la Sra. de Fernandez se hicieron presentar por el ministro de... algunos, aunque muy raros, amigos, en... *de...* y en *on*, los mejores bailarines del pais de los Farineli, que fueron los héroes de la régia fiesta. Una *noche danzante* es de las más deliciosas, sobre todo, cuando se pasa oyendo la *melodía* de los que poseen el idioma de la música... en jerga bilingüe.

Los acabados en... *ffi...* *lli...* *ssi...* tienen una conversacion tan armoniosa!

¡Hay tanta flexibilidad en su acento! y más si conocen las frases de sus compatriotas Ariosto, Tasso, Dante... ¡Es tan embelesador!...

Enriqueta, que estaba en su elemento, y en el instante de saludar á una *prima-donna*, dijo á su esposo, lanzándole una de esas miradas que electrizan, conmueven, descomponen...

—Querido Alberto, esto fascina...

—Hace tiempo que tú me has fascinado, hermosa Enriqueta.

Y añadió el enamorado Alberto:

—Encuentro que estas fiestas son demasiado insinuantes... Los reyes Católicos debieron, á no dudar, ser de mi opinion. ¿No te parece, Enriqueta?

—Tú eres el que ménos motivos tienes para decirlo, replicó Enriqueta.

—Recorre la vista por la reunión y te convencerás de ello. Ahora, con el matrimonio civil, se han hecho todos tan *inciviles para con él*, que aquí somos de la excepción. ¡Empero....! creo..... eh? replicó el marido con cierto gracejo.

—Convendrás conmigo en que la etiqueta flamenca era ménos descarada que la francesa; ésta aún es ménos que la italiana. Y si juzgamos á los habitantes de este palacio por las épocas, y á las épocas por la etiqueta, convendremos siempre en que el progreso existe...

—No así en nuestra casa, replicó Enriqueta. Mira la Sra. de M... con qué gallardía flota entre ondas de seda y terciopelo, salpicada de diamantes y perlas! Nadie diría al verla que ayer estaba, como las ranas, entre...

—No seas indiscreta ni suspicaz, interrumpió Alberto.

Unos instantes despues se acercaba la dama aludida á saludar á los Sres. de Fernandez, á quienes habia conocido incidentalmente, y más bien para ponerse á cubierto de una nube de aspirantes á destinos, que á despecho de la naturaleza y el tiempo, la encontraban siempre bastante jóven y bonita para hacer de ella el embajador de sus pretensiones cerca de su marido.

—Adios, querida R..., ¡tanto tiempo sin vernos! exclamó Enriqueta. ¡Cuánto placer tengo en verte llegar hácia mí, tan hermosa y encantadora como

Vénus perseguida por los sátiros! añadió con fina coquetería.

— ¡Qué crueldad más galante!

Las mujeres se vengán arrojándose mutuamente flores; y los hombres plomo y hierro.

Enriqueta no encontró muy de su gusto que el cuadro feo y deteriorado de su amiga, tuviera un marco precioso, revestido de diamantes; mientras que el suyo, siendo jóven y bonito, tenía un humil-dísimo marco; y nada consideró más natural que dar una lección á los hombres en presencia de su marido, haciéndolos testigos de su venganza.

— En ese caso, amiga mia, ninguna mejor que Minerva para auxiliarme, contestó la Sra. de M.

— ¡Gracias! replicó Enriqueta ruborizándose.

— ¿Y tu esposo, está bien?

— Siempre ocupado... en la dichosa política...

— El tuyo lo veo tan... Balbuceó Fernandez, admirador vuestro...

Las damas juegan con la mitología, como los caballeros con el florete ó la espada.

Todas son armas de combate.

Una danza americana se dejó oír, á tiempo que el ministro de... tuvo el honor de pedir permiso al Sr. Fernandez para bailarla con su señora esposa.

Alberto, como hombre amable, seguro del amor de su señora, y no muy celoso, aceptó la honra que á Enriqueta le dispensaba S. E., de buen gusto.

Y la pareja se deslizó al compás de la música en aquel mar hirviente, cuajado de perlas.

La Sra. de M., apasionada por todo lo de América, donde su marido había estado empleado algún tiempo, dijo á Alberto:

—Parece que los piés se resisten á estar quietos con esta habanera...

—Es verdad, replicó él, comprendiendo la insinuación. Si me dispensais el placer de... les daremos satisfaccion...

—¡Gracias!

Marido y amiga se lanzaron al encendido piélagó formado por la brillante multitud, cuyas olas se agitaban en derredor de la orquesta, con ondulaciones de un efecto mágico, bajo la impresion de miles de luces, de facetas en infinitos colores.

En este baile tuvo Enriqueta un verdadero triunfo, de más consecuencias que en el thé de su casa.

Aquí por su cabello; allí por sus chispeantes y hermosos ojos; más allá por su traje, y en todas partes por su gracia y talento. *La Correspondencia*, *El Imparcial*, *La Iberia*, y otros periódicos la citaron entre las notabilidades y encantos de la corte, al lado de los títulos más *rimbombantes*, cuyo honor la fué muy agradable.

En ménos de quince días, Enriqueta de Fernandez se hizo la mujer de moda en Madrid, por su elegancia, por sus trajes y por su gusto. En una palabra, fué una señora modelo.

La doncella solia decir: «Despues que mis señoritos asisten á los bailes de los señores de S.... no se les puede resistir. ¡Qué tono! ¡Qué humos!»

—¡Ni que fueran unos príncipes!

Otro detalle.

Dos dias despues del primer baile á que habian asistido en palacio, la doncella dijo á la cocinera:

—Sabes que el señorito ama más que de costumbre á la señorita?

—¿Pues?

—Acabo de verlos besarse por primera vez, y debian tener en cuenta que *una* es jóven y soltera, y francamente, esas caricias la enternecen á *una* el corazon, como no lo tiene *una* de piedra y... luego, si el novio se atreve... ¿Con qué motivo se lo prohibo, cuando las gentes de *buen tono y educacion* no saben resistirse, contenerse, donde hay gente delante?

—Ya se librará muy bien el mio.

—Se lo he de decir para que aprenda, replicó la cocinera.

—Un novio no es un marido, pero la educacion está bien en todos, añadió la escandalizada.

Otro dia observa la cocinera, al venir de la compra, que la señorita sale hasta la puerta de la calle á despedir á su esposo. Esto lo encontró contra costumbre y no de buen tono; como siempre, comunica su observacion á la doncella.

Todo hogar doméstico es una semi-nacion, que

tiene su gobierno y sus oposiciones; sus defensores y sus partes fuertes, con sus enemigos y sus partes débiles.

El gato conspira contra el perro; este ladra al loro; el criado y la cocinera contra la doncella; esta y el ama contra el amo. Hay sus partidos medios y sus partidos extremos. En la dictadura, todos conspiran contra el tirano. Afortunadamente Alberto no lo era.

Si hay dos reyes tiene que haber dos córtes, dos camarillas, dos poderes. El hogar doméstico es una nación en miniatura.

Enriqueta y Alberto se entendían perfectamente; para que la cocinera y la doncella conspirasen de acuerdo, en el terreno de las observaciones, dentro de la legalidad conyugal.

Alberto, como todo monarca que conoce su poder, dormía tranquilamente sobre su fuerza.

Enriqueta comenzaba á desvelarse alguna que otra vez, ante la impertinente curiosidad de su doncella.

En algunas circunstancias había ido repentinamente á mirarse en el espejo, molestada por la excesiva atención que ponía en mirarla su doncella.

En dos ocasiones la preguntó con acritud si tenía algo en la cara para que la mirase tan fijamente.

En la primera la doncella contestó «que no se cansaba de admirar sus ojos.»

En la segunda no tuvo valor la curiosa más que para balbucear estas palabras: «La señorita está tan colorada, que parece tiene algún disgusto...»

Enriqueta esperó la tercera para presentar la batalla y sondear el abismo. Estas contestaciones no la habían dejado muy tranquila, ni completamente satisfecha.

La oposición, por el lado de una doncella, no puede quitarse de en medio, es preciso ganarla, sobre todo cuando es el gobierno del mismo género. Enriqueta quería apereibirse antes de emprender este cambio. Las mujeres son más constantes, por lo mismo que suelen ser más diestras. Con el hombre sostienen lucha hasta que son vencidas. Pero una contra otra, no se rinden hasta que mueren; son implacables.

En el paseo, en el teatro, levantaba en derredor de ella un murmullo de esos que tanto agradan á las mujeres que son causa.

«¡Qué hermosa es! ¡Qué elegante! ¡Qué ojos tiene!»

Era una de esas señoras que tienen privilegio para ocupar la atención por do quiera que van. Estaba satisfecha de sí misma. Un día hubo de ponerse enferma; por esto mismo.

Había ido á visitar una amiga de esas que reciben en días señalados.

El salón estaba lleno, y como en estos casos, los caballeros, en varios grupos, conversaban separa-

dos de las señoras, según la moderna costumbre.

Uno de aquellos, no muy distante de la Sra. de Fernandez, tuvo el mal gusto de ocuparse de ella, no tan alto que le oyeran todos los del salón, ni tan bajo que ella dejase de oírlo.

—¡Qué vestido de terciopelo más precioso lleva la de Fernandez!

—¡Con qué elegancia viste! añadió un segundo.

—¡Y qué lujo lleva siempre! dijo un tercero.

—¿Tiene rentas? interrogó un cuarto.

—Creo que el sueldo *pelado*, replicó el segundo.

—¿Qué sueldo tiene? preguntó el primero.

—Veintitantos mil reales, replicó el interpelado.

—Pues sólo el vestido y los pendientes los valen.

—Aquí hay algún misterio. ¿Quién paga? añadió un indiscreto que hasta entonces había permanecido callado. Esta interrogación fué como una gota de ácido prúsico caída sobre la boca de Enriqueta. La dejó blanca como la cera, petrificada, fría.

—¿Se ha puesto V. enferma? preguntaron á un tiempo varias señoras.

—Un mareo... balbuceó Enriqueta.

—Se me pasará pronto..... añadió recobrando ánimo.

En efecto, parece que avergonzada de su debilidad se repuso rápidamente por una reacción que dibujó en sus mejillas, antes lívidas, dos rosas de Alejandría.

—No encontrando de buen tono, ni de muy me-

diana educacion, estas recepciones officiosas, prometió no asistir á ellas jamás.

Imposible me es en estos momentos responder á la pregunta impertinente de tan pésimo gusto, que estuvo á punto de producir una enfermedad á la señora de Fernandez.

Estudiemos, si mis amables lectores quieren, esta cuestion en conjunto. Sigamos á esta encantadora dama cada vez que sale de su casa (si esto no se opone á vuestra rectitud de principios); cada vez que reciba una carta leámosla; si la entregan ramos de flores ó cartuchos de dulces, hagamos su análisis, penetremos en su fondo.

Si algun hombre la sigue, vigilemos á este hombre. Y antes de nada, interroguemos el corazon de Enriqueta.

Mirándola profundamente, se podria advertir en sus labios de carmin, algunos pliegues ocultos de la malicia, que tranquilizan al advertir la verdadera expresion del candor en sus ojos.

Tan cándida como una paloma, con un corazon tan puro como el agua cristalina del arroyuelo que se desliza sobre un lecho de arena y pedrisco, cuyo aroma le prestan las mil flores que ornan sus bordes; amando profundamente á su esposo; con ese amor que nace en un corazon generoso, impresionable, sin nada de interés ni de capricho que lo acibaren.

Instruida, inteligente, habiendo visto la come-

dia de la vida desde un rinconcito del mostrador de la tienda de sus queridos papás; leído mucha novela del género Dumas, Paul de Kok, Fernandez y Gonzalez, Perez Escrich; astuta como toda mujer que ha estudiado bajo el árbol de la ciencia, sin atreverse á probarlas...

Hablad con ella en confianza de las demás; en un rincón de la chimenea, entre el calor de la amistad y del fuego, para que pueda hacerse traición, y no se la hará nunca; porque sabe que, nuestra madre común, al ser arrojada del Paraíso, cometió una falta, *llevándose* la manzana, y por lo mismo puede guardar un secreto.

Su corazón tan inocente como el de un niño, tenía todo el calor que le habían comunicado las virtudes de sus padres; tampoco estaba exento de ellas.

Desde que las facultades intelectuales fueron desarrollándose al contacto de la sociedad moderna, una hizo en él leve lesión que la produjo el efecto de un agujero por donde entra aire cuando hace frío. Teniendo algunas nociones de Economía quiere tomar la revancha de sus vigiliass, bajo el hogar paterno. A la economía de sus padres, opone la economía del tiempo, y su diminuto pié abor-
dó los dorados horizontes del lujo.

¿Por qué la Sra. de Fernandez vivía en la calle de S. y en el barrio de Salamanca?

Porque quería ver el abismo desde el borde, y le

gustaban las flores, y allí podía dedicarse desahogadamente al cultivo de una multitud de preciosas y variadas macetas, cuyo lenguaje mudo y simbólico encontraba encantador, sábiamente combinado.

CAPITULO II.

VANITAS VANITATIS ET SEMPER.

SEGUNDO BAILE EN PALACIO.

Una espléndida mañana de un viernes, á la hora del alba, Enriqueta de Fernandez decidió pasar minuciosa revista á todo el ajuar de su uso; desde la última cinta de la *toilette*, hasta..... las sortijas de su infancia. Todo su equipo, sencillo, nuevo, bueno, estaba completo y aún tenia bastantes apéndices, que sólo el refinamiento del lujo podia dispensar.

Sin embargo, acordándose del baile pasado, de su antigua amiga, la Sra. de M...., cuya belleza negativa iluminaban los diamantes de su aderezo; notó que la faltaba algo.

Quería hacer esta segunda vez una entrada sorprendente y se decia á sí misma, que la luz de sus dos ojos, no era bastante para iluminar todo su busto.

¿Cómo alumbrar su abundante y sedoso cabello,

peinado á la duquesa de Borgoña, sin mariposa ó diadema, recamada de rosas de fuego?

¡Y sus brazos finos, torneados y prematuramente rellenos!

¿Cómo no realzarlos con un mal brazaletes de una emperatriz?

—Querido Alberto, dijo á su esposo antes de tomar el chocolate: habrás comprendido que no puedo pensentarme en casa de los señores de S..., ni ir esta noche al baile sin un aderezo de diamantes. Te debes haber apercebido de mi desairado papel la última noche.

—Enriqueta mia, ¿no sabes que la juventud es un diamante, y la virtud una perla, que componen el más precioso aderezo?

—¿Para qué quieres más, corazon mio?

—¿Sí, sí; conozco todos tus proverbios; podías regalar algunos al escudero del hidalgo manchego: pero si hiciese caso de todos los que me endilgas, tendria que ir desnuda.

—¿Y no estarías más encantadora? la dijo el jefe de seccion, que empezaba á usar el lenguaje de la nueva sociedad donde habian entrado.

—No estaré ménos bella, pero sí más *cursi*; tú me permitirás que no vaya esta noche al baile de palacio.

—Lo que más me exaspera, añadió con una monería y un encanto tal de inocencia, no es la falta de diamantes: es ver que las otras los tienen.

—¿Cómo luchar con armas desiguales?

—Las mujeres que tienen diamantes, es porque las falta la luz de la juventud: son ya jamoncitas..... replicó Fernandez.

—¿Cómo vas á comparar el brillo de la tuya con el de esas piedras preciosas?

—Ese es el argumento de todos los maridos, que lo echa por tierra el siglo XIX.

—Nosotras tambien hicimos y hacemos revoluciones; todo lo hemos cambiado: recuerdo haber oido á mi mamá, que en su tiempo, á los veinticinco años, si una era muy formal, la permitian llevar una crucecita de diamantes en el cuello. A los treinta años, toleraban pendientes; á los treinta y cinco, un bracelete; á los cuarenta, un collar: eran las *estaciones* de las piedras preciosas que se iban.

—¡Pero hoy! la época del sulfato de hierro (1), que nos hace ser mujeres á los once y trece años. Hoy que á los quince ves á las jóvenes ocultar los dedos de sus manecitas en sortijas, las alabastrinas gargantas en perlas, el dorado lino de sus cabellos quemarlo en diademas de topacio ó cortarlo con serpientes y espadas de oro, cuando no lo secan en polvos de idem por el placer de llevarlo envuelto con el que no es suyo.

(1) La fuente de Hierro en Madrid es muy frecuentada por todas las niñas que pretenden fortalecer y desarrollar la naturaleza, cuyas aguas son milagrosas para este efecto.

—Hoy que la pintura, la perfumería y el afeitado se han puesto de acuerdo con el arte, para vengarse del natural: ¿quieres que me abandonen y me dejen sola, en un sofá, como una provinciana incivil, ó como una rústica del siglo anterior?

Estas consideraciones, expuestas en suplicante ademán, con esa gracia que todas las mujeres saben emplear cuando piden algo, concluyeron por entristecer á Alberto.

—Tú comprendes, querida Enriqueta, que yo bien quisiera arrojar piedras preciosas en tu jardín; pero ¿cómo cogerlas?

—Yo sé perfectamente dónde y cómo. Dáme cuatro mil reales y quedarás admirado esta noche.

—¿Por qué milagro?

—Tú sabes que los americanos de la Carrera de San Gerónimo, son magos; por los cuatro mil reales me darán un aderezo que engañará á todo el mundo.

—Excepto á mí, replicó vivamente Alberto.

—¡Eres célebre! exclamó Enriqueta.

—¿Dónde has aprendido á conocer los verdaderos y los falsos?

—No lo sé: pero conozco las mujeres y los diamantes.

—Por aquí no pueden engañarme.

Enriqueta miró á su marido aparentando no dudarle y alargó su mano.

—Dáme los cuatro mil reales y no seas tacaño.

—¿Qué son mil pesetas?

—Méenos que nada; pero no las tengo, respondió Alberto dando un suspiro.

Una tristeza profunda se apoderó del rostro de Enriqueta, que estuvo á punto de coger un histérico..... como el de la visita.....

— Su marido acudió instantáneamente á su socorro diciendo:

—Es igual; compra tu aderezo, y que los americanos envíen la nota al ministerio, á méenos que puedan esperar hasta la noche.

—No, replicó ella, iré á casa de mi mamá, y se los pediré prestados. Tú comprenderás, no quiero dar mi nombre para que se corra entre tus amigos y me pongan en ridículo ó me deshonren.

—No vayas á casa de tu mamá, luego te los enviaré.....

Por cualquier prisma que se mire, un baile tiene sus consecuencias propias.

Dias antes se habia dado la orden para que los *empleados* de 12.000 inclusive, comprendiendo los de la casa, pudieran asistir á las régias recepciones en los dias consagrados á la divina Venus.

— Esta orden alcanzaba hasta los militares de guarnicion en la córte, cuyo desahogo les permitiera un frac. El baile de aquella noche prometia estar animado, regularizado, ordenado y concurrido, á diferencia de los anteriores. Era un baile de real orden.

La señora de Fernandez hizo una magnífica entrada en el palacio de los de S..., causó efecto, sorprendió, y aunque en un momento todas las miradas se fijaron en la suya, el color de rosa de sus mejillas no se alteró en nada ante sus diamantes falsos.—Su esposo hizo como el sol hace todos los dias, coloreóse de púrpura, y se ocultó bajo el espeso horizonte de la multitud.

—¡Qué loca es mi mujer! dijo entre dientes. ¡Qué valor y qué descaro!

No habia reflexionado aún: primero, que no podia ser el marido de una mujer tan *reluciente* en diamantes; segundo, que seria el objeto del ridículo más grande, siendo el editor responsable de un aderezo de piedras falsas. Si los cañonazos de Alcolea no le hubiesen dejado sordo de la conciencia, Fernandez en esta ocasion desearia verse medido cien piés bajo tierra.

Aunque fuera sordo por un lado de la conciencia, como todos los setembrinos de pura sangre, no estaba ciego, veia que....

Más de sesenta miradas se posaban alternativamente entre él y su mujer, como otros tantos puntos de acentuada interrogacion.

En ciertos salones la hermosura tiene muchas veces razon, sabe hacerse perdonar; en los ministeriales y palacio siempre.

Como la encantadora Enriqueta no encontraba dónde sentarse, el embajador de.... previo el per-

miso de costumbre, la condujo del brazo al lado de las damas más encopetadas, haciendo seña á un lacayo para que trajese una silla volante.

El marido se tranquilizó algo perdiéndose en el bullicio con visibles muestras de estar bastante contrariado.

Bien pronto muchos de sus subordinados y otros que no lo eran, le calmaron por completo, haciendo grandes elogios del adorno de su señora. Concluyó por creer que él sólo era dueño del secreto, y se restableció su equilibrio con todas las apariencias de la mayor jovialidad.

Empero era la primera vez que tocaba el fuego; se sentía invadido y tuvo necesidad de tomar fuerzas; fué al ambigú.

Las señoras de moda, como si dijéramos la aristocracia del dinero y la sangre, que podían entrar en palacio, eran muy contadas; á las nobles de pura sangre castellana no las gusta salvar puentes, y ménos el de Alcolea ensangrentado.

En cuanto hubieron apercebido á Enriqueta, la miraron descaradamente, con impertinencia, y se pusieron á hablar entre ellas, preguntándose ¿de dónde venía? ¿Quién era? Si la hermosura se hace perdonar entre los hombres, es suficiente para que las mujeres la castiguen.....

Dos habladores, de esos que en todas partes desempeñan voluntariamente el papel de bufones, y creen ser tanto más graciosos, cuanto más faltan

á la educacion y urbanidad, refirieron unas cuantas leyendas, cuya heroina era la señora de Fernandez.

—Ya estamos demasiado enteradas, dijo una de las curiosas.....

—Aun suponiendo que sea verdad, añadió otra, ¿qué importa todo eso? Cuando una es tan hermosa y elegante como ella, no se necesita pasaporte para entrar en todas partes.

—He de rogar al embajador de..... que me la presente, para invitarla á mis reuniones, añadió otra *cursi*.

—Sin embargo, la verdad comenzaba á hablar en la esfera de las *elegidas*, donde estaba Enriqueta. Una de sus amigas de otro tiempo, hija de una antigua cantinera de batallon, casada sincera y religiosamente como ella, con un teniente coronel, la habia reconocido, manifestando sintéticamente que era un escándalo ver la hija de un comerciante de la calle de Postas cubierta de diamantes.

—¿No ves que son falsos? le dijo su hermana?

—¡Tanto peor! Ninguna tiene derecho para traer aderezos falsos á palacio, replicó cándidamente la bondadosa teniente coronela, que consideraba ofendida la gravedad del sitio con falsificaciones.....

—¿Crees que por eso será condenada á presidio?

—Tomaron por testigo á un capitán del regimiento.

—Capitán G..... ¿no es verdad que el aderezo de aquella señora es falso?

—No lo creo; ¡miren Vds. cómo brilla! Estoy desvanecido.

—¿Será la hermosura de la dama la que le *desvanece* á V?

En este instante llegó otro admirador, luego un tercero, después un cuarto, todos militares; luego otras dos señoras. Se discutió acaloradamente sobre quién lo había hecho.

¿Era Samper, Martínez ó los americanos? Estaban en desacuerdo.

Hubo apuestas. ¡Sobre qué no las hay hoy!

Se acercó un coronel, joven, de talento, galante....

—¿De qué se trata?

Le contaron la disputa.

—¡Muy bien! ¿Y quién va á sacar á Vds. de dudas con la verdad?

—La misma señora, repuso una hinchada intendenta.

—O su esposo, añadió un amigo de ésta.

—¿Están Vds. locos?

—Yo voy á verlo de más cerca.

Y fué á sentarse muy inmediato á Enriqueta, saludándola respetuosamente.

—Es V. tan hermosa y elegante, señora, que todos los ojos de la reunion tiene aprisionados.

—Lo comprendo, y V., con su delicada galantería, viene á pedir permiso para *sacar* los suyos.... Alguna amiguita maliciosa me estará co-

siendo un traje.... para el Carnaval próximo. ¿Trae V. el encargo de ofrecérmelo? añadió Enriqueta con ironía.

—¡Nada de eso! añadió el jefe.

—Señora, me hace V. *demasiado* honor, y no merezco, en verdad, tanto....

Momentos despues se incorporó al círculo de las apuestas.

—Siento decir á Vds. que son verdaderos y muy finos. Es un aderezo riquísimo.

Ya no hubo dudas. Lo dijo un coronel, hombre de experiencia y de talento por añadidura, y todas se disiparon.

Un coronel en un regimiento es una autoridad en todo asunto: *ad episcopos*.

En otro círculo opuesto, se discutia tambien sobre el aderezo de Enriqueta; allí estaba Alberto rodeado de algunos amigos de confianza.

—Es maravillosa la perfeccion, cómo se imitan los diamantes, dijo Fernandez, y añadió:

—Sucede como en las flores artificiales, que las hacen mejores que las naturales.

—Yo creia que los diamantes falsos no tenian brillo, balbuceó un físico.

—Sí lo tienen; pero es más opaco, replicó Alberto.

—Un diamante verdadero despide luz como la del sol, y uno falso, como la de la luna. El brillo viene á ser lo mismo, objetó el físico.

—Sí; pero es cuando los tallan mal, dijo el marido; la cuestión se reduce á cristalizarlos con el mismo número de facetas que los verdaderos, con un pulimento fino y delicado, que no todos saben hacer tan bien como los americanos.

—El collar de la duquesa T..... y el brazaletes de la condesa R..... que son de verdaderos, tienen más brillo que los de mi esposa..

Alberto quería probar á sus amigos que el aderezo de Enriqueta era de diamantes falsos; entre ellos habia un excéptico, que les dijo:

—Ya lo estais viendo, Fernandez quiere reirse de nosotros; pero yo no soy tan simple como todo eso.

Y mirando á su amigo cara á cara, añadió con aplomo:

—¿Me quieres probar tambien que los caballos que conducen á tu esposa á la Castellana son falsos?

—No, replicó otro; pero son los caballos y el coche del subsecretario de Hacienda, cuya señora es amiga de la de Alberto.

—¡Sí, son caballos ingleses, magníficos, y el Estado los gasta españoles!

—Por eso son falsos, porque, siendo españoles, pasan por ingleses.

—A eso se dice son *caballos de.....* añadió un andaluz de pura allende Despeñaperros.

—Hoy ya no se gastan.

—¿Por qué? murmuró Alberto.

— Porque ya no hay niños, dijeron los demás.

Concluido el baile, Alberto más enamorado de Enriqueta y ménos convencido de la falsedad de sus diamantes, se retiró á su casa llevándola del brazo y burlándose ambos de la credulidad de la reunion.

CAPITULO III.

UN DISCÍPULO DE MURILLO.

Algun tiempo despues del baile á que se refiere el anterior capítulo, convencieron á Enriqueta de que tanta hermosura y belleza tan perfecta, debiera pasar á la posteridad, como un justo tributo que venia pagándose desde el Renacimiento, por todas las damas que habian conseguido hacerse de moda.

Enriqueta lo era ya por completo.

—Figuraos, la dijo uno de sus amigos, qué magnífico efecto hará vuestro retrato en una exposicion, en el salon de algun Ministro, General ó Arzobispo.....

—¡El dilatará los límites de vuestro renombre!

—¡Sobre todo! En el escaparate de los almacenes de la calle de la Montera, tan frecuentada, ó en el de Rois de la calle Mayor.

—Mejor aun en el de San Martín de la calle del Arenal.

—Llamará la atención del rey, y al pasar se detendrá á mirarlo y.....

—Preguntará: ¿Quién es esta signorina?

—¡Hecho por un buen pintor!.....

—¿Cómo quereis que me retrate? Interrumpió llena de entusiasmo Enriqueta, ante una perspectiva tan embriagadora como risueña.

—En traje de baile, descotada, con vuestro aderezo de diamantes, como si dijéramos, ¡con el traje de vuestro triunfo y en todo vuestro esplendor!...

Comenzó por ensayar multitud de posturas ante una veneciana de cuerpo entero, hasta que una de medio perfil, de las más irresistibles, los ojos casi en blanco, le pareció excelente.

Consultóla á su amigo y estuvieron de acuerdo.

En el momento que llegó su esposo, le expuso razones, le pidió, le rogó, concluyó por exigirle: era preciso retrarse ó que la retrataran al óleo.

La fotografía es vulgar, comun, excesivamente *cursi*, y además no hace favor, por el contrario, quita á las que tienen y dá á las que carecen.

Alberto no conocia más que fotógrafos.

Al fin de tanto buscar, encontró un pintor que

estaba ávido de celebridad y deseaba hacerse por la misma.....

Era un furioso colorista que habia concluido por olvidar el dibujo.

El artista fué en casa del Sr. Fernandez y empezó su obra. Hizo el busto con unos cuantos brochazos, al primer golpe de vista, de muy buen efecto, pero nada más que al primero.

Mientras que el retrato fué solo un croquis iluminado, de expresion vaga y confusa, pudo juzgarse que podria salir perfectamente hecho, pero á medida que el pintor trabajaba, la verdad, la perfeccion y el encanto, iban desapareciendo.

Enriqueta se impacientó en un principio, concluyó por cansarse y no quiso *ponerse* para que la continuara retratando.

El pintor se disculpó: dijo..... que no podia trabajar bien, más que en su taller, y se llevó el lienzo.

—Vuestra esposa, dijo al marido, es demasiado nerviosa y no puede estarse quieta ni un momento.

—Ya, ya, lo sé.....

Pintaré los contornos, el traje, el peinado, las flores, y despues avisaré á V. para que venga su señora y pintaré la cara.

Algunos dias más tarde, el Sr. Fernandez hizo una visita al taller y quedó entusiasmado de la metamórfosis.

El pintor hubo de rogar á uno de sus amigos que

retocara su obra, y habia sido admirablemente hecha.

—Ahora veo, desde luego, que el retrato saldrá bien, dijo Alberto. Voy á traer á mi señora.

—No; tiene V. que esperar aún, porque he de pintar el collar y los pendientes, será preciso que usted me los mande.

—Yo los traeré mañana mismo, dijo el marido de Enriqueta.

En efecto; á la mañana siguiente, Alberto no esperó que su mujer se despertase para tomar la caja que contenia los pendientes y llevarlos al taller del pintor N.....

—¡Qué preciosos son! Dijo éste abriendo la caja.

—Sí, respondió el marido, pero (dicho entre nosotros) no debe V. admirarse tanto, porque se han comprado en los Americanos.

—¡De veras! Me alegro; así no tendré tanto cuidado porque no se me pierdan.

—¿Su señora los necesita esta noche?

—Creo que no, aunque irá á la ópera se pondrá otros indianos.—Puede V. tenerlos hoy y mañana.—Y se fué satisfecho.

En cuanto Alberto regresó á almorzar, dijo á su esposa que habia tomado los pendientes para dejárselos al pintor.

—¿Estás loco? dijo enfadándose profunda y extraordinariamente. ¡Qué! ¿Has tomado mis pendientes sin advértírmelo?

—Como estabas durmiendo..... balbuceó.

—¿Tienes confianza en ese pintor? interrumpió bruscamente.

—Tú sí que estás loca. Bien sabes que todos los artistas son muy honrados. Creo además que la cosa no merece la pena de enfadarse tanto.

—Al fin y al cabo, se perderían trescientos reales, cuando más, que valen los diamantes falsos.....

—¡Trescientos reales!

La señora de Fernandez tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y se mordió los labios.

—¿Diamantes falsos? añadió. Todos los días no se compran esas *gangas*.

—Cuando tanto me he acostumbrado á poseerlos..... parecen tan..... verdaderos..... vete á buscarlos inmediatamente, si quieres que no me ponga enferma y tengamos un disgusto.

Alberto que los detestaba y no le hacia buen efecto ver enferma á su querida esposa, prometió traerlos al oscurecer, pero cuando fué á casa del pintor y volvió otras dos veces, éste no estaba, ni aun habia venido.

Enriqueta concluyó de ponerse furiosa. Alberto no comprendía el disgusto, ni la impaciencia de su esposa, antes tan pródiga y ahora excesivamente económica.

Al otro día, y antes de ir al ministerio, se pasó por el taller del retratista.

—Llévese V. inmediatamente los pendientes,

dijo el artista presentándole la caja. La noche pasada, no me han dejado dormir.

—¿Pues cómo?.....

—Figúrese V. que ayer los había puesto en las orejas del maniquí-modelo, entro á media noche, miro el retrato y el maniquí..... los pendientes habían desaparecido. ¿Era un sueño?

—Me lo parecía.....

—Despierto al criado: es un astúr más fiel y honrado que Pelayo. Le amenazo con el presidio y el garrote. Concluye por confesarme que una amiga, que frecuenta más ordinariamente el taller, vino, los vió, se los puso, y dijo que se iba al baile con ellos. Por último, volvió por la mañana temprano y devolvió los pendientes al maniquí. ¡Imagínese V. qué noche habré pasado!

—¿Los ha pintado V. ya? Dijo Alberto con marcada inquietud.

—Lo mismo dá; están ya dibujados y puede usted llevárselos.

Fernandez se llevó los pendientes de su señora.

—¡Es particular! dijo mirándolos por el camino.

—Parece que brillan ménos que en las orejas de mi esposa.

—Será tal vez por la manera de llevarlos y la refaccion de su tez. De todos modos, ya me guardaré muy bien de referirle este incidente..... los pintores son el diablo

En el momento que abrieron la puerta de la

casa, Enriqueta se abalanzó á su esposo preguntándole por sus pendientes. El la entregó la caja. La señora de Fernandez la abrió con febril impaciencia.

—¿Temes acaso que hayan cambiado tus pendientes falsos por otros verdaderos? dijo riendo su esposo.

—¡Podria suceder!..... respondió ella.

Una rápida mirada bastó para apercibirse, y violentamente arrojó la caja por el suelo gritando:

—¡Estos pendientes no son los míos!... Me han... quiso hablar y estuvo á punto de caerse.

El marido recojió uno que habia saltado de la caja, y mirándolo detenidamente la dijo.....

—¿Estás segura de que no son los tuyos?

—¡Sí que estoy segura! replicó ella con furia.

—Ese pintor es un estafador que voy á mandarlo prender.

—No seas así, el pintor N..... es un caballero á toda prueba, que ha estado expuesto á ser robado. Tranquilízate.

—De todos modos, esto no puede quedar así, Alberto.

—Aunque fueran verdaderos diamantes, no gritarias tanto, Enriqueta.

Esta no podia ya contenerse.

—Quién sabe si los americanos se equivocarian al vendérmelos y fuesen verdaderos, dijo ella dolorosamente.....

La doncella callaba..... la cocinera observaba asustada.

Hubo momentos en que Alberto quiso recuperar los conculcados derechos de marido, pero cuando iba á tomarlos tuvo la debilidad de mirar á Enriqueta..... como hay mujeres que aparecen tanto más hermosas, cuanto más furiosas están, la esposa de Fernandez era una de estas, y lo desarmaba siempre.

En una postura indescriptible, dudosa, con el cabello suelto como Medusa, encantadora estaba con su furia.

Alberto quiso salir de aquella enojosa situación, y dijo magistralmente.

— Te daré quinientos reales para comprar otros. Pero, ni por esas.....

— ¡Difícilmente se encontrarán otros como aquellos! balbuceó la encantadora Enriqueta.....

Meditó un momento y concluyó al fin por tranquilizarse guardándose los quinientos reales.

— ¡Cómo ha de ser! compraré otros, murmuró entre dientes.

CAPITULO IV.

ES PELIGROSO TENER UN AMIGO INTIMO

QUE TIENE UNA AMANTE.

El joven pintor N..... que era un digno discípulo de Pallas, tenia, como es de rigor entre artistas, una novia modista; de esas madrileñas verdaderas que se prometen hacer trajes y que se los hagan.

Alegre como unas pascuas de las más risueñas, bailando como una peonza; cuando no se la veía en Capellanes, ya podía decirse que estaba en el hospital.

Los amigos del pintor la llamaban Traviata.

Ella se llamaba Violeta.

¿Era su nombre de guerra? Es probable. Alguna otra vez solian llamarla Márta, y respondia instintivamente.

La verdad es que ganaba poco.

Se alimentaba con una peseta; se vestia por una peseta y se daba el *lujo* de «divertirse» por una peseta: este era su jornal diario.

La vida de ciertos seres en Madrid es un misterio: respetémosle.

Márta, tengo mis razones para darle este nom-

bre con preferencia á los otros, dormía como las golondrinas, de tejado hácia dentro, en una de las calles más excéntricas de la capital.

En un rinconcito de la boardilla de la calle de Embajadores, señalada con el núm. 4, tenia su nido, desde donde soñaba triunfos con trajes, y un palacio magestuosamente amueblado. Las boardillas y sotabancos se hacen habitables, porque saben inspirar sueños divinos. Parece que la esperanza, visitándolos con frecuencia, se complace en dejar allí su delicioso bálsamo, cuyo perfume embriágalas tan dulcemente.

Parece que Dios envía por todas partes su legion de servidores espirituales.

Márta no esperaba de estos los vestidos, las sortijas, las botinas, ni la habitacion suntuosamente amueblada, por la cual suspiraba soñando desde su núm. 4, pero los recibia en blanco.

La verdad es que el pintor N.... tampoco podia satisfacer estos sueños.

La llevaba á comer por las cercanías de Madrid, (los domingos generalmente); las modistas son algo adustas; la regalaba algunos pares de guantes; la pagaba el teatro; y de cuando en cuando, algun bifftek con *patatas* á las últimas horas de la noche: hé aquí todo lo que por ella podia hacer el pintor con quien admiraba la lozanía de la naturaleza; y los bonitos paisajes de los alrededores de Madrid.

—Márta, que le sobraba muy poco de hermosura, aún no habia encontrado su conveniencia, un novio decente, un inglés á quien enseñar el idioma por puro entretenimiento, ó un americano aunque fuese del Perú ó de Guatemala, para corregirle los modismos; que la acompañase, distrajera con descripciones geográficas, costumbres, usos, etc. Son tan curiosas las modistas..... Márta se aburría sola, y digo sola, porque el pintor N..... habia empezado á ocuparse en el taller economizando su compañía.

—Es preciso esperar resignada, jugando con la aguja, mientras no llega algun extranjero (1), murmuraba con frecuencia Violeta.

—¡Los estudiantes se han hecho tan insípidos con sus toros y su toreo de algun tiempo á esta parte!...

—Ultimamente fué acostumbrándose á ir sola á bailes para mejor tentar la fortuna.

Un domingo por la tarde no pudo resistir el deseo de ver á su amigo el pintor, y se presentó en el taller. Encontróle pintando los accesorios del retrato de la señora de Fernandez, que ya conocen nuestros lectores.

—¡Qué magníficos pendientes! gritó la señora Traviata. ¡Parece que queman los ojos con tanto brillo!

(1) Extranjero es todo el que no está avecindado en Madrid á perpetuidad.

Como al mismo tiempo hizo un ademán alargando las manos para tocarlos.

—¡Quieta, Traviata! que queman las manos, dijo el Sr. N.

—No tengas cuidado. ¡No los mancharé!...

—¡Ten cuidado con tocarlos! repitió el pintor,

—¡Ni que fuera un tesoro oriental! replicó Márta, paseándose por todo el taller.

—Sí que lo es, dijo N., dispuesto á jugar con la sorpresa.

—¿Sabes tú cuánto valen esos pendientes?

—¿Cuánto? 30.000 rs.

—Quitando dos ceros acertarás.

La modista, no muy fuerte en guarismos, tomó un lápiz, escribió 30.000 y borró luego dos ceros.

—¡Trescientos reales tan solo!

—Sí; trescientos reales, ni más ni menos, repitió el pintor en tono de perfecta seguridad.

—Había pensado regalarte unos parecidos el día de mi santo.

—Tú, ¡siempre dices lo mismo cuando ha pasado!

—¡Ah! si yo tuviera unos como esos, puestos, un buen vestido y unas botinas imperiales de saten verde, me saldrían más novios que á la.... (si el pintor no le pone instantáneamente el extremo del pincel casi en la boca, hubiese pronunciado el nombre de una dama de las que hacen más ruido en Madrid.—Tendría coche, abono en todos los tea-

tros, y quien sabe... podria casarme... con algun ministro.... continuó la costurera. ¡De ménos nos hizo Dios!....

—¡Mira tú la de B... que hemos estado en el mismo taller, y hoy es una gran señora que grita á sus lacayos, les pega en la calle, y arma cada escándalo....

—Pues, ¿y la baronesa de G... que ayer vendia Correspondencias?... Recuerdo haberla visto de corista en el teatro de la Zarzuela.... y hoy.... como se ha casado con un conspirador.... por lo civil.... interrumpió el pintor con sorna.

○Márta hubiera continuado cosiendo sus interminables historietas, si el pintor, arrojando la paleta y los pinceles por el suelo, no se hubiese echado en brazos de la parladora, y ambos se pusieran á bailar hasta caer rendidos en una añosa butaca.

Una modista cuando se pone á coser con los labios, es más terrible que una tempestad, que un furioso vendaval, trunca y desgaja las reputaciones más sólidas, con la misma facilidad que este los árboles.

Nada hay respetable para ella, desde la más perfumada duquesa hasta la última vírgen de la caridad.... todas tienen su pero para estas señoras de aguja.

○El pintor habia llegado á temerla por su desparpajo; tenia su ídolo entre las que Márta despelleja—

ba tan despiadadamente, y temia verse descubierto por una defensa natural y obligada.

Sabia cuál era la parte débil de Márta, y la atacó por ella con éxito: bailando.

El baile, siendo su fuerte, constituia la parte débil.

En esta inocente distraccion, tan de moda hoy, les sorprendieron unos amigos del pintor, que venian á rogarle les acompañase para resolver un asunto de honor. El Sr. N....., muy fuerte en el conocimiento de la esgrima, era perito en estas cuestiones.

—¿Volverás para comer conmigo? le preguntó la modista.

—A las cinco y media me tienes de vuelta aquí.

—Entonces, te esperaré leyendo los *Cuentos árabes*.

El pintor N..... que trataba bastantes *sultanas*, habia comprado esta obra para distraerlas mientras hacia sus retratos.

Dieron las cinco y media; dieron las seis; las seis y media; las siete, que le parecieron larguísimas á Márta, y el pintor no volvía....

Habia concluido de leer el primer volúmen, y ver las láminas del segundo y tercero.

Al leer el segundo se impacientó, y como estaba cansada del ejercicio y las vueltas, durmióse sobre un canapé....

Algunas horas de sueño bastaron para despertar el estómago, y este la despertó á ella.

Con algunas penas y bastantes tropiezos, pudo encontrar la caja de cerillas y la vela; encendió una y otra; miró el reloj de la pared que marcaba las once y tres cuartos; pronunció una exclamacion imperceptible, luego una y otra; abrió la boca, estendió los brazos, se esperezó.....

—¡Me has engañado, ehl tanto mejor..... exclamó.

Dirigióse al maniquí, le quitó los pendientes de las orejas y los pasó á la suyas.

Miróse al espejo con la vela en la mano, se encontró hermosa, y dijo para sus adentros.

—Esta noche me luciré en Capellanes, haré conquista.... no te apures, estómago, quedarás pronto satisfecho, y con infantil alegría dió un brinco..... y se quedó á oscuras.

En ménos de ochenta se puso en Capellanes.

Causó efecto y no se engañó al decir que se luciria. Solo el brillo de sus pendientes atrajo en derredor suyo multitud de *mariposas* nocturnas.....

Una, en forma de hombre, la pidió un wals.

Este no se cansaba de mirar el perfil de Violeta, fijándose en sus orejas con entusiasmo.

Violeta lo miraba de abajo á arriba con cierto aire majestuoso, y despues de hacerle algunas observaciones, más por rubor que por cortesía, aceptó, se enlazaron del brazo y dieron algunas vueltas con

la mayor familiaridad, como si se hubiesen tratado mucho tiempo.

El caballero era uno de esos cumplidos usureros, que prestan sobre ropas y alhajas á la módica cantidad de 80 por 100, y que andan por todas partes tras el *negocio*.

De esta clase de hombres hay abundante cosecha en Madrid por todos sitios.

—Querida Violeta, esta noche la depositan ó la roban á V., la dijo con cierto gracejo.

—¡Qué magníficos pendientes erta V! ¡buen regalo! ¿Puedo saber quién ha tenido tan buen gusto?

—La sociedad, todos; contestó la discreta dama de agujas, como se dice en el taller. ¿Verdad que parecen finos? añadió con desparpajo.

La intimidad entre el usurero y Violeta fué aumentando extraordinariamente, á medida que la modista presentia iban acercándose al buffet.

Al fin del wals él pidió otro baile; Violeta se excusó, acentuando su debilidad de una manera significativa é insinuante.

—Pasemos á tomar algo, si V. gusta..... dijo el *generoso* prestamista, que no se cansaba de mirar los pendientes con cuyo brillo estaba alucinado.

—¡Qué preciosos son!

—¿No es verdad que imitan los finos? objetó la orgullosa *alhondra*.

El usurero era demasiado usurero para conocer

si los diamantes podían ser falsos ó verdaderos.

—Sin ser indiscreto, dijo ¿podría saber quién le ha regalado esos pendientes?

—Un amigo misterioso; replicó Violeta.

—¿También tiene V. amigos misteriosos, Traviata?

Al oír esta pronunciar su nombre de guerra, no quiso ya continuar jugando con el misterio, y tomando cierto aire de aparente serenidad, le dijo:

—Como V. es de confianza, voy á explicárselo.

—Conozco un pintor, novio de una amiga mía...—Vamos, de V., interrumpió él.—Este está haciendo un retrato á una gran señora. Ha tenido necesidad de unos pendientes, y le han prestado estos que yo llevo: fuimos á verle, no estaba, los tomé del maniquí para lucirlos esta noche, y aquí tiene V. todo el misterio.

Esta explicación, tan sencilla como verídica, no llevó la tranquilidad al ánimo del especulador.

Un mal pensamiento atravesó la mente del judío. En la Biblia de estos hay una máxima que dice: «Piensa mal y acertarás.»

El usurero se acordó de su Biblia, y nada más natural.

Una vez en el ambigú, Marta repuso el estómago, mojó la garganta, se hizo más comunicativa, y el prestamista, con el auxilio de estos reactivos, pudo aventurarse por el terreno de la familiaridad.

La tocó las manos, quiso tocarla los pendientes.

—Permítame V. uno para examinarlo de cerca, la dijo. ¡Qué bien saben imitar diamantes los americanos! ¡Ninguno diría que estos son falsos! ¡Con qué perfeccion tallan el cristal! añadió devolviendo el pendiente á Violeta.

—Si V. fuese tan amable dejándomelos por una hora, para que un amigo diamantista pudiese sacar un modelo....

Violeta no pudo oír con la música que comenzaba á preludiar una danza. El usurero estaba cansado; por ruego de este, un amigo se acercó á Violeta, la pidió bailar, y bailaron mientras el judío descansaba. Despues volvieron al ambigú, comieron y bebieron hasta ponerse *alegres*.

Violeta concluyó de perder la cabeza en los lanceros, y no sabia por donde andaba.

Se olvidó de su amigo el pintor, de su decoro y de sí misma, hasta ir á cenar con el usurero, el amigo y una *parienta* de este que se *interpuso* para formar «mesa en redondo,» partida completa, lo que los franceses llaman «*partie-corsée*.»

Los cuatro cenaron alegre é íntimamente en el café Oriental.

A las dos de la mañana, cada pareja desfiló por su lado.

Violeta estaba «tan desorientada» que no sabia dónde iba, y se dejaba conducir como una ciega por el lazarillo.

El judío, como hombre de principios y humani-

tario por excelencia, la condujo á su casa. Allí se durmió rendida de cansancio y de fatiga.

La atolondrada modista estaba tan sobrecitada y calenturienta, que tuvo un sueño, ¡un singular sueño!

Sonó que la quitaban los pendientes de las orejas, y quiso gritar.

Pero estaba tan cautiva de Morfeo, se habia entregado al sueño de tan buena voluntad, que le fué imposible dominarlo.

Cuando se despertó (ó la despertaron), su primer movimiento fué llevarse las manos á las orejas, y tocándose los pendientes murmuró:

— ¡Era una pesadilla!

Averiguó la hora que era, y se dirigió inmediatamente al taller del pintor, colocando con inquietud los pendientes en las orejas del maniquí.

Felizmente para ella aún no habia vuelto. Eran las cuatro de la mañana.

Llamó al astúr, ocupado en cantar un solo en *dó* de pecho del maestro Ronconi. Tambien habia pasado la noche bastante agitada en la taberna de enfrente.

Estaba tan distraido que no la oyó.

Al fin tuvo que arrojarle violentamente para despertarlo, con el auxilio de algunas rociadas de agua.

— Toribio, ¿ha venido tu amo?

— Nun, señorita.

—Cuando venga, le dirás que estoy muy enfadada porque me ha hecho esperar toda la noche.

—El está furioso, *porque dice* que le llevó V. los pendientes.

El veraz asturiano, contra su costumbre, prevaticaba en el octavo del decálogo.

—Voy á creer que he soñado.

—Como hoy es domingo... no tiene nada de extraño, interrumpió la modistilla.

—Fuéralu ayer, señorita, añadió el noble asturiano con *perspicacia*.

—Duerme, duerme, y ten cuidado con la casa.

Una hora despues el pintor entraba en ella, y ¿cuál no fué su asombro al ver los pendientes en las orejas del maniquí?

Inmediatamente tomó la sábia resolución de concluir en aquel dia los accesorios del retrato de la señora de Fernandez. Siempre fué peligroso intervenir en cuidados ajenos, y es de muy mal gusto.

Dejemos, pues, al dichoso matrimonio ocupado en disipar la nubecilla de verano, originada por el equívoco de los pendientes, y que estuvo á punto de oscurecer el azulado cielo de su felicidad, para seguir al ilustre pintor que tan inoportunamente le arrancaron de los brazos de Violeta con quien valsaba inocentemente.

Hagamos, pues, alto; un breve paréntesis que

nos ayude á tomar fuerzas para *nuevas impresiones*.

— ¡No formemos juicios temerarios!

— Si hay algun mal pensamiento, disipémosle.

— Si la curiosidad nos pica, calmémosla, y sigamos adelante.....

El asunto es largo y la paciencia poca.

— ¿Quién era el retratista de Enriqueta?

En el capítulo siguiente tendremos el honor de presentarlo al público.

CAPÍTULO V.

LEON, NUÑEZ BALBOA.

Ya conocemos algo al retratista de Enriqueta Fernandez; además de pintor, por pura inclinacion, ejercia varios oficios é industrias.

Era capitan en activo de una compañía de caballeros....., director de dos vastas especulaciones, con sucursales en todos los establecimientos penales de España y sus posesiones, jefe nato de todas

las industrias privadas y públicas donde se tira de la oreja á Jorge (1).

Conocía detallada y personalmente á toda la policía secreta de los gobiernos; la historia de los hombres; frecuentaba todos los garitos; recorría todas las encrucijadas y callejuelas de Madrid cada veinticuatro horas; sabía todos los escondrijos; hablaba perfectamente el *caló* madrileño y gitano; conocía los subterráneos palmo á palmo; había estudiado tan minuciosamente la situación de la corte, que no se equivocaba en un decímetro, al fijar la proyección horizontal en el alcantarillado, de cualquier tienda de comercio. Trataba á todos los revolucionarios; conspiraba por distracción; era temido de todos porque con todos jugaba, incluso la policía y el gobierno; todos los trajes le sentaban á la perfección, desde el *aparejo redondo* hasta el alado frac, que vestía indistintamente. En una palabra, era un personaje notable por más de muchos conceptos.

Tenia una historia la más original; los suyos le veneraban, y ejercía sobre ellos un ascendiente milagroso, hasta cierto punto legítimo, y por derecho propio.

Un día se enamoró de una dama de cocina, y aprovechando la ausencia de los dueños de la casa,

(1) Casas de juego.

tuvo el mal gusto de subir al piso tercero donde habitaban.

— La cocinerita, aunque sobresaltada por tanta audacia, le hizo los honores de la casa de buena voluntad, pero con tan mala suerte, que cuando más animada é interesante se hacia la conversacion, entró el maestro de baile (1).

— Como los aguadores tienen el paso franco para entrar y salir cuándo y cómo quieren, este quedó sorprendido de ver á su *novia* en no muy tranquilizadora situacion, hablando con una persona desconocida.

— El honrado gallego, que iba con *buen fin*, salió de sus casillas, y acometiendo como un toro al ladrón de su dicha, trabaron una lucha ruda y desigual, enlazados como dos gladiadores romanos, hasta que el gallego, más fuerte y robusto, le dió un fuerte empellon contra uno de los tabiques que daban al patio, y derribándolo por completo, ambos enlazados y unidos fueron á medir, *á lo árabe*, la altura de los tres pisos, cayendo sobre la dura alfombra del patio.

— El desgraciado aguador se hizo una tortilla. Leon el pintor ni la más leve lesion (2).

(1) El aguader.

(2) Esto es histórico, y no hace muchos años sucedió; el pintor vive, come y bebe, pero ha cambiado de estado civil, y es un personaje político importante de la setembrina.

El explicaba á sus amigos, con cierto gracejo, el milagro de este modo: «al caer el tabique, y nosotros tras él, yo que estaba debajo, *hice la zancadilla al gallego en el aire* y me puse encima.»

Este rasgo le dió mucha celebridad entre los suyos.

Muy equivocados están mis estimados lectores si por estos antecedentes, previamente presentados, juzgaran á nuestro héroe: hombre amable, fino, elegante; en el segundo período de la juventud, incapaz de tomar lo ajeno contra la voluntad de un segundo, colocado, por circunstancias especiales é imperiosas, en una posición repugnante á sus sentimientos, anómala, antipática; sufriendo con resignación la suerte, soportando la desgracia, hasta sonriendo de buena fé. Ha sido el lazo de unión entre hombres *públicos* que fueron notables en la política setembrina, el punto de partida para improvisar fortunas colosales, la escala por donde se han encaramado al poder las excrecencias y el fango que la tempestuosa borrasca de la revolución arroja siempre sobre la superficie social, á impulso de las pasiones, para castigar familias, instituciones ó pueblos, y á veces todo junto.

Leon Nuñez Balboa desempeñaba todos estos oficios, y estaba al frente de todas aquellas industrias, muy á su pesar, disgustado, hastiado y aburrido. Vivía atolondrándose entre el ruido de las orgías, adormeciéndose de bacanal en bacanal;

sólo su amor propio era el agente principal de que se servían sus consortes, colegas y amigos, para retenerle entre ellos.

Núñez Balboa anhelaba respirar otro aire más puro, más natural y más propio para sus pulmones; el de Madrid le parecía denso, cálido, infecto y se sentía asfixiar muy lentamente.

Deseaba ver otras personas, contemplar la naturaleza sencilla en toda su desnudez, en toda su grandeza y lozanía. Tanto artificio, tanta superficialidad y tanto fingimiento y falsía lo tenían cansado completamente; pero los compromisos eran grandes, las prendas soltadas muchas, los peligros gravísimos, y todo esto había que vencerlo, dominarlo por completo.

Era menester que la ocasion hiciese sus milagros, y la ocasion tardaba en presentarse, tal vez no se presentaría.

La vida de Leon se *deslizaba* azarosa, combatida por dos opuestas corrientes: la de sus sentimientos, rectos, generosos, levantados, que rechazaban cuanto había hecho y hacia; y la de su situación particular impuesta de una manera ineludible, fatal, como una carga abrumadora, superior á sus fuerzas.

Conocía á toda clase de personas y condiciones, las visitaba y de este modo podía comparar, deduciendo terribles corolarios, que hacían cada vez más insoportable su especial género de vida, á juzgar lo que eran por lo que habían sido.

Lejos de ser dichosa, era un continuo y escarpado calvario á donde le arrastraban sus amigos, su orgullo y sus pasiones.

Digamos de una vez quién era este tipo que en nuestra sociedad constituye género, y para remontarnos á su origen, sabiendo de dónde viene podríamos deducir á dónde va.

Intentémoslo.

CAPITULO VI.

POR EL ORIGEN DE LA FUENTE

SE PUEDE ANALIZAR EL AGUA.

Hace cerca de noventa y dos años que en la córte de Cárlos, IV de su nombre, hubo uno de esos motines que han pasado á ser clásicos en nuestra desventurada España, y de cuyas consecuencias fué víctima el conde de C..., el cual para eludir la sentencia de muerte, tuvo que huir de montaña en montaña, hasta que, cual náufrago en el mar de la política, pudo llegar á tierra, saludando la de Portugal.

¡Triste verdad de una realidad más triste! Para el condenado á muerte por delitos políticos, la extranjera tierra es el puerto de salvacion.

Cansado de intrigas, habiendo aspirado la pestilente atmósfera que se respira en algunas regiones entre el servilismo y la bajeza, no conociendo más que palaciegos, abrumado por el peso del infortunio, rendido de fatiga, abandonado de todos sus amigos, llegó á la frontera de Portugal horrorizado de los hombres, de la sociedad, y decidido á olvidar unos y otra, viviendo en el estado de naturaleza, con pastores, entre montañas.

Determinóse á olvidar su pasado, su grandeza y su título; sin recursos para poder llegar hasta Lisboa, donde podria encontrar algunos amigos que le facilitasen los medios para arribar á un puerto más seguro, de Inglaterra ó Francia, cuyos elementos de vida fuesen más variados, llegó á la venta de O'Comercio, precisamente distante un kilómetro de Helvas, muerto de hambre y sed.

Allí descansó algunas horas, fortaleció el estómago y siguió de nuevo el camino á la ventura, sin direccion fija, hasta llegar á un lugarcito en donde se propuso gastar las últimas pesetas que le quedaban, pensando vivir como hombre libre y de su propio trabajo.

Su estrella, que no habia declinado completamente, le facilitó el camino de esta regeneracion, pues al cabo de algunos años de permanencia en

aquel lugar se encontró: casado *de cierto modo*, con una robusta montañesa, dos hijos, un numeroso rebaño, una casa, un huerto y algunas hectáreas de tierra más.

La vida le sonreía de nuevo y corría dulcificada entre una dichosa paz y más que mediana abundancia.

Los niños, que eran la primavera de la casa, completamente salvajes, amados de los pastores vecinos, pasaban la mayor parte de los días en ese salón sin límites, alfombrado de verdura, que ilumina el sol y tiene por techumbre al firmamento, entre sus vacas, ovejas y cabras, sin más amigos que dos fieles mastines, guardianes del rebaño.

Juan y María, que estos eran sus nombres, se habían hecho muchachos siendo pastores, cuando ya no tenían padres. Fué preciso adaptarse al vacío que esta desgracia hizo en el hogar doméstico; ella desempeñando las funciones de su madre, él las de su padre y las suyas, sin olvidarse de que eran hermanos.

Las economías que jamás se olvidaban, exigían su permanencia continua en el lugar. Juan se multiplicaba en todas partes.

Cuidaba del rebaño, cultivaba el huerto, labraba las tierras; el cielo bendecía las recolecciones, en donde los campesinos vecinos le ayudaban. María extraía la leche á las cabras, eleboraba los que-

sos y cuidaba de todo el ajuar doméstico, auxiliada por una niña de la vecindad.

Las atenciones de la casa se multiplicaban, los rebaños tambien; y Juan tuvo que alquilar un sustituto para cuidar y apacentar estos.

Entonces hubo un desahogo que permitió á Juan acompañar á su hermana María todos los dias festivos á la ermita más próxima, donde oían la misa, daban un paseo por el valle hasta la hora más alta del dia, que volvian á comer; despues, él se iba con sus amigos, ella con las suyas al baile.

Juan tocaba admirablemente la flauta.

Uno de los vecinos más próximos le habia inspirado grandes simpatías y mayor confianza.

Todas las semanas le tomaba los quesos, las mantecas y algunas gallinas para llevarlas á vender en el mercado de Helvas. José Balboa, este era el nombre del vecino servicial, tenia una hija que tambien era pastora y le gustaba oír tocar la flauta.

Un dia el rebaño de Juan y el de la hija de Balboa, su vecino, comieron hierba en la misma pradera, ¡por casualidad! no se ha sabido.

Juan comenzó á tocar la flauta distraidamente. Antonia Balboa se fué aproximando del mismo modo, los rebaños ya estaban confundidos apacentándose.

Un dia Juan miró á Antonia de cierto modo, ésta se asustó, él dejó de tocar, ruborizose y echó á correr huyendo.

Era uno de los más bellos días del segundo mes de Primavera, do hasta la naturaleza requiere también de amores.

Antonia, entristecida, se había ido á cobijar al pié de un copudo castaño, cuyas raíces lamia, jugueteando, un cristalino arroyuelo, despues de verle huir desconsolada.

A los pocos momentos vió venir hácia ella á Juan, corriendo y saltando como un gamo, con *un ramo de flores* en la mano.

Su corazon, hasta entonces oprimido, se dilató, y antes que él pudiera apercibirse, dos líquidas perlas se desprendieron de sus rosadas megillas.

Juan la entregó el ramo de flores, que ella aproximó á los lábios, aspirando su aroma para ocultar al mismo tiempo el carmin de sus mejillas, que el rubor, ¡rubor de diez y siete Abriles! había acentuado.

Con la cabeza inclinada, balbuceó las gracias, avanzó dos pasos hácia el arroyo, se miró en su límpida corriente, y desapareció ante la vista de Juan, más turbada que él, cual una Diana, por el bosque de nogales y castaños.

¡Bendito amor, cuyo lenguaje es el sublime silencio!

Al dia siguiente, á la hora del alba, Juan encontró un pretexto para dejar el pastorcillo en casa y conducir él el ganado, sin olvidar el milagroso instrumento de su dicha.

Hubo como el día anterior el mismo encuentro, las mismas maniobras, mayores sensaciones por una y otra parte. Se amaban y sin decirlo.

Así siguieron cinco días, que fueron otras tantas repeticiones de la misma tragedia y en el mismo teatro.

Al sexto, los padres Balboa, buscando sus cabras, sus vacas y su hija con alguna inquietud, encontraron á toda la familia reunida en el recodo de un endulado valle á la sombra que proyectaba una muralla de álamos, avedules y avellanos, entrelazados con diferentes arbustos, perímetro de una espléndida pradera, sobre cuya verde alfombra reposaban.

En esto no hallaron ningun peligro, ni vieron temor alguno. Que en el estado campestre cada uno descansa sobre propias fuerzas, y la naturaleza, cuando bien se conoce es una experta centinela.

Interrogaron á Juan (el español) apodo de su padre, y que se apellidaba Nuñez con arreglo al estado civil del lugar, para saber si su corazón era tan espléndido en buenas intenciones como el prado de su pertenencia en productiva yerba.

El joven pastor no anduvo en rodeos para declarar; estaba dispuesto á recoger todas las flores del campo para Antonia, tocar por ella la flauta hasta su último suspiro, á tomarla en brazos para atravesar el arroyo, llevarla sobre la espalda siempre

que se cansase al subir la montaña; en una palabra: á tomarla por esposa ante Dios.

No queria casarse ante los hombres porque era demasiado campestre para presentarse *vestido de negro* en la parroquia.

Era excesivamente adusto para exhibirse en espectáculo ante sus vecinos so pretexto de matrimonio, y le repugnaba ir á la iglesia, en comunión sobre todo.

Habiendo heredado las preocupaciones de su padre, la sociedad le era molesta.

Los padres Balboa no se enfadaron contra este original, que prometia ser un buen marido á pesar de los Sacramentos y las formalidades apostólicas.

Secuestraron á Antonia y esperaron; pero él no desistió de su caprichosa originalidad.

Vagaba por el frondoso valle, triste, meditabundo, causando la compasion de todos los del lugar, haciendo derramar lágrimas á su hermana María; él estuvo á punto de morir de sentimiento y de amor durante algun tiempo.

La desdichada Antonia, tan robusta, tan colorada y hermosa hasta entonces, comenzó á palidecer y secarse como las delicadas rosas que se *agostan* bajo el calor de sus pesares; falta del rocío de las lágrimas de un amante, se acostó para morir.

Raices de una misma planta que los poetas han definido, arrancadas y separadas, la felicidad era para ellos imposible.

Solo la muerte podia abrirles el principio de la vida.

Una mañana, la madre Balboa, profundamente impresionada, se acercó á su esposo.

—Nuestra Antonia está hecha un cadáver, le dijo, (las mujeres conocen mejor sus necesidades).

—Hace algunos dias que la observo, y es preciso tomar una determinacion, replicó el padre.

—Entreguémosla á Juan; quemaremos un par de velas de libra y media por la Virgen para conseguir la bendicion del cielo, y que Dios los ayude, añadió resuelta la madre.

Algunas semanas despues todo estaba decidido.

Juan participó por el valle á sus amigas las aves, los corderos y las cabras, tocando la flauta, que los dias tristes habian concluido.

Cogió las mejores y más perfumadas flores, hizo un ramo monumental que fué para la novia; sacrificó un par de corderos, un cabrito, unas gallinas, cortaron la cabeza á unas cuantas botellas de Oporto, se bailó, se bebió alegremente y en familia.

María estaba contenta por tener una cuñada y una amiga en casa. Los padres Balboa y algunos convidados, parientes dudosos, gozaban no ménos presintiéndoles felicidad, conociendo á Juan y olvidándose de la iglesia. Ni el cura, ni el sacristan, ni el alcalde habian asistido, segun constumbre, á esta fiesta que parecia más patriarcal.

Dios, que sin duda no tiene tiempo para estudiar

nuestros códigos civiles, ni atender á las prácticas religiosas, bendijo este matrimonio, sin estola, bonete ni vara.

Un año despues, Antonia Balboa dió á luz un robusto niño, que fué bautizado con el nombre de Leon Juan Enrique.

Ese dia tambien hubo fiesta y regocijo: se hicieron sacrificios en los rebaños, que no por esto disminuian en número.

Juan Nuñez, la inteligencia del lugar, el génio de la montaña, aumentaba de una manera milagrosa la fortuna de sus difuntos padres, talando los bosques, desbrozando el monte, vendiendo la leña, sembrando y recogiendo cosechas, aventurándose de cuando en cuando, por los mercados, en compras y ventas de ganado.

Por aquella época se vendieron bienes nacionales. Nuñez tuvo la audacia, con gran asombro de los envidiosos (que ya tenia por este tiempo), de presentarse á la subasta. Diez plazos para el pago le parecieron fáciles, y se atrevió á comprar noventa hectáreas en la montaña, á razon de 200 reales cada una. El campesino marchaba sobre lo firme, sabiendo que con la madera del desbroce reducida á metálico y algunas talas, podia satisfacer los plazos en la cuarta parte del tiempo.

Propietario de una superficie considerable, cuyo terreno era vírgen y de la mejor calidad, bosque en sus dos terceras partes, donde los reverendos de la

comarca solían refocilgarse, cazando liebres, conejos y algunas pecadoras, le pareció el colmo de la felicidad.

¡Cuán gozoso este se imaginaba! la dicha del labrador es aumentar su trabajo y las faenas.

Toda su riqueza, toda su gloria la deposita en la tierra gustoso, entre una gota de reconocimiento y otra de sudor. Una sale del corazón, por los ojos; otra de la frente, por los poros. Son sus tributos. El campesino se escatima lo necesario para cultivar la tierra hasta con lujo.

Si alguna vez falta en su casa algo para sus hijos, jamás sudor, ni abono, ni instrumentos para sus tierras. Así son, y por ellos puede la sociedad permitirse todo género de goces y comodidades.

¡Cuánto dan de sí unas gotas de sudor, no enjugadas por un pañuelo de batista, que caen en la tierra!

Cierta clase de placeres sólo pueden comprenderse cuando se conciben. Concíbase cuál sería el suyo al ver que su esposa los centuplicaba dándole una niña que se la bautizó con el nombre de Rosaura.

El sacerdote quiso hacer de este sólo nombre dos, diciendo que eran los más bellos del martirologio en la letanía. El pastor espiritual de la comarca tenía sus ribetes de galante.

Juan estaba embriagado con la sublime dicha de la paternidad. Propietario y padre son dos títulos

por los cuales el más *ambicioso* campesino, renunció el imperio del mundo.

Sabia por su padre que la ambición alhaga *traidoramente á todos los corazones*, mientras que son muy pocos los elegidos por la fortuna. Desde muy niño se había acostumbrado á servirse del placer con prudencia y cautela, razonablemente; no prodigando el tesoro de su felicidad, ni gastando la cerradura de su corazón con la llave de las pasiones, para que pudiera evaporarse por esta parte lo que era producto de grandes vigiliass y privaciones.

Su fama fué dilatándose por la comarca con el aroma de sus virtudes. El hogar doméstico lo iba haciendo cada vez más tratable, ménos salvaje. La inocente sonrisa de sus niños acabó de ablandar completamente su dureza, poniéndole ductil como la cera.

Los vecinos, que antes huían de él, como de un furioso salvaje, fueron acercándose á esta especie de panal silvestre que prometía mucha miel, les permitió que atravesaran sus dominios, y áun hizo más, dejó que se utilizasen de sus residuos.

La casa se rejuveneció con algunas mejoras y retoques. El interior, limpio y agradable hasta entonces, fué haciéndose más confortable, sin escitar la molicie, á medida que el ajuar tomaba mayores proporciones; ora con algunos artículos de comedor, ya con algunos muebles y ropa blanca; daban á todo el local cierto perfume de virtud campestre,

un aire nada dudoso de comodidad y desahogada abundancia, que excitaba al tranquilo reposo de la vida vegetativa.

Núñez era uno de los más industriosos de la comarca; había añadido á la casa algunos apéndices contruidos por sus propias manos, que servían de patios y establos para el ganado.

Sobre la roca y á pico, hizo construir un molino cuyo motor era un humilde asno.

Todo un mundo (antiguo) de séres, se movían al rededor de él.

Allí se sembraba el trigo, se recogía la cosecha, se molía, cociéndose luego el pan, que no era tan blanco como sabroso.

¡Pero qué pan! cuando una misma bate la masa, sin más mezcla química que algunas perlas de sudor..... ¡aureola de las madres de familia!

Este es el verdadero pan, como aquel que sirvió de viático á los primeros cristianos.

Los madrileños no podemos decir otro tanto.....

Comemos lo que nos dan, sin tener el mal gusto de analizarlo. ¡Hasta las frutas, á través de mil manos, sin fragancia ni aroma, llegan á nuestra boca remojadas y semi-maduras!

El niño Leon comenzaba á recorrer la montaña, sin temor al sol ni á la nieve, más inclinado á la sociedad que su padre.

—¿Qué hacemos de nuestro hijo? preguntó un día Antonia á su esposo.

—¡Qué hemos de hacer! Un labrador independiente y honrado como yo.

—Sí: dijo la madre entristecida; pero tendrá que ir á la escuela, ya tiene edad.

—¿Para qué? objetó Nuñez. ¿He ido yo á la escuela por ventura?

—Ya vé, el qué dirán..... la educacion social, su decoro, el nuestro, y sobre todo, ponerlo en el umbral del templo del mundo moral, es darle el pasaporte para frecuentar el comercio de los hombres con las ideas; tenemos un deber..... si no ha de permanecer en estado salvaje, enviémosle á la escuela y que Dios lo bendiga..... dijo resuelta.

—En fin, puesto que es la moda, y lo exige la civilizacion, lo enviaremos á la escuela. Pero cuando se tiene un libro en la mano, no se hace gran cosa con la otra..... objetó Nuñez.

Qué delicadeza de instinto tienen los padres.....

Desde que Eva se llevó la manzana... de la ciencia, las mujeres han sido siempre las primeras en darla á probar.

¡Benditas mujeres! ¿Qué importa el mal uso?

Venció la madre, y el niño fué á la escuela todas las mañanas, trepando por rocas, atravesando torrentes y saltando precipicios, con mil peligros para volver á la caída de la tarde.

¡Todos diez y nueve meses, dos peligrosos viajes diarios para aprender á leer, hablar y escribir!.....

Los primeros frutos de la ciencia en los lugares están tan inaccesibles á los mortales, que se necesitan los mayores esfuerzos para alcanzarlos, aún por los privilegiados..... La revolucion fomenta..... ¿eh?.....

Decidióse que los primeros dias la madre lo conduciría á la escuela, llevando algunas frioleras á la venta en el pueblo de H., á donde acudian todos los niños de la comarca. A la vuelta vendria con los del lugar; á veces el estribo de alguna carreta, otras el de algun coche le hacian más corta la distancia.....

Hay un Dios para los niños.

Los de la montaña, rodeados de más peligros, jamás les sucede desgracia alguna.

¡Tienen tan buen guardian!

Empero, las tardes de invierno, salia á esperarle su hermosa tia á mitad del camino.

Una tarde que el piso estaba bastante húmedo, á ruegos del mayoral, subieron ambos al interior de la diligencia, donde iba un capitan de carabineros, que, tan amable como todos, les regaló unas granadas de contrabando. Esta les dejó al poco tiempo muy cerca de la casa.

Meses despues, con motivo de la fiesta del lugar, Leon tuvo el honor de pagar en su propia casa las granadas que el capitan le regalara en la diligencia; y que él distribuyera en el seno de su familia.

De aquel convite, salió una boda; de aquella boda

un pariente más; con gran contento de todos, y Leon con las granadas ganó un tío más, perdiendo á su buena tia María.

El capitán conoció en la diligencia que no había hecho voto de castidad, y como carabinero, no vino á la fiesta del pueblo con *mal fin*.....

Prometieron volverse á ver y se amaron. ...

El matrimonio es el sacramento del amor, y Juan Nuñez, tan refractario á este sacramento, consintió que el cura se lo administrase á su hermana, capitana *in partibus ad honorem*.

María, con muchas lágrimas y mayor dolor, abandonó á su hermano, sus sobrinos, su cuñada y sus lares, para seguir al esposo cumpliendo con el precepto bíblico..... y acompañarle en todas las contingencias del contrabando.

Al sobrino no le pareció muy grato, en los primeros dias, este abandono tan repentino, pero como ya tenia nueve años, pudo acostumbrarse á él, y se consoló con la carabina de su padre, que ya manejaba diestramente.

Ninguno más audaz que él sobre las rocas y ante el peligro, ni más hábil para la caza.

Una mañana abandonó la escuela para pasarla cazando todo el dia. Al regreso, á pesar de traer caza abundante, no le libró de que su padre le sacudiera el polvo. ¡Aunque, á decir verdad, lo quería más cazador que sabio!

Le compraba libros con frecuencia.

El muchacho hacia progresos, escribía bien.

Algunas veces firmaba, con las uñas, la cara de sus condiscípulos, quienes le encontraban bastante salvaje por no confesar sus notables cualidades.

Era el terror de la escuela. El maestro no pudiendo hacer carrera de él, quiso devolverlo á su madre, pero se decidió, á pesar de sus modales bruscos, á conservarlo, encantado de su gran inteligencia y precocidad de ingenio.

—Este calavera subirá muy alto... promete, dijo un día en la sala capitular del ayuntamiento al alcalde, al cura y al secretario, reunidos para la distribución de premios.

Como todos los muchachos de la montaña, era incansable, tenía los brazos de hierro, los piés de acero, jugaba con el peligro, como los niños de la córte con el aro, muy naturalmente.

A veces paseaba con su padre y el cura del lugar, ambos le interrogaban explorando sus adelantos.

El uno le enseñaba la naturaleza. El otro á Dios.

Todo lo que salía de ambas bocas era para él la verdadera ciencia.

¡Cuántas veces en este pugilato gigantesco, los piés se le cansaron con la fatiga del paseo y la cabeza con el peso de las ideas, lo que nunca le habia sucedido á un mismo tiempo!....

Una curiosidad insaciable, derramada á torrentes de preguntas precoces, las unas audaces como su

alma, las otras atrevidas como su pensamiento; dejaban aturridos á los dos Mentores de este nuevo y extraordinario Telémaco, forjado en Aquiles.

Una tarde trajo á casa, *en triunfo*, un hermoso ciervo, como si ya fuera el rey de la montaña.

— ¡Pobre animal! dijo su hermanita Rosaura, ¡Cómo te mira bondadosamente á pesar de haberlo matado! ¡Qué ojos tan grandes! ¡Aun los tiene abiertos! añadió entristecida.

Ya es sabido, el que nace cazador goza con la carnicería; lo mismo mata una paloma que un gabilan, un corzo como una loba; lo que se le presenta á la boca del cañon de la carabina.

Por esto las garduñas y zorras saben á qué atenerse.

El hombre se ejercita en los animales, todo es comenzar á cubrir con esta corteza el corazon, luego se revestirá.

Un lobo á otro no se matarán, pero un hombre á otro pueden matarse. Es cuestion de gloria. Mientras haya incienso para los héroes habrá grandes cazadores de hombres.....

Despues de todo, la sociedad necesita sangrarse. Hay mucha exhuberancia de prole.

Variéense las formas y se perdonarán los medios.

Leon, sin embargo, tuvo un sentimiento de rubor, besó á su hermana y prometió arrepentimiento; perdonando la vida á todos los ciervos que en lo sucesivo encontrara al alcance de su escopeta.

1 Su madre recompensó este rasgo de sensibilidad, regalándole una guitarra el día de su santo: algún tiempo después la tocaba admirablemente.

2 Algunos años se pasaron, Leon y Rosaura crecieron al compás de su desarrollo intelectual, hasta el punto de que los maestros respectivos declararon podían ya recibir lecciones de tan aventajados discípulos y que tanto prometían.

Los padres tuvieron necesidad de fijar sus opiniones en cuanto al porvenir de estos jóvenes, que ofrecía ser venturoso.

3 Juan y Antonia decidieron tener un consejo de familia, asesorados de las notabilidades de la comarca, y dieron un banquete. Invitaron al maestro, al médico, boticario y sacerdote para resolver tan importante asunto.

Ya la esposa Nuñez había explorado previamente las intenciones de su cara mitad, por gestiones puramente diplomáticas, de las cuales saben sacar tanto partido las mujeres amadas.

4 Juan estaba medio vencido en el terreno del sentimiento. Faltaba vencerlo en el de la razón.

5 El sacerdote y el médico, á quienes profesaba particular cariño, desde que en una aguda enfermedad de su esposa, el uno la fortaleció el alma y el otro le curó el cuerpo, eran grandes medios auxiliares de su Antonia para el combate. La derrota segura.

6 Antonia tenía resabios de familia por la aristo-

cracia. Quería dar carrera á su hijo para llegar hasta ella.

Juan también tenía repugnancias de familia contra la aristocracia. Era refractario para la ciencia.

Quería hacer de su hijo un simple *hombre de bien*.

Ambos tenían más de cuatro motivos para apoyar sus pretensiones.

¿Cuál opinion prevalecería?

Facil es deducirlo *á priori*. La de la mujer siempre prevalece allí donde la razon es más necesaria... por lo mismo.

En estas condiciones se realizó el festin. Los héroes de la fiesta estrenaron unos trajes más finos y *diferentes* que los que hasta entonces habían llevado.

Leon todo de negro, su hermana toda de blanco; parecían forasteros en la casa paterna.

El demonio de la vanidad entra siempre en el hogar doméstico, por la parte más débil, y sugirió este golpe de efecto á la mamá.

Y su cuñada, de guarnicion en Badajoz, cumplió su encargo á las mil maravillas.

Parecia que los jóvenes acababan de llegar de un baile de Madrid, cuando lo que iban á tratar, era de enviarlos. Antonia anduvo la mitad del camino con este golpe.

No dejaron de producir el consabido efecto en el

ánimo de los convidados y del padre, que al verlos dijeron á una:

—Parecen dos jóvenes madrileños. El maestro llevó su galantería más adelante, añadiendo: Cualquiera diría que eran dos parisienses en un día de boda, al verlos tan graciosamente elegantes.

—Si parece que han nacido con el traje puesto, balbuceó el discípulo de Galeno, les sienta bastante bien.

Juan empezó á enorgullecerse. Este era un mal precedente. El negocio no podía concluir bien.

A los postres, el maestro, prevenido por la mamá rompió el fuego.

Los hijos salieron á tomar el aire por las calles, abanicándose con los cumplidos que les prodigaban á su paso los vecinos, entre una curiosidad y dos celos. Así son todas las cosas y ¡ay del que así no las tome!

—Es necesario, Sr. Juan, enviarlo á Madrid. El muchacho tiene mucho talento, es aplicado, y aunque travieso, se me ha metido en la cabeza, que algún día..... ha de subir muy alto.

—Sería una lástima que diamante de tanto mérito permaneciese oculto en estas montañas, añadió el boticario.

—El chico tiene mucha vivacidad, gran inclinación al estudio, efectivamente promete..... replicó el sacerdote.

El médico hizo también su disparo.

—Ya está tan desarrollado, es tan formal, luego, tiene tan buena figura, que todo predispone en su favor, á la simple vista, la belleza contribuye tambien á hacer fortuna..... y en estos tiempos todo entra en cuenta.

El fuego se generalizó en toda la línea; y como plaza sitiada plaza tomada.....

El Sr. Juan rendido, tomó su determinacion, analizó sus elementos, calculó sus fuerzas y se determinó á dar carrera á su hijo Leon.

La madre dió por muy bien empleado el banquete, prometiendo dar otros en conmemoracion de los adelantos de su hijo.

Cuando este llegó á casa, acompañado de su hermana supo con gran placer que sus padres habian decidido enviarle á Madrid, donde continuaria sus estudios.

Aquella fué una de las noches más felices que pasó en claro, entre dos cielos. El de la montaña que se ocultaba y el de sus ilusiones, que aparecia radiante de esplendor.

¡Qué bello es el porvenir por el prisma de 15 años!

Desde aquel dia, Leon no cerraba los ojos más que para verlo mejor, soñando.

Sus juegos, los pájaros, su carabina, sus amigos, los árboles, la montaña, sus recuerdos, su guitarra, todo desapareció ante su vista y los nuevos horizontes que fantásticamente lo sonrian por *aquende*.

La esperanza de ver á Madrid, chocando con la promesa de su padre, arrojó una nueva luz sobre su vista, que hizo opaca la primera.

Desde entonces no pudo dormir tranquilo.

Su lectura no habia sido muy selecta; algunas coplas y romances populares, la historia de Bal-seiro y Candelas, la de los siete hijos de Eci-ja, algunas novelas de Fernandez, otras de Lo-péz, y alguno que otro clásico latino cuando estu-dió la gramática de este idioma. Las fábulas de Iriarte, los cuentos de Rubio y otras traducciones de autores franceses formaban su biblioteca y fue-ron su alimento espiritual.

Su padre no la tenia, y por lo mismo, ignoraba los efectos de una homogeneidad tan fatal, para una inteligencia tan viva como la de su hijo.

El mal estaba ya hecho.

Si todos los padres pudieran calcular los efectos que causan las bibliotecas en la juventud, tal vez justificarian el refractarismo al estudio de Juan Nuñez Balboa.

Afortunadamente, en la sociedad hay dos clases de hombres. Unos que trabajan por el bien, y otros que trabajan por *aparentar que lo hacen*.

Leon tenia que confundirse en una de estas cla-ses, cuando fuera hombre.

Habia hecho comparaciones mentales entre Bal-seiro y Candelas; pero le eran más simpáticos el Cid, Hernan Cortés, y Gonzalo de Córdoba.

Tenia la fatal rareza de creer en la virtud y el valor de aquellos héroes; pero no creía en el *valor* y la *virtud* de los héroes setembrinos.

A estas creencias les llamaba sus caprichos.

En una ocasion, pretendió convencer á su padre de que el patíbulo ¡horror! hubiera podido igualar oportunamente ante la historia, á los tres mártires de las Comunidades castellanas con los tres héroes de la setembrina, cuyos apellidos, eran sólo diferentes.

Estas comparaciones, llamaron notablemente la atencion del honrado labriego.

Leon prometió ser más cauto *en política*, aunque á su padre le cuadruplicaran el importe de las contribuciones.

El premio de esta cautela fué salir para Madrid, en compañía del médico, que lo dejaria recomendado convenientemente en una casa de huéspedes, de esas donde sólo se admiten caballeros, por *pura distraccion*, y que tanto se han multiplicado con el número de cesantes y clases pasivas como pupilos.

En el seno de una de estas vino á parar el nieto del conde C..... Leon Nuñez de Balboa.

Con propósito me he detenido en algunos detalles de su infancia, aun á riesgo de ser pesado.

En el mismo seguiré su juventud, para ser explícito. Son dos eslabones que pueden formar por sí una cadena para conducir cualquier hombre al camino recto.

¡Ah! si los *padres los tomasen*..... por los extremos.

¡Oh! si los maestros los pudieran..... unir.

Cuántas exclamaciones como estas y otras más dolorosas evitarían en la sociedad y á la moral privada.

Pero estamos en el siglo de las carcajadas, y no se oyen bastante los lamentos.....

Tanto peor para los unos y los otros.

No les pagan á los primeros : malo.

Les cobran á los segundos : peor.

Confundámonos en el concierto de la risa general donde la setembrina tiene *tabla rasa*.

Acudamos presurosos al convite, que, aun siendo los últimos, no nos faltará un humilde sitio.

Ya trataremos de arreglarnos, cuando nos presenten la cuenta..... dentro de la familia.

¿Qué importa?

El que venga atrás.....

El asunto es seguir la costumbre..... ¿no hacen lo mismo las ovejas?

¿Hemos de ser ménos que ellas?....

Seamos, pues, borregos en el campo del presupuesto, pese á los críticos y moralistas.....

Tampoco yo quiero particularizarme..... Sigamos, pues, á Leon, aun con el bochorno de ser demasiado curiosos.

¡Hay tan pocos para las cosas *grandes*, habiendo tantos para las *pequeñas* cosas!

CAPITULO VII.

UN PROVINCIANO EN LA CORTE.

Leon, como todos los jóvenes, había llegado á Madrid con la cabeza llena de ilusiones y el corazón de deseos.

El doctor, que conocia perfectamente la villa del oso y el madroño, tuvo á bien, como medida de prudencia, orientar por el buen camino á su presunto colega, enseñándole todo lo que pudiera serle útil, para evitar un aneurisma en corazón tan tierno; ¡son tan fuertes las impresiones!

A las pocas horas de haber desembarcado en Madrid, se trasladaron á uno de sus principales centros de sensibilidad.

Para el médico, Madrid se asemeja algo á los *pulpos*, porque tienen, como éstos, varios centros de sensibilidad.

La Bolsa es el centro de los banqueros.

La corte es el centro de la aristocracia.

La Tertulia es el de los progresistas.

Los Mercados son el de la gente en domesticidad.

El Círculo es el del comercio.

Las Cuatro Calles es el de las cuatro plagas.

La Puerta del Sol es á Madrid, lo que Madrid es á España: el centro por donde los españoles que tienen tiempo ó dinero (para los ingleses es igual) que perder, *vaguean* deliciosamente, á la sombra en verano, al calor en invierno.

Allí se salva á la patria tomando el sol, ó se pierde la libertad conspirando á la sombra.

Allí se citan todos los que, cansados de trabajar, se deciden á seguir otro género de vida más cómoda, aunque sea más peligrosa.

Acuden allí los que cansados de estar á la sombra en las oficinas y otros..... penitenciarios, desean tomar el sol, porque es el puerto de salvacion para

Los *náufragos* del comercio.

Los de la política.

Los de la *banca alta*.

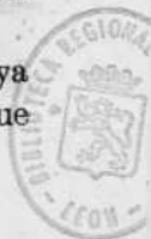
Los del *juego bajo*.

Los de la *deuda flotante*. En una palabra:

Es el *refugium peccatorum*, en donde se ponen al *piro* todos los *pilotos vacantes*, esperando el viento de la ocasion para volver á navegar *sobre* el piélago de *diez y nueve millones de gotas*.

Madrid vive de las provincias, como el pulpo de los demás habitantes del salado, por medio de sus tentáculos.

España para Madrid es un cuerpo orgánico, cuya sangre circula por venas paralelas de hierro, que



se llaman rails, en moléculas de madera y acero, que se titulan wagones.

España para Madrid tiene tendones, membranas, arterias, venas, sangre, mucha sangre.

Madrid se ha colocado en el centro de este férreo sistema por donde circula. Esto le basta para engordar é hincharse, y *lo demás*.

Con sus dos grandes brazos, uno en el Norte y otro en el Mediodía, y sus tentáculos en forma de muelles, que llaman estaciones, le sobra para recibir los cargamentos, absorber los productos y todo el jugo de la soberbia matrona, sobre la cual se adapta con todos sus tentáculos, confundiéndose de tal modo con ella misma, que sólo se apercibe á través de un análisis con escalpelo, la enorme cabeza del mónstruo, *coronada* de válvulas de todas dimensiones y tentáculos de todos tamaños.

Burocracia, servidumbre, clero, nobleza, ejército, lista..... *incivil* y otros *rabbitos* más imperceptibles, en forma de colas, que se extienden á través de la red arterial por donde la agricultura, industria y comercio, hacen circular su vital jugo.

Que si los miembros se resisten contra el mónstruo, y si las provincias se debilitan..... ¡ay de España!

El *chupotero* centralizacion está armado, tiene bayonetas, artillería; es terrible.

En cambio del alimento, les devuelve escrescen-

cias, perdidos, policiacos, balas, bombas y granadas.

¡Ay de las Comunidades si se resisten á cambiar sus productos, ó intentan matar al mónstruo!

Herirle en un centro de sensibilidad, y vive.

Herirle en otro, y vivirá aún.

Herirle en dos, en tres, y ¡ay de vosotros! porque será terrible..... os *bombardeará*.....

Si teneis la audacia de atreveros á matarle, comenzad por donde Dalila, y lo habreis desarmado como á Sanson cuando le cortaron el cabello.

Entre tanto, dad las cuatro quintas partes de vuestra vida para alimentar al mónstruo, y resignaos.

—Ya lo sabes, Leon, estamos sobre la cabeza de un *parásito*, si no tan repugnante como el pulpo, porque las coronas tienen todo su brillo y esplendor, aunque sean de espinas, y éste es un mónstruo coronado, tanto más temible, cuanto que se adorna de todos los paramentos y bordaduras propias para alucinar la juventud; es necesario procedas con cautela.

—Tú estás acostumbrado á jugar con el peligro; te adiestraste de muy niño en la caza de fieras; aquí hay muchas con la forma de mansas gallinas.

Este es otro género de caza.

—Es necesario que te revistas de mucha prudencia.

—El que aquí más mira ménos ve; y aunque te

parezca extraño ó dudoso, las calles, siendo horizontales, limpias y lisas, como no ves nada para tropezar y caer en ellas, son aún peores que las abruptas, tortuosas y quebradas de la montaña.

—Aquí se tropieza sin haber pedriscos, se cae sin tropezar, y se hace uno daño sin sentirlo; todo por el contrario de lo que sucede en nuestras agrestes veredas.

— Con este diálogo caminaron hasta llegar á la Puerta del Sol.

Allí se detuvieron algunos minutos para examinarla.

— Leon, semi-aturdido, no se cansaba de admirar tanto lujo de carruajes, hombres y mujeres. Permanecía extasiado ante una fiesta, nueva para él, tan animada y de una perspectiva que su impresionable naturaleza no podia resistir.

— La imaginacion le dominaba por completo.

— Nunca habia podido hacer un buen exámen de aritmética. El doctor mismo, que hacia algun tiempo faltaba de la córte, participó de su admiracion contemplando las nuevas mejoras.

— Este es el centro de Madrid, le dijo. Por aquí vamos á todas partes.

— Aquel es el ministerio de la Gobernacion.

— El otro edificio adyacente, la antigua casa de Correos.

— Estas calles inmediatas son las principales, donde confluyen otras de ménos importancia.

En todas partes el fluido oficial tiende á restablecer el nivel perdido.

—Ya lo ves. Ahora entramos en una de las más antiguas calles de la córte, añadió dirigiéndose por la del Arenal.

—Vamos á ver una de las obras maestras de uno de los arquitectos mejores del Renacimiento.

—Dicen que es una de las maravillas de Europa. Fué mandado construir por aquel que *jamás se ocultó el sol de sus dilatados dominios*, para servirle de morada.

—Mira esa bandera que ondea sobre ese edificio. Cuando Juan de Herrera lo dirigia, era una reliquia ante la cual doblaban la rodilla todos los pueblos del mundo, porque simbolizaba la honra de España. Hoy es un trapo viejo que los setembrinos han hecho girones para venderlos.

—¡Otros tiempos, otros hombres, otras costumbres!

Mirando aquí una tienda, allí un café, más allá midiendo la altura de los seis pisos, parándose algunos momentos en todas partes, marchaban á lo largo de la calle del Arenal, aturdidos unas veces, admirados otras, hasta que llegaron por fin á la plaza de Oriente.

Allí tomaron asiento en uno de los bancos de piedra, frente á la puerta que llaman del Príncipe; el doctor sacó la petaca, se puso á liar un cigarro, mientras que su discípulo daba una vuelta alrede-

dor del jardín viendo la estatua ecuestre de Felipe III.

— Estamos enfrente del palacio de los reyes, le dijo el doctor á Leon en cuanto se incorporó á él.

— Es tan severo como sombrío; míralo, dijo señalándole la inmensa mole.

— ¿Te acuerdas de la historia de Felipe II?

— Sí, señor, que me acuerdo.

— Aquí tienes la que fué su morada, reconstruida bajo la direccion de su primer arquitecto, Juan de Herrera.

— ¿Qué te parece?

— ¡Qué rey, qué palacio y qué arquitecto! exclamó entusiasmado.

— ¿Quién vive ahora en él? preguntó con marcada curiosidad el jóven montañés.

— Varios..... y el duque de Aosta, contestó tristemente el médico.

Aquí hubo una larga pausa de *sublime* silencio.

Ambos miraban el régio alcázar, mansion de la casa de Austria, como el *afelio* de la estrella monárquica.

Es tan desconsolador presenciarse la decrepitud de una institucion, cuyas gloriosas tradiciones arrastran por el mercado público un grupo de enanos, á manera de pilluelos, *pretendiendo*, como los histriones romanos de la decadencia, arrancar aplausos de lo más abyecto..... que.....

El doctor, rancio español, pagó su tributo al tiempo contemplando aquella maravilla.

La meditacion le hizo formular algunas palabras incoherentes y algunas lágrimas de dolor, que se negaron á salirle de los ojos.

Miraba, haciendo marcados signos de cabeza, la régia estancia con profundo sentimiento al ver el gran vacío.

¿Por qué las derramaba? ¿Era por la grandeza del pasado ante la pequeñez del presente? ¿Quién sabe?

¿Qué podian decir las lágrimas comprimidas en el corazon del *ayer*, á presencia del *mañana*, á la vista del palacio de Oriente, despues de recorrer la historia con la velocidad del pensamiento, teniendo enfrente la cronología de los reyes esculpida en piedra?

El doctor era un viejo; tenia sus chocheces.

Leon era un niño; tenia sus niñadas.

Los viejos y los niños se entienden, aun sin hablarse; los extremos se tocan; ambos habian bebido en una misma fuente, la historia; tenian de comun un punto de partida.

Leon se entristeció tambien; pero ménos profundamente. Era la tristeza de la esperanza contestando al desconsuelo.

¿Quién no vierte algunas lágrimas al verlas desprenderse de secas y venerables megillas?

Leon se aproximó más al doctor, le tomó una

mano entre las suyas; éste sacó con la otra el pañuelo, y se ocultó el rostro para cubrir la vergüenza.

Un mismo pensamiento cruzó ambas mentes, y el mismo dolor oprimió ambos corazones. Fué la conjunción de dos generaciones, el lazo de dos épocas ante la magestuosa ruina del pasado.

Las víctimas de las batallas de Almansa, Cerinola y Bailén, la pérdida de los fueros de Cataluña la leal, Aragon el denodado, los mártires del Dos de Mayo y todos los héroes tuvieron un recuerdo de gratitud en su memoria, que, si no sirve de nada á los muertos, anima y fortalece á los vivos, robusteciendo los lazos con que las generaciones se unen, los pueblos se ayudan, y la especie humana se recrea, ennoblece y vivifica, sembrando de flores el áspero camino de los grandes hombres.

— Bendita gratitud que vivificas lo humano. ¡Destello de luz divina que alumbras lo más tenebroso, calor que animas hasta el frío egoísmo. Abrasa el corazón de la juventud de tantos extragos hace el mónstruo, *tristeza del bien ajeno*, que lo enfria, murmuró para sí el doctor ya más tranquilo.

— Vámonos de aquí, dijo á Leon.

Levantáronse del asiento; comenzaron á desandar el camino, volviendo á la Puerta del Sol, desde allí, tomando la dirección de la calle de Carretas, se dirigieron á la de Atocha, en donde habían tomado la habitación, sin notar que eran seguidos,

muy de cerca, por un caballero vestido de negro.

Al desembocar en la calle de Atocha, y volver la esquina á la izquierda, el incógnito apresuró el paso, les ganó alguna distancia, dió media vuelta con la mayor desenvoltura, y abordó al médico con la más jovial familiaridad.

—¡Sr. D. Facundo! Este era el nombre del doctor que acababa de oír pronunciar á Leon.

—¿Cómo por aquí despues de tanto tiempo sin vernos? gritó con un tono de admiracion marcadamente amistoso, al par que le abrazaba.

—Qué, ¿ya no se acuerda V. de su contertulio al tresillo? añadió viendo la perplejidad del médico.

—¡Ah! exclamó este, algun tanto dudoso.

—Sí, me acuerdo.

—¿Y qué hace V. por aquí? añadió con cierta indiferencia.

—Estoy empleado en el comercio, y al mismo tiempo estudio medicina.

Al oír hablar de medicina, Leon, hasta entonces distraido y ajeno á la conversacion, puso un poco más cuidado.

Como venía á Madrid para ocuparse de ella, le pareció conveniente aprovechar el tiempo desde luego.

Hablando del sacerdote, del farmacéutico, de las mejoras del pueblo, de algunas historietas de vecindad, D. Facundo y el desconocido, acompañados del oyente Leon, llegaron á la casa donde se

habian hospedado, no sin que á la entrada rogasen al *encontradizo* les acompañara á comer, cuya invitacion no se dignó aceptar, quedando citado en el café de Madrid á las tres de la tarde del dia siguiente, donde se volverian á ver para visitar los sitios públicos de la córte.

Dejemos que coman tranquilamente, si el amable lector no tiene apetito, y digamos dos palabras sobre el *desconocido*, que así llamaremos por sérias razones, y serlo civilmente para nosotros.

CAPITULO VIII.

EL GANCHO.

¿Quién era este hombre?

Uno de los muchos que pululan por Madrid, al ojeo de aventuras.

¿Cómo se llama?

Lo imprevisto.

¿Cuál es su estado civil?

El *todo*..... Casado, soltero, viudo.....

¿Y su profesion?

La enciclopédia y el misterio, determinadas por la ocasion.

Si quereis saber quién es el desconocido, tomad de aquella una profesion cualquiera, añadidla al misterio, y tendreis el oficio del caballero industrial, impalpable, invisible, con tres ó cuatro disfraces civiles al dia; uno por la mañana, otro á la tarde, y el último para la noche: sabe más frenología que el doctor Gall, más geografía que Humbolt, habiendo desarrollado, más profundamente que Lacroix, la teoría de las probabilidades; distingue inmediatamente la cabeza de un provinciano entre veinte mil cortesanos, conoce su traje en pleno carnaval, sabe sus costumbres por el traje, adivina sus pensamientos por sus modales, hace más aún, presiente sus intenciones y sorprende sus deseos por sus palabras.

Es más sábio que Voltaire y Rousseau unidos, y más diestro que Cartouche ó Smith separados; se hace voluntariamente paisano, amigo ó conocido, en ménos de cinco minutos, de aquel que vé por primera vez, en cuyo lugar, pueblo, villa ó ciudad no ha estado nunca, y de cuya ciudad, villa, pueblo ó lugar dá todos los detalles topográficos, geológicos, históricos y locales que le pidan.

Sin haberse tomado nunca el trabajo de averiguar la verdad, siempre en amable consorcio con el error, es más filósofo que Epiceto, Cordillac, Strauss, Kant, y áun el héroe de Polideo, con to-

dos los de la república romana. Es el mismo *yo* imanente de la imanencia salmeroniana en la plenitud de su conciencia.

Sin ocuparse en cábalas, es más cabalista que Pitágoras y todos los modernos..... De las seis divinidades griegas, Júpiter, Saturno, Apolo, Marte, Vénus y Mercurio, ninguna le gusta más que esta última.

El tipo de la *luna* es para él un *gran* tipo.

Para este *desconocido*, el *absoluto* está en el análisis; y digo *desconocido*, porque aún no pudo La Bruyere clasificar en sus caracteres, el que corresponde á esta especie.

Conoce más historia sagrada que todos los santos padres.

Si Cantú escribió una gran *Historia Universal*, él ha escrito una pequeña historia general, con la más extensa cronología, para su uso particular.

Si no es tan políglota como Orlendoff ni Roskisko, posee más dialectos que Balaguer y Perico (el ciego); es más diestro que Leal en el sable, y más que Lizagaray en el florete.

Hemos dicho que era uno de los muchos hombres que pululan por las calles de Madrid, si no como el Adán de Espronceda, del mismo modo que el *chulo* de Cruz, al ojeo de aventuras, olfateando víctimas, atrayendo *primos*, y..... me falta un detalle.

Es el *reclamo* de las casas *privadas* donde se ex-

ponen las *ganancias*, porque nunca hay pérdidas, para los que ejercen el sacerdocio en *estos* templos, de los cuales es *gancho de gancho* sin lazo.

Lo imprevisto, si tomase la forma de hombre y se vistiese con elegancia, es fácil topar con él, llevando algunos miles de reales en los bolsillos; si uno no ha estado nunca en Madrid, con más facilidad que otro cualquiera.

Conoce todos los nombres ilustres, los títulos nobiliarios; todos los palacios *están á disposicion* de el *desconocido*, como otras tantas plumas con que se pavonea, segun las circunstancias, para alucinar la víctima, atraerla á la red, y dejarle sin un céntimo, *desplumado*; por eso su estado civil siendo la *nada*, es á la vez el *todo*.

Ha estado en todas partes sin haberse movido de Madrid, conoce á todo el mundo; sólo él es desconocido.

Tiene varias carreras: la de *Mercurio*, *San Gerónimo* y *San Francisco*; posee todos los dialectos, ejerce varias profesiones, vive en el *misterio*; su oficio es el de *reclamo*; su profesion, *cicerone*; su industria, *gancho*.

No sabrá dónde están los museos de pinturas, de antigüedades y arqueológicos; los gabinetes de lectura, historia natural, geografía; las academias de artes, letras y ciencias; los monumentos históricos dignos de verse y estudiarse; cuantas preciosidades merezcan ser vistas por los amantes de

las letras, artes y ciencias; pero eso no importa.

Os enseñará todas las casas de juego, se dignará daros noticias sobre este asunto, os introducirá en los tenebrosos laberintos donde podais saborear los placeres nocturnos, recitaros historias no muy edificantes, haceros ver gracias averiadas, en donde podais lanzaros libremente á estudios de Estética, sobre la decadencia del buen gusto y renacimiento de las bacanales romanas.

Os acompañará voluntariamente á visitar los garitos y las capas inferiores de la sociedad cortésana; á pesar de su porte aristocrático, puede iniciaros en todos sus secretos.

Proporcionadle líquido, con que pueda remojar-se la lengua; tiradle luego de ella, hablará lo suyo y lo de los demás, *que se callaba por modestia*.

Seguidle si os agradañ las sensaciones más fuertes, y..... hallareis el asombro.

En Madrid hay dos clases de cicerones: unos científicos, otros prácticos.

Unos conocen á Madrid bajo sus tres aspectos: artístico, histórico y monumental.

Otros lo conocen sólo á través de sus tres prismas: *industrial, inmoral y crapuloso*.

Madrid no protege á estos últimos, pero los tolera.

Los de la primera clase, hay que buscarlos en los principales *hoteles*. Los de la segunda, se hacen los encontradosizos. Cualquier forastero puede trope-

zar con uno de ellos, *si lleva dinero*. En esta especie hay cuatro familias: *escamoteadores, transferidores, enterradores y reclamos*.

El doctor y su joven discípulo habian tropezado con un miembro de esta última familia.

Corolario: Don Facundo era aficionado á jugar al tresillo, y traia algun dinero para gastar en matriculas, efectos de equipaje, encargos y otras bagatelas.

Axioma: Todos los reclamos se distinguen por su buen olfato.

El desconocido se habia puesto al acecho para identificar su víctima. Lo esperaba ya, despues de media hora, en el café de Madrid, combinando su plan segun los datos que arrojaba la conversacion habida con el doctor, y su perspicacia.

El problema que se llama *desplume*, iba á plantearse.

El hombre, aunque se asemeja á los irracionales, le aventaja en destreza y astucia; sobre todo, cuando tiene despejada la parte más alta, que dicen tocó Dios con el dedo. De la frente y la boca, hace sus armas ofensivas y defensivas.

¡Qué armas más formidables y sublimes, cuando las temple el Sér Supremo!

¡Qué terribles y repugnantes cuando las aguza Lucifer en su satánica fragua!

Al *desconocido* le pareció más cerca este establecimiento, y estaba pulimentándolas en él, con la

cabeza apoyada sobre ambas manos y los dos codos sobre la mesa, y en actitud meditabunda, cuando llegaron el doctor y Leon, tomando asiento en derredor de la misma.

El mozo les sirvió café, y comenzaron á hablar apurándolo en sorbos.

—¿Cómo encuentra V. á Madrid? dijo al joven el desconocido.

—No me parece mal, contestó este, aunque aún no lo hemos visto, porque llegamos ayer.

—Hay cosas dignas de verse, ¿no es verdad, don Facundo? Usted ya habia estado, ¿eh?

—Sí, señor, repitió el médico; pero lo encuentro bien desconocido.

—¡Ah! exclamó el gancho, se han hecho muchos adelantos; las poblaciones avanzan, como el progreso, á gran velocidad.

—¿Y en su pueblo tambien habrán mejorado mucho?

—Desde que no estoy en él, ¡cuánto echo de ménos aquellas partidas de tresillo?

—¿Usted seguirá jugando, D. Facundo?

—De tarde en tarde, contestó este que le *vió venir*.

El giro dado á la conversacion por el *desconocido*, que iba animándose, fué como un rayo de luz á herir la frente del médico.

De buena gana se hubiera dado en ella una palmadita con la de la mano derecha, como es de ca-

jon, á no tenerla ocupada con la taza de café en aquel instante.

—¡Ah, tonto de mí! dijo para sus adentros.

—Tengo enfrente uno de esos *ganchos* que las casas de juego lanzan por las calles á caza de *primos*.

—Bien por el reclamo, añadió; bella ocasion para Leoncito; una aventura que puede convertirse en saludable leccion; finjamos, aprovechémosla.

—Conozco la red, puedo separarla á tiempo. ¡Adelante!

Aquel brevisimo soliloquio le hizo estar más contento, más familiar y complaciente con el *desconocido*.

—¿Se acuerda V. de aquel dia de campo, D. Antonio?

—Vaya si me acuerdo, replicó el recién bautizado *reclamo*.

—Buen dia de broma pasamos, añadió este más contento y satisfecho, con la seguridad de su presa.

—Primo seguro, balbuceó entre dientes.

Don Facundo, que empezaba á impacientarse, le salió al encuentro.

—¿Se juega aquí mucho ahora?

—Así, así.

—Si V. gusta, iremos á una gran casa que yo conozco, le dijo en voz baja acercándose al oido.

—Puede V. hablar sin cuidado, señor D. Antonio.

—Para este jóven no tengo secretos; es el hijo

del señor Nuñez, que V. habrá conocido en....., añadió el médico presentándolo.

—Servidor de V., interrumpió Leon respetuosamente.

—Tengo mucho gusto en conocerle; vea en qué puedo serle útil; basta que sea amigo del señor don Facundo, dijo el *gancho*.

—Muchas gracias, replicó Leon.

—Le he traído á estudiar medicina por encargo de sus papás, mis buenos amigos, y quiero que antes vea algo la córte, añadió el doctor.

Hablaron luego de asuntos diferentes; volvió á recaer la conversacion sobre el juego, y el doctor aceptó la invitacion hecha nuevamente con tanta galantería por el *gancho*, dejándole pagar, por *pura cortesía*, el gasto del café, con gran disgusto del jóven Nuñez que consideró ofendido su amor propio aceptando una taza de café de un *desconocido* para él, y satisfaccion del médico por el buen éxito de la *tostada* que esperaba jugar á uno de los más expertos reclamos.

Del café se dirigieron, conducidos por el *gancho*, á una casa retirada entre callejuelas y medio escondida. De lúgubre aspecto, como son en general todos los templos consagrados á Mercurio, y do el ritual más severo se practica; su entrada húmeda, y salida difícil; con un pasillo en forma de embudo, lo ancho para fuera, lo estrecho para dentro, se atraviesa muy desahogadamente. Pero, ¿cómo

se sale? Arrastrándose, tropezando con los usure-
ros, ó las *gracias* sin *gracia*, cayendo en encrucija-
das, á veces en presidio; otras para subir al *palo*
más alto.

¡Triste verdad de una realidad más triste!

Desde que los templos consagrados á la ciencia y
la diosa Razon se han puesto en competencia con
los consagrados á Mercurio y el dios Caco, cuando
unos se frecuentan otros se aislan.

Si os gusta la estadística, podeis conocer al mo-
mento la fisonomía de cualquier ciudad.

Averiguad el número de unos y otros, y conoce-
reis su alma.

Por esta *cara*, que es el mejor espejo, podeis mi-
rarla y deducir la consecuencia, si os agradan las
deducciones.

El doctor, orientado ya, queria colocar á Leon
muy cerca del abismo para que midiese su altura y
lo evitase; le parecia un buen específico este reme-
dio. Por eso entra ron decididos los tres en el tem-
plo. El reclamo creyendo tener una víctima. El
doctor para evitarla. Leon con curiosidad. A la en-
trada de este templo leíase en letras doradas: «Co-
legio politécnico», se empezaba engañando.

La mesa de *juego* estaba en el principal de la casa
y en medio de una espaciosa sala, algunas sillas,
cuatro grandes bancos entapizados, un reloj, algu-
nos otros objetos sobre la gran mesa, cubierta ésta
con un tapete verde (símbolo de la esperanza ne-

gra) porque tambien la hay blanca, era todo el ajuar del altar mayor donde se sacrifican las víctimas espiatorias. El desconocido, subió adelantándose y tiró del cordon de la campanilla, de tal modo, que se dejaron oír dos sonidos; el uno perceptible de la campanilla, el otro más ténue, ménos denso, como el de un cascabel, que solo un delicado oído podia sentir.

El primero, anunciaba un tributario cualquiera, el segundo una víctima, por esto D. Facundo y Leon, aunque lo sintieron, dejaron de oírlo.

La red más sencilla tiene su *¡alerta!* si el cazador ha de estar de centinela.

A los cinco segundos, se abrió la puerta del templo, y nuestros tres creyentes, atravesando un largo pasillo, se dirigieron al altar mayor, donde ya habia comenzado el *sacrificio*.

Un *sacerdote* asistido de su *ayudante*, sentados en dos sillones á los extremos de la mesa, adaptados á dos concavidades hechas en su mitad, á lo largo de ella, rodeados de multitud de acólitos, unos sentados, otros en pié, todos en actitud expectante, fué lo primero que vieron el médico y Leon.

El *desconocido* se despidió de ellos, pretestando ocupaciones urgentes, prometiendo volver inmediatamente y deseando buena suerte á D. Facundo.

Los dos se aproximaron más al altar, algunos acólitos les hicieron sitio con muestras de deferen-

cia por su *forasterismo*. Leon comenzó á sentirse mal en aquel sitio; aquellos hombres de semblantes demacrados, lívidos, calenturientos; los trajes abandonados, descompuestos, no le produjeron la mejor impresion; en nada se parecia al sacerdote de su lugar.

El *jugador* se conoce entre cien mil hombres, es un tipo determinado en absoluto. ¿Quereis saber quién es el jugador? ¿Deseais conocerlo? Pues vaciad á la *sensacion* con la *calentura* en un busto descarnado en ángulos salientes; ponedle un sombrero de fieltro abollado, color de ala mosca, una levita súa, abotonada, pantalón usado; añadidle unas manos descarnadas, largas, súcias, con uñas de luto, y tendreis el tipo en todo lo visible. Dicen que algunos se duermen sobre las aras del altar, no necesitan piés. ¡Es tal su abnegacion!

El corazón del jóven estudiante palpitaba con más violencia que de costumbre. Un triste presentimiento agitaba su mente. El doctor miraba y casi estuvo á *punto* de ayudar á.....; pero se contuvo ante el mal ejemplo, y la vista de su discípulo.

En sus primeros años habia sido tambien *acólito* y *tributario*, siendo estudiante; pero solo cuando tenia algunas sobras de sus primeras necesidades y le faltaba algun piquillo para satisfacer sus placeres, se aventuraba á llegar al templo temblando. Por su dicha era sóbrio, y lo hacia pocas veces,

empero estaba iniciado en el ritual y quiso dar la lección al hijo de su amigo.

—Mira y observa bien, le dijo á este, que nos vamos á ir pronto.

—¿Pues á qué hemos venido? replicó el jóven.

—Ya te lo diré cuando salgamos. Tén cuidado, añadió cautelosamente D. Facundo.

Unos cuantos acólitos les rodearon, insinuándoles á que jugasen, y ofreciéndoles una ganancia segura, ora porque Jorge se mostraba propicio con las *judias*, ya porque, segun otro, se *daban contra-judias*: viendo el poco éxito de las insinuaciones protectoras, empezaron con las *imperativas*; pero tenian que habérselas con montañeses, y sobre todo, con un cazador de fieras que, aunque jóven, estaba bien desarrollado, y en sus ojos conocian lo que podia dar de sí. Por prudencia decidieron dejarlos salir tranquilamente.

Cosa rara hasta entonces, y nunca vista, por lo cual se felicitó de todas veras el audaz doctor.

En cuanto aspiraron el aire de la calle, el pulmon se les dilató, la tranquilidad volvió á sus espíritus, y la calma á sus corazones.

—De buena nos hemos librado, exclamó el doctor.

—¿Pues?... dijo el jóven que ignoraba el peligro aun habiéndolo presentado.

—Hemos estado presos en una red cerca de un cuarto de hora; deberíamos salir de ella sin un cén-

timo ó con algunos palos sobre las espaldas. ¡De buena nos libramos!... ¡Ya te contaré, ya te contaré!... cuando lleguemos á casa.

—Yo tengo ya apetito, D. Facundo.

—Me figuré que nos iba á pasar algo; en cuanto entramos y ví aquellas figuras tan raras, el corazón se me oprimió, y por primera vez, lo que nunca me sucedió en la montaña, tuve un no sé qué... me atreveria á llamarle una cosa..... como miedo..... dijo cándidamente el atrevido montañés.

—Ahora ya estoy más tranquilo, pero debe haber sucedido algo.....

—Usted me lo explicará en llegando á casa, ¿eh?

Con un paso bastante acelerado, despues de recorrer algunas calles y atravesar dos plazuelas, y subir algunos tramos de escalera, llegaron á su habitacion ambos huéspedes algo cansados.

Se limpiaron algunas gotas de sudor del rostro, mudáronse de trajes, y al poco rato les sirvieron la comida, solos; los demás ya lo habian hecho.

Comieron rápida y silenciosamente, el paseo y las sensaciones del dia, les habian excitado el apetito, y dos estómagos provincianos son egoistas por costumbre, cuando están vacíos.

Luego que hubieron acabado, el doctor se arrellenó en una butaca, encendió un Figuerola (1); hi-

(1) A los peores cigarros que se venden en el estanco se les ha bau-

zo que Leon se sentase á su lado en el sofá, y comenzó la iniciacion de los grandes secretos.

—Esta tarde hemos corrido un gran peligro sin saberlo.

—Tú vas á juzgarlo por tí mismo.

—Aquel caballero que nos abordó en la calle de Atocha, haciéndose el conocido y que yo me figuraba haberlo tratado en... como uno de los contertulios, confundiéendolo con D. Hipólito, nunca ha estado en el pueblo ni jamás lo he conocido; pero hacia su oficio, comisionado por la casa de juego, á donde nos condujo; los aficionados le llaman *ganchito*, porque atrae... su nombre más propio es reclamo; ya sabes de qué sirven estos y para qué se utilizan.

—Su objeto era conducirnos á donde estuvimos, para que allí nos desplumasen, es decir, nos dejaran sin un céntimo en los bolsillos.

—¡Cuando estuve estudiando aquí, en diez años, nunca me sucedió un lance igual!

—¿Y cómo no nos quitaron el dinero? interrogó Leon, fijando todos sus sentidos en los lábios de D. Facundo.

—Muy sencillamente.

—¿Recuerdas todo lo que viste en aquella casa?

—Leon hizo un signo afirmativo.

tizado con el nombre del economista, que, como ministro de Hacienda, deja por mucho tiempo tristes recuerdos á España.

—Pues bien, aquel es un templo consagrado al robo y latrocinio.

El sacerdote, con su ayudante, que estaban sentados á uno y otro extremo de la mesa, se llaman: *banquero* y *cabecera*; el uno porque el dinero amontonado que estaba sobre ella, se dice banca; y el otro, porque le ayuda mediante una prima, como un monago experto. El evangelio de hojas sueltas que manejaba, con ambas manos, á manera de augúr ó prestiguidador, vulgarmente llaman baraja, está *anotado* de tal modo, que puede cantarlo á su gusto sin temor de que sus manos puedan engañar á sus lábios. Ya has visto algunas barajas allá, pues todas son iguales.

—Sí señor, ya las conozco de vista; dijo el inocente rapaz.

—Pues bien, si sabes los nombres de los santos de este libro, no llegarás á explicarte, si te digo que hay hombres cuya devocion por ellas, llega á tal extremo, que les sacrifican cuantiosos millones, la familia, lo suyo y lo ageno, su honra y cuanto valen; en una palabra, les entregarian el Universo para volvérselo á tomar jugando.

—Unos son devotos del número once, otros del uno, quiénes del diez. Estos mismos no quemarian una vela de cera por el santo de su nombre, pero en cambio, saben criticar la sociedad y sus costumbres, atacar las preocupaciones y combatir la conciencia del prógimo, en todas partes.

—Alguno conocí, que ha tenido más de un gran disgusto con su esposa, porque al retirarse á su casa, á las seis de la mañana, de vuelta de su templo, la encuentra que vuelve ella de oír misa.

—Esto basta para maltratarla de obra, porque al hombre cuando le faltan razones le sobran manos, y tiene toda esta lógica con las mujeres y los seres más débiles..... aún siéndole queridos.

—Vaya si riñen.

—Todas las riñas y disgustos de la especie humana están alimentadas por la beatitud, añadió pedagógicamente el doctor, por el fanatismo, que es sinónimo de vicio en todo y para todo. Fanatismo por religion; fanatismo por placeres, fanatismo por la gloria, fanatismo por los juegos, vienen á ser cuatro fanatismos distintos y uno sólo verdadero. La pasión desarreglada que se llama vicio es tan intolerante como irrazonable: hé aquí la fuente de todas las desgracias sociales.

—La generalidad de los hombres no conocen que les falta el talento; pero en cambio, les sobra la opinion de que lo tienen, y la fatuidad hace el resto.

—Tú has nacido, querido Leon, felizmente razonable para comprender los puntos que calza la sociedad actual, y lo demás la experiencia se encargará de enseñártelo; un jóven-viejo es tan ridículo como un viejo-jóven; huye siempre de todo aquello contra naturaleza; cada cosa en su tiempo;

no precipites los períodos, ni trasformes las épocas; modélate en todo por la série, no trates de comer-te ninguno de sus términos; su belleza está en la exactitud. No seas pródigo en la amistad: hoy es peligroso; encontrarás muchos ignorantes, más necios, bastantes viciosos pródigos, muy pocos hombres de bien y ménos que sean dignos del nombre de amigos.

—La época actual es desmoralizadora por excelencia, escandalosa, la hipocresía del vicio oculta todas las virtudes y es harto difícil saber á qué atenerse en una sociedad donde el desenfreno reina en todas sus capas, arriba sin el freno de la moral; en medio, sin el de la educacion y la virtud; abajo sin el de la religion.

—¡Cuántos temores me asaltan en estos instantes!

—¡Cuánto voy á sentir dejarte abandonado á tus propias fuerzas en este piélago inmenso, siempre borrascoso y agitado, por las pasiones humanas!

Leon empezaba á impacientarse, el médico lo comprendió así y abandonó la digresion volviendo á su punto de partida.

—Con estas distracciones me he separado del asunto sin tener en cuenta que la materia es mucha y la paciencia poca.

—Dispénsame que haya molestado la tuya en obsequio de mi cariño.

—No hay por qué, balbuceó Leon, al contrario...

—Los viejos somos rancios. Si sabes los nombres de las cartas, el banquero en cuestion á quien hago referencia, las maneja con mucha destreza y las tiene todas marcadas, á esta operacion se llama: *tallar*.

—El sacerdote *talla* rodeado de todos los acólitos que viste, sentados unos, en pié otros, á quienes llaman *puntos*, uno de estos *corta*, como si dejéramos, abre el libro.

—Una vez cortado, saca por abajo dos cartas que dá media vuelta y las coloca sobre la mesa, una á la altura de otra; por arriba saca otras dos que del mismo modo pone abajo de las primeras; albur, dicen al primer par, gallo al segundo. Los acólitos llamados *puntos*, ayudan al sacrificio apuntando el dinero que tienen por conveniente á cualquiera de las cuatro cartas colocadas sobre el tapete, cuyo evangelio las tiene cuatro veces repetidas en colores diferentes y en diez figuras distintas.

—Llueve el dinero sobre las diferentes cartas, el sacerdote espera hasta que dice solemnemente: Juego, y todos los ojos del auditorio se fijan con ferviente recogimiento, sobre el milagroso libro, que el sacerdote ha vuelto á la faz de los creyentes, agarrado con la diestra como si fuese á escarpase; lo vá deshojando hácia sí con los tres dedos mayores de la izquierda sobrecogido de un *temor* humano, que le hace temblar á la vista de los *santos*, que sucesivamente se presentan con reli-

gioso silencio cual no hay ya en ningun templo cristiano, en el curso del sacrificio.

—Las respiraciones se suspenden.

—Los latidos de los corazones se multiplican, durante el breve espacio que media hasta la consumacion.

—El sacerdote deshoja el evangelio hasta que descubre por la *pinta* una igual á cualquiera de las cuatro que están sobre la mesa. Aquel *santo* ha venido á favorecer á sus creyentes en una cantidad igual al sacrificio que habian hecho en su obsequio, mientras que los de la contraria, inmediata á su misma altura horizontalmente, lo maldicen estúpida y rabiosamente á lo *indio*.

—Habrá una distraccion más divertida pero con más sensaciones ninguna.

—La avaricia preside invisiblemente, dirigiendo estos maniquis con la forma de hombres.

El ayudante recoje lo de la contraria; va pagando todas las puestas de la saliente, mientras que el sacerdote ha vuelto otra vez el libro, colocando las hojas caidas cuidadosamente sobre las restantes. Los puntos vierten plata, oro y papel al costado exterior de una de las dos que quedan descubiertas sobre la mesa. Los dos primeros vuelven la espalda con el *anverso* hácia el tapete en cuanto el ayudante paga la última puesta.

—Repítese el sacrificio con el mismo silencio, la misma ansiedad, los mismos movimientos, las

mismas sensaciones, repetidas una y otra hora, uno y otra día, sin más variantes que la renovación de los sacerdotes, la de los evangelios y los acólitos.

—Si acudieras diariamente al templo, por algunas horas, verías á unos que salen llorando, sin verter lágrimas; á otros que entraban riendo, aunque tampoco vean las esperanzas. La mayor parte se dan unos paseos por el *paraiso de los tontos* para consultar la *teoría de las probabilidades* antes de ofrecer *sacrificio*.

—A veces se ameniza la fiesta con algun espectáculo del género pésimo, que los concurrentes titulan escándalo, dividiéndolos en grandes y pequeños. Cuando en estas *sentinas* las luces se amortiguan, salen las navajas para dar más brillo; y si alguna vez se apagan violentamente, alumbran los *rewolvers*, se anima el *cotarro*; al compás de la confusión, salen los sacerdotes por los balcones, cuando la policía entra por las puertas, las manos buscan y tantean en la oscuridad los bolsillos del prógimo; si algunos pierden los palos, otros se encuentran varios *chichones*; nosotros estuvimos á las puertas de la función y en vísperas de encontrarnos algo que nos hubiese causado dolores, y tal vez otra cosa.

—El templo á donde nos condujo el Sr. Gancho tiene, al parecer, la entrada más ancha que las demás, pero la salida es más estrecha.

—Me explicaré, añadió el doctor, apercibiendo un signo de duda en Leon.

—Aquellos *puntos* no juegan con su dinero, todo es de la banca; su objeto es *simular*....

—Tampoco juegan siempre, sino cuando se presentan algunos forasteros, como nosotros, atraídos por los ganchos que *reclaman* su parte en la presa. Entonces el juego comienza, el banquero por signos convencionales previos, conoce la victima, la examina, deja que se acerque, la estimula con algunas pérdidas, los *puntos* la siguen, y cuando está más satisfecha y se deja *caer* con una gran cantidad, el banquero *amarra*; aquí empieza el desplume, toda una lucha de astucias para sondear su ambicion, algunos acólitos la rodean, excitan, vaticinan ganancias, hasta que concluyen por hacerle poner el último céntimo, y al retirarse la despiden con una mirada de compasion y una sonrisa *maliciosa*.

—Si el *primo* se apercibe dentro de la red y se resiste, le *arman* un escándalo, por medio del cual le meten miedo, y sacan algunos céntimos si es tímido, ó han olfateado que lleva muchos; entonces, aún siendo de dia, lo dejan á oscuras, allí obran.

—¿Has comprendido, mi querido Leon?

—Sí, he comprendido, D. Facundo, sólo una duda me atormenta, replicó Nuñez.

—¿Cual? replicó este: dímelas.

—¿Cómo nos han conocido á nosotros que jamás

nos vieron y cómo sabían que V. llevaba dinero?

—Es verdad; no te había explicado esto, dijo el doctor.

—Sabían que yo llevaba dinero por el reclamo, y éste lo supo por la conversacion que tuvimos en el café, no habiéndome yo apercebido, le dije á qué venía, y él, por conjeturas, ha deducido la verdad...

—¿Y cómo, interrogó Leon, se pusieron á jugar tan repentinamente en cuanto entramos, sin que el *gancho* tuviese tiempo de prevenirles?

—Eso me ha sorprendido á mí tambien, replicó el doctor, que aún no había acertado á conocer el medio.

—Y diga V., D. Facundo, ¿por qué permite el gobierno esos templos del vicio?

—Te diré, el gobierno no los permite, pero los tolera. Como él es el gran sacerdote de la lotería, que tambien es un juego, legítimamente tiene necesidad de tolerar.

—¿Y por qué admite la lotería? objetó indignado el jóven.

—Porque es partidario de la libertad de vicios, y él quiere tener tambien los suyos.

—Lástima que la nacion se empeñe en dar trabajo á la policia tolerando estas sentinas en forma de templos.

—Aquí resucita el problema del huevo y la gallina.

—¿Quién nació primero?

—¿El contrabandista ó el carabinero? ¿El jugador ó el polizonte?

—La verdad es que unos sin otros no pueden subsistir. Cuando desaparezcan las causas, cesarán los efectos.

—La policía vela por el juego. El juego alimenta la policía; vive la una por el otro.

Leon habia permanecido meditabundo, mientras que el doctor comenzaba á dormirse rendido de fatiga.

De repente se incorpora.

—¡D. Facundo! grita, ya he disipado la duda.

—Una idea se me ocurre.....

—¿Cuál? ¿cuál? hijo mio, balbuceó el doctor incorporándose á su vez, asustado.

—Ya he descubierto el misterio de la trama.

—¿A ver? ¿á ver? exclamó el médico, en un tono de acentuada impaciencia.

—Cuando subimos á la casa de juego, y tiró del cordon de la campanilla, profirió Leon, recuerdo haber oido otro sonido diferente, como el de un cascabel, y estaba discurriendo si esta llamada seria para anunciar á los jugadores que llegábamos.

—Indudablemente, has adivinado; pero yo no recuerdo haber oido más que la campanilla.

—No le quepa á V. la menor duda, oí distintamente el ruido del cascabel al mismo tiempo.

—Hemos estado expuestos á ser cazados con cascabel, interrumpió el bueno de D. Facundo.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Jaaa! ¡qué broma! exclamó arrellenándose de nuevo en la butaca.

Cualquiera que haya estado expuesto á algun grave riesgo, salvándose de él milagrosamente, puede concebir el placer que embargaba á ambos.

—¡Ya te lo dije oportunamente! añadió en tono de singular admiracion el médico.

—Estamos rodeados de peligros morales y materiales.

— Esta Villa es una nueva Babilonia, en donde todos se desconocen y ninguno se entiende.

—¡Hay que abrir mucho los ojos!

—En los pueblos los tenemos cerrados.

D. Facundo cerró los suyos, Leon meditaba aún recordando las peripecias del robo frustrado, tan ingeniosamente preconcebido.

—Es igual, se decia; el hombre lleva en el pecado la penitencia.

—El juego se ha inventado para castigar la avaricia. Hé aquí una pareja, digna la una del otro, que reconocen un mismo padre.

—Hay esponsales funerarios, cuando la avaricia los contrae con el juego, por ejemplo....

A los pocos momentos llamó á D. Facundo, que comenzaba á desentonar un *solo Ronconi*, y se acostaron.

—¡Cuántos usureros de provincias serán cazados al cascabel en Madrid! dijo para sí Leon.

Recapituló lo sucedido, acordóse de sus padres,

de su hermana y discípulos, del lugar; y minutos despues, entre nubes de rosas y claveles, fué á hacer compañía al doctor, en brazos de Morfeo.

Sueños de ventura, de placeres y dicha sabe inspirar siempre en su superficie Madrid, cuando aún no se ha llegado á los veinticinco años.

El doctor durmió tranquilamente.

Y Leon soñando, como se sueña á su edad, pasaron la noche en esa apacible calma, propia de conciencias puras, que se abandonan dulcemente al reposo, rendidos por la fatiga del dia. ¡Qué grato es dormir cuando el espíritu convida y la materia há menester, sin que interrumpa la conciencia!

CAPITULO IX.

UN CORTESANO A GRAN VELOCIDAD.

Corria el año 187... de la era cristiana, Leon Nuñez Balboa habia llegado á Madrid en los primeros dias del mes de Setiembre de este mismo año; la mejor época para visitar todas sus curiosidades. Al siguiente dia de su llegada, el amigo de su padre

y él se levantaron muy temprano y fueron á comprar la *Guia de Madrid*, entonces muy incompleta, y algunos objetos de uso particular para uno y otro.

Aquel dia regresaron á casa muy temprano, sacaron el fondo de los baules, se vistieron de rigurosa gala, emplearon el resto en afeites, y luego fueron á hacer visitas á los amigos y conocidos de la familia del doctor; los de Nuñez se los reservó, ó no quiso presentarse, hasta haberse *pulimentado* por completo, tomando un lijero barniz de la córte para cubrir la corteza áspera de provincias.

A los quince dias de recorrer calles, visitar museos, ver espectáculos y echar algunas canas al aire en los teatros y cafés, tirando algunas monedas de oro por el comercio y la industria, el doctor, despues de dejar matriculado en el Instituto al hijo de su amigo, bien recomendado á varios suyos y á algunos profesores para que lo tuvieran bajo su vigilancia, se separó de él, despues de haberle dirigido varias exhortaciones, dándole un apretado abrazo en la estacion del Mediodía. Leon no fué al que ménos sensible se le hizo la separacion del doctor, su amigo, que hacia las veces de padre y protector, pero el tiempo le preparó la resignacion.

En los cuatro primeros años de estudios con aprovechamiento, Leon alcanzó las mejores notas; á su conducta intachable, pudo unir las simpatías de sus profesores y condiscípulos.

Estimábanle por muchos conceptos: á su gallarda presencia le daba más realce una prodigalidad de bondades, cuyo precio podían solo calcular sus padres por el número de sus privaciones y sacrificios. La elegancia y la moda no estaban jamás de acuerdo para decorar su delicada personalidad, siempre sedienta de nuevos adornos.

Como era el ojo derecho de sus padres y no tenían otro, hasta su misma hermana, ya en edad de suspirar deseos, ahogaba los propios para satisfacer los suyos, enviándole sus economías como el precio de las satisfacciones que le proporcionaba en la temporada de vacaciones, paseándola del brazo por los frondosos valles de los alrededores del lugar, contándole sus aventuras y describiendo las impresiones que le proporcionaba la sociedad madrileña.

Más bien que hermanos, parecían novios cuando se les veía enlazados del brazo recorriendo las cercanías de Helvas, seguidos de sus amados padres, que bendecían al cielo en éxtasis de arrobamiento por tanta dicha.

— Mas ¡por desgracia! la vida se pasa en suspirar deseos; la satisfacción de uno engendra el suspiro de otro nuevo, y no bien le alcanzamos, aun antes de saborearlo, suspiramos otros.

Entre los estudios, que con grandes disposiciones había comenzado Leon, todos le agradaban mucho y por ninguno se inclinaba decididamente.

En la pintura, música é historia, habia hecho grandes adelantos; tocaba el piano con perfeccion, montaba á caballo con aire distinguido, manejaba el florete y la pistola hasta clavar una bala en la cara de un *amadeo* de plata á ochenta pasos. Habia mordido la ciencia de la geometría hasta saborear el problema del ángulo de incidencia, igual al de reflexion, en una mesa de billar, perdiendo mucho tiempo y más dinero en practicarlo por la elasticidad, con la pretension de dar lecciones á Espino, que se habia hecho de moda en las *carambolas*.

El tiempo, como el dinero, lo distribuia con una variedad de atenciones enciclopédica. Cuando perdía de lo primero comenzaba á ganar de lo segundo. En obsequio de la verdad, gastó mucho aprovechando bastante. Solo tuvo un *pequeño* defecto, á pesar de ser tan completo.

Al decir pequeño defecto, necesito explicar el adjetivo de comparacion por referencia.

Un subdirector de un colegio militar, de cuyo nombre no quiero acordarme, le preguntaron en una ocasion por qué no dedicaba á la carrera militar á un hijo suyo que, á la estatura de un lapon, adicionaba una joroba monumental, bajo cuyo peso iba siempre encorvado, aunque era jóven y robusto.

— Tiene un *pequeño* defecto que le impide serlo, contestaba siempre el buen padre cuando el mu-

chacho no se hallaba presente. De estos *pequeños* defectos adolecen hoy muchos que han llegado á ser generales, sin embargo de ocultar la estatura real con zancos de madera y la joroba con... algodones de... pero aquellos eran otros tiempos...

El pequeño defecto de Leon consistia en tener un golpe de vista vizco para mirar los amigos.

Generalmente tenia la debilidad de elegirlos, colocando una moneda de cinco duros delante del ojo derecho, cerrar el izquierdo y hacerles una seña con el brazo del mismo costado para que se acercasen.

El jóven Nuñez ignoraba aquel adagio de «Dime con quién andas, y te diré quién eres.» Los amigos así elegidos no podian ménos de torcerle el camino, conduciéndole por asperezas, terrenos quebrados y abruptos peligrosos, aunque los sembrasen de flores á su paso. Los amigos verdaderos, aquellos que solo le estimaban cuando no tenia dinero, para hacer de esa manera bizarra la eleccion, se acercaban á él dándole buenos consejos, pero tenian que huir luego, dejándole solo sin esperanzas de poderlo salvar cuando se resistia á no ir al precipicio.

El bueno de Leon no habia leído la fábula de *Las naranjas* ni la de *El barquero*, ménos aun la de *El arbolito tuerto*.

Seguia el impulso de sus pasiones, encauzadas por los que se le acercaban olfateando la *oscena-*

pecuniat, como diria Juvenal, y caminaba derecho á su pérdida, muy naturalmente.

Los jóvenes de quince años suele sucederles, en pasiones, lo que á los niños en temperamento, *no tienen sistema*. Las compañías crea en aquellos las inclinaciones, como los alimentos en estos el temperamento. Buenas ó malas, si son buenos ó malos. Linfático ó nervioso, si son dulces ó ácidos. Las inclinaciones desarrollan los deseos, y los deseos prevalecen para alimentar las pasiones. Por desgracia Leon habia tenido siempre mucho dinero, y el dinero, si no atrae á los buenos, los rechaza mimando á los malos. Estos mimaban á Leon, adulándole, excitando sus pasiones, arrastrándolo á la pendiente en virtud de una ley natural.

A los siete años de estudios en la vigésima octava primavera de su vida, que fué la penúltima, el joven Nuñez Balboa se habia hecho un consumado cortesano, teniendo dos carreras á medio concluir, la de médico y abogado, en vísperas de arruinar á sus padres con un caudal de vicios y sin fuerzas para dominarlos.

Hé aquí toda la obra de siete jóvenes medianos, que encuentran un hijo pródigo, tierno, inexperto, y con dinero para los siete. Cuatro hombres puestos de acuerdo, son bastante para volver loco al entendimiento más sano y maduro.

Un aciago dia tuvo que marchar á su casa á pe-

dir la bendición de su buena madre moribunda.

¿Qué extraño, pues, debe parecernos encontrar un grupo de corazones volcánicos, apasionados, navegando en el piélagó inmenso de la sociedad, sin timón, en la nave de las pasiones, á todo viento y llevando un nuevo tributo?

Como se ha dicho, un día recibió una noticia terrible. su madre estaba gravemente enferma, y lo que es peor todavía, sin los auxilios de la ciencia médica. Hacia un año que D. Facundo había muerto.

Abandonó las clases, dejó los libros y se puso inmediatamente en camino para su pueblo.

Los placeres, las distracciones y aun los vicios, no habian aun ahogado en su corazón los sentimientos filiales: amaba á su madre con toda su alma. Cuando llegó al lugar estaba ya la pobre en el umbral del sepulcro, preparada en lo espiritual con resignación, despidiéndose de este mundo para entrar en el otro. Tuvo el tiempo preciso para abrazarla, recibir su último suspiro y cerrarla los ojos.

Esta pérdida fué una terrible desgracia para su abatido padre, á quien hirió de muerte.

Aquella morada, antes tan alegre, bulliciosa y risueña, tornóse triste, silenciosa y lúgubre, cual si fuera la casa del dolor, dibujándose en todos los semblantes.

Juan Nuñez estaba anonadado, solo tenía fuer-

zas para suspirar; su hija derramaba amargo llanto por todos. La tía María, hecha ya una coronela, habia llegado tarde para ver á su cuñada, aunque á tiempo para consolar á su buen hermano Juan, y sus sobrinos Leon y Rosaura, sobre todo á esta última. Como su marido estaba al frente de la comandancia de carabineros de Logroño, y ella establecida en la capital y sin hijos, el viaje fué largo, peligroso y lento: en ferro carril hasta Extremadura, y luego en galera *acelerada*, podeis imaginaros que seria penoso para una señora sola.

A pesar de sus veinte años de matrimonio suspirando por un hijo, el cielo no le habia concedido ni una hembra. Se mantuvo sordo á sus ruegos, con gran sentimiento de María Nuñez que, en obsequio de la verdad, ponía todos los medios para... pero ni por esas.

Estaba visto: Dios no la hizo caso.

La buena María llegó rendida al lugar, y cuando hasta el cadáver de su buena hermana habia desaparecido de la superficie de la tierra.

Su dolor en medio de su intensidad tenia algo de egoista. Presentia que con la muerte de su cuñada, aquella familia iba á deshacerse, y con su disolucion ya no le era tan fácil pasar algunos meses de veraneo en el lugar, como acostumbraba todos los años, reverdeciendo los gratos recuerdos de su infancia.

A los pocos dias de permanecer en casa de su

hermano, notó en el semblante de este algo que la hizo temblar.

Rogóle con gran insistencia que la acompañase al lado de su marido en compañía de Rosaura, para quien la capital de la Rioja ofrecía más atractivos que el lugar. Hízole ver la conveniencia de alejar tristes recuerdos alejándose de allí. Esto era tanto como intentar lo imposible. Juan había nacido y vivido allí. Allí deseaba morir. Por instinto, despreciaba á la sociedad en lo que tiene de superficial, había heredado de su padre una secreta repulsión hácia ella. Prefería sufrir todos los dolores en el lugar, viendo y visitando diariamente todos los sitios en donde acostumbraba á sentarse con su idolatrada Antonia. Aquí, al pié del arroyuelo..... más allá, á la sombra del nogal, en un banco de piedra, ocultos bajo el florido almendro en primavera, aspirando un aire perfumado, ya sobre el jugoso césped, oyendo el monótono zumbido de las abejas; hablando del porvenir de sus hijos, de sus rebaños, de sus cabras, contando los dias que faltaban para abrazar á su Leoncito. Agotando la imaginacion para proporcionarle nuevos medios. Comunicándose sus incertidumbres, ora refiriéndose sus temores mútuos y sus dudas. Consolándose, en fin, en sus penas. Concibiendo las mismas esperanzas en Dios. Pensando siempre en Madrid sin querer verlo. ¡Desventurado! Ahora tenía que hablar consigo mismo. ¡Madrid! ¡Madrid!

Las lágrimas que has hecho derramar á los de provincias, ora de placer, ya de dolor, te relevarian de la necesidad de tener dos depósitos de agua..... Pero ¡y qué lágrimas!

—¿Cómo alejarse de aquellos sitios, aunque al visitarlos no viese á su esposa ni hablase con ella, encontrando siempre un inmenso vacío por do quiera que fuese? Cuando le quedaban los árboles para darle frutos, las aves para consolarle con sus armoniosos trinos, y las flores para perfumarle el aire con sus aromas, cantando la bien venida cuando preguntase, y ofrecerle sus caprichosas corolas. Ya no podia ser respondido cuando preguntase, ya no podia ser consolado cuando estuviera dolorido, es verdad que tenia una hija, pero hay arcanos en el corazón humano, en donde solo las madres tienen permiso para..... Le faltaba todo, ¡cuando tan poco fué necesario para hacerlo dichoso!

—Bendito sea Dios, dijo, si temerá acaso hacerme daño quitándome lo que me sobra ya, la vida?

—¡Pobre Rosaura! decia mirando á su hermana con esa mirada paternal y conmovedora.....

—Por Dios, Juan, eres injusto..... cuando yo tengo una deuda de paternidad que pagarte, contestaba su hermana María besando la frente virginal de su inocente sobrina Rosaura.....

—Hija mia, no llores así, y confórmate con los designios de Aquel á quien todo lo debemos.....

Así pasaron muchos dias y varias noches, recor-

dando todos las buenas acciones, las virtudes y el cariño, gracias y bondades que á todos dispensaba la difunta Balboa.

Leon era el único que procuraba ahogar sus penas cazando perdices y ciervos, para olvidar sus placeres, amigos y Madrid; como habia olvidado sus compañeros de niñez, sus aves y casa; pero esto se olvida más facilmente que aquello, y cada dia se le fué haciendo más penosa la estancia dentro de aquella monotonía; en donde como la naturaleza, todo parecia dormir precisamente, cuando más despierta tenia él la imaginacion. Madrid ofrecia más placeres; era el mes de Noviembre.

Leon pretestando mal humor, hacia algunas escapatorias nocturnas al pueblo de H... y como estaba mimado, las repetia frecuentemente.

Así pudo pasar todo el año en compañía de su tia María, su hermana, su padre, el escribano, el sacerdote y el boticario.... que le hacian la partida de tresillo las noches que se dignaba estar en casa.

Las doncellas de la cercanías estaban aun más soliviantadas de sus correrías, que las liebres y las perdices de su incansable escopeta.

A pesar de una soberbia paliza que le propinaron sus antiguos condiscípulos, sin duda como pago de las firmas que les habia hecho en la cara con las uñas cuando empezó á hacer ejercicios de escritura en la escuela; el cortesano Leon no escarmentó

en sus *razias* nocturnas, buscando tributos á lo *Mauregato*.

Pasó el mes de Diciembre, vino año nuevo, y quiso hacer vida nueva. Su padre se apercibió al fin del fruto que habia comido, y sufrió un golpe más rudo, si no más terrible que la pérdida de su buena Antonia, tanto. Aquel descubrimiento, le hizo el mal efecto de un primer golpe de gracia mal dado. Leon al emprender el camino de la ciencia, torció á la izquierda, como si dijéramos, del lado del corazon, y cató las manzanas del arbol del *mal*; como hubiera podido seguir á la derecha y comer de las del bien. Hé aquí el descubrimiento que hizo su padre, prévios algunos avisos y otras observaciones propias. Pero lo habia hecho á medias, y por consiguiente, le faltaban muchos grados de certeza por su suerte; que Leon aumentaba con grandes dosis de hipocresía bebida en el laboratorio de la compañía de Jesús, uno de cuyos depósitos estaba en Madrid.

Una tarde, en una casa del pueblo de H... á donde habia entrado para distraer algunas onzas que *transfirió* de uno de los cajones de su padre á sus bolsillos, tuvo una disputa con unos montañeses que lo encontraban demasiado orgulloso, despues de su estancia en Madrid. Ellos eran seis; pero él no encontró un segundo que lo defendiese, y tuvo que pedir auxilio á la navaja, arma prohibida que usan en muchas llanuras y monta-

ñas de España los españoles. Tomó la iniciativa en la lucha, endiñó *algunas mojadadas* superficiales con tanta suerte, que todos quedaron desarmados, dejándole salir triunfante..... Montó en la mula dirigiéndose á su casa paterna sin que ninguno le molestara.

Al día siguiente llegaron á oídos de su padre, las peripecias del combate..... En otra ocasión Juan Nuñez se hubiese enorgullecido. Entonces sufrió y calló, digo mal, murmuró para sí:

—Si continúa más en el lugar, me lo matan un día en cualquier recodo, y tengo que ver su cadáver ensangretado..... ¡Paciencia!

—¡Cómo ha de ser! es preciso que se marche.

—Está visto. Se aburre aquí. Ha olvidado todo.

—¡Si viviera su abuelo para..... y el doctor!

—Cada uno tiene su orgullo, él se ha aficionado á Madrid. ¡Si hubiera trabajado como yo!.... Puesto que quiere continuar sus estudios, sea.....

El venerable Juan, con aquellas manos primitivas, encallecidas por el trabajo, la cabeza blanca como la nieve y su hercúlea musculatura, suspirando con una profunda melancolía, estaba sublime.

Una mañana muy temprano, llamó á su hijo y lo llevó á su cuarto de estudio, que estaba lleno de sientes y herramientas de labores; se sentaron en frente de un grandioso armario apoyado en cuatro columnas de nogal. Una alhaja del siglo diez y

seis, sacada de un convento por venta; lo abrió, le hizo sentar á su lado y le dijo:

—Oye bien lo que voy á decirte, de gran interes para tí. Yo estoy enfermo, siento que se acerca la hora de pagar mi tributo, y es preciso prepararse. Escucha y no me interrumpas, profirió viendo que su hijo intentaba interrumpirle con signos de admiracion y duda.

—En este armario que ves, teneis toda vuestra riqueza: tres mil onzas, no en oro, sino en títulos de propiedad; mil que habia en oro y plata se han gastado en tus estudios y otros excesos, quedan algunos miles de reales que te llevarás mañana mismo. Cuando deje yo de existir, repartirás con tu hermana este capital, bajo la direccion de tus tios. En ese dia, si tienes tiempo, ó tus distracciones te lo permiten, pensarás que tu padre lo aprovechó mucho, acuérdate que he necesitado tener los brazos de hierro y un trabajo sobrehumano, para desbrozar esos montes y cultivar esas rocas. Cada palmo de tierra, tiene muchas gotas de mi sudor. Las piedras regadas, los árboles plantados, agradecidos, y hasta las mismas aves cantoras que me saludan con sus trinos, te lo dirán.

—¡Sí, hijo mio! tú marcharás mañana á lucirte, á gastar, *mordiendo* la ciencia falsa, sin digerir la verdadera, escrita en el gran libro de la Naturaleza por la mano de Dios su Gran Arquitecto.

—Cada uno tiene su orgullo. El mio hubiera sido

ver á mis hijos y nietos esparcidos por esta comarca. Si tu abuelo viviera, podria decirte lo que es la sociedad artificial.

—Yo no le he conocido, y me felicito, nada espero, me queda la tranquilidad de *haber vivido con mi vida*, y dejaros un pedazo de ella entre esas montañas.

—Tú marchas, yo me quedo llorando y sin consuelo, pero rechazo todo egoismo que pueda acibarar la voluntad de los demás, aunque estos sean mis hijos. Así, pienso, debieran ser todos. Tendria un remordimiento grande si hubiese vivido á espensas de los demás. ¡Que nunca te mortifiquen á tí estos remordimientos!...

—¡Ves ese pan de la montaña que yo he desbrozado, me es tan querido, como tu hermana; como tú y como mi difunta Antonia!

—Cada rama de esos árboles, cada espiga, hasta la misma yerba me felicitan, y cuando las visito, soy más dichoso que Napoleon I revistando sus legiones invencibles. Ya sabes que tomo los hazes en los brazos, sean de espigas ó yerba, como si fueran niños, porque me cuestan tanto trabajo cultivarlos como criarlos. Aunque no voy á misa, me estiman y quieren por mis acciones y obras; siento que Dios está por todas partes, en la Naturaleza..... Si comprendes todo esto, ya comprenderás mis lágrimas y calcularás el precio de mi sudor.

El venerable labrador lloraba como un niño á quien quitan los juguetes, ante la sola idea de que sus sacrificios y trabajos de cuarenta años, iban á ser abandonados en algunos dias por sus hijos.

Los pedazos de una vida modesta, honrada y laboriosa, esparcidos por el valle en el trascurso de algunos años, tal vez serian vendidos en algunos meses. ¿Y por quién? Por la carne de su propia carne. ¡Qué desventura!..... se decia á sí mismo.

Aquel museo de historia natural viviente, aquellos rebaños alimentados por él serian tambien vendidos y dispersos. ¿Quién sabe? Aquellos terrenos fecundos, regados con su sudor, cultivados por el trabajo de los suyos, se convertirian en eriales, en poder de algun príncipe de *moneda*, duque ó marqués, de esos en cuyas manos se esterilizan hasta los páramos más húmedos. Esta idea lo martirizaba al contemplar la serenidad de su hijo, para quien al parecer hablaba en un idioma que no entendia.....

—Hé ahí lo que son los gustos, añadió despues de una larga pausa el labriego, enjugándose el rostro con el pañuelo, mientras que su hijo murmuraba entre dientes sin proferir una palabra: esos son achaques de la edad, chocheces.....

—La *señorita* Rosaura quiere casarse con un *enreda-pleitos* de las cercanías, y el señorito Leon desea perderse en Madrid..... Cada uno tiene su gusto.

—El mio hubiera sido ver aquí á mis hijos, mis nietos, y si Dios lo permitia, hasta mis biznietos, en mi casa *sobre las tierras*.

—Dime, Leon, ¿no hubiese sido más venturoso vivir libre, respirando el aire puro de estas montañas, cuya paz no ha querido aun turbar Marte, que ir á encadenarse á todas las esclavitudes de una sociedad falsa, que si proporciona algun placer es tan fugaz como el rayo, para oscureceros luego con los dolores más agudos, las conciencias más claras?

—Yo no soy un sábio, hijo mio. ¡Dios me libre de serlo! pero entiendo que para vivir en la sociedad de hoy, debe sobrar algo que no es indudablemente lo que nos asemeja á los demás animales.

—Si me lo preguntas, no sabré explicártelo; pero lo siento aquí, dijo poniendo la mano derecha sobre el corazon. Y añadió :

—Mi padre me lo explicó, y la mejor herencia que ha podido legarme, es el haber presentido, por sus consejos, los resultados sin sufrir las consecuencias, escarmentando en cabeza ajena.

—Por mi voluntad no hubieras salido de esta Aldea. Añtonia se empeñó.... y tú eres el interesado.

—Si algun dia lo meditas, no des motivos para que desde *allí arriba* ella se arrepienta.

Leon, al recuerdo de su buena madre, sintió una emocion profunda, lloró tambien por intervalos,

estuvo dispuesto á enmendarse, formuló la contriccion. Nada tenia que decir contra la razon áspera del campesino, que hablaba con el corazon, cuando este campesino era un hombre como su padre.

Pensó que vivir allí era la verdadera sabiduría; tuvo momentos de vacilacion é incertidumbre.

A los pocos momentos se desayunaron, salieron á ver las tierras, molino y huerta. Su padre queria que se despidiese de ellas como si fuesen unos parientes, besándolas aunque no fuera más que con los piés.

El sol estaba espléndido aquella mañana. Con su rudeza habitual le dió sanos consejos, y sólo cuando la fatiga les hubo cansado, volvieron á la casa.

Aquel dia fué uno de los más tristes : de meditacion para todos en ella ; presentian una despedida, como la última.

Al siguiente por la mañana, á la hora del alba, Leon, acompañado de toda su familia, el cura, el boticario, algunos amigos, criados y pastores, fué á esperar la diligencia que iba en direccion á Madrid. Entre abrazos y lágrimas se despidió de todos. Su padre fué el último que le abrazó, para entregarle unos documentos y una carta, con el sobre para uno de los principales títulos que habitaban Madrid. La letra era del sacerdote del lugar; todo estaba lacrado y sellado perfectamente.

Juan abrazó profundamente conmovido á su hijo, encareciéndole entregase sin demora al llegar á la coronada villa, y en persona, los documentos empaquetados y la carta. Leon montó en la diligencia prometiéndolo y guardándolos en la cartera de viaje. El mayoral dió cuatro gritos, hizo crugir el látigo, y el coche arrancó entre los ladridos de los perros y el llanto de toda la familia, que solo cuando perdieron de vista la diligencia dejaron de agitar en el aire los pañuelos, y se volvieron cabizbajos al lugar, en donde por muchos dias reinó un silencio fúnebre.

La locura, con todo su cortejo, esperaba á Leon en la capital de España, y él no queria agotar su paciencia.

CAPÍTULO X.

UNA FAMILIA PREHISTÓRICA.

Como unos treinta años ántes á la época en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Cárlos de Gante, primer soldado de la compañía del Sr. Antonio de Leyva, habia en Toledo una noble familia visigoda, descendiente por línea rec-

ta del duque de Froya, varon de excelsa cuna y esforzado caudillo, que á la sazón gobernaba parte de la provincia Tarraconense, y fué llamado con otros condes y gobernadores por el octogenario Flavio, con motivo de la abdicacion del malogrado Felipe el Flamenco en el año 1504, de la era española 1466, contando desde el nacimiento de Cristo, segun cuentan las crónicas de aquellos tiempos.

De aquel duque era consanguínea una ilustre familia que, andando tiempos y corriendo aventuras, vino á establecerse en Madrid el mismo año que el duque de Anjou, despues Felipe V; retoñando á la sombra de la monarquía, como otros tantos arbutos que ornán la floresta nacional.

Contaba entre sus miembros esforzados capitanes que habian ganado las espuelas á cintarazos, varios ilustres varones macerados con la cogulla, algun obispo, y más de siete insignes bastardos que habian enrojecido el azul de la sangre, sin interrumpir la genealogía, como otros tantos retoños lozanos, ingertos en el tronco del árbol genealógico.

El marqués de M..., hermano de la duquesa de K..., en compañía de la cual vivia en un extenso palacio de una de las calles más bulliciosas de Madrid, eran los únicos vástagos, ya en edad avanzada, que quedaban del frondoso árbol genealógico de tan ilustre progenie, amenazando extinguirse sin producir nuevas ramas.

El conde de C..., hermano de la duquesa de K... y del marqués de M..., habian sido los únicos hijos de un ministro que adquirió cierta celebridad en la corte de Carlos III.

Ya recordará el amable lector cómo el conde de C..., al servicio particular de Carlos IV, huyó de montaña en montaña para eludir la sentencia de muerte, como uno de los complicados en la conspiración que su *muy amado* hijo Fernando VII tramó para destronar á su padre, estableciéndose en un lugar de la Extremadura, limítrofe de Portugal, olvidado de la sociedad, y sin comunicarse más que con pastores.

Su primo el marqués de M..., opuesto en ideas, fué fusilado por el año 23, de triste memoria, por un peloton de los 100.000 hijos de San Luis, como castigo de haber derrotado en varios encuentros, defendiendo á su patria, á los hijos del pequeño caporal Bonaparte.

Su esposa murió de sentimiento, dejando sólo una hija al cuidado de algunos parientes lejanos en el Bajo Aragón, y la protección después de su opulenta cuñada la viuda duquesa de K..., tía carnal, con cuya direccion fué educada como una dama de la Edad media, como si fuese á ejercer la caridad en las santas cruzadas. Aunque el joven marqués, hermano, no prometia las mejores esperanzas ni las más bélicas inclinaciones, la duquesa no cejó en sus propósitos de indicarle los más

sanos preceptos para el sacerdocio, y sólo pudo conseguir consagrarlo al celibato, y hacerle desconocer al mundo, tal vez con alguna intencion egoista.

Al marqués nunca le pareció estrecha la janla donde lo encerraban la parentela y su hermana, ni se tomó jamás el trabajo de forcejear para salir, siquiera por curiosidad.

Estos dos venerables restos de una antigua, ilustre y numerosa familia, sin ninguna excepcion eran honrados. Hermana y hermano, como vaciados en un mismo molde, eran piadosos, caritativos, económicos, esclavos de sus deberes, leales con sus amigos, capaces de realizar las mejores acciones y los más meritorios sacrificios; pero ignorantes, vanidosos, supersticiosos y fanáticos en todo. Su modestia tenia un olor tan subido de convento, que, creyéndose inferiores al último de los santos, se consideraban superiores al mejor de los hombres. Practicaban la caridad ostentosamente, y con los pobres que, segun ellos, profesaban sanas doctrinas, ó mejor dicho, no se tomaban el trabajo de tener ideas. Dividian al prójimo en varias categorías para poner algunos fuera de la ley....

La duquesa de K... tenia un cuerpo esbelto, sin ser hermoso, pero con una armadura de huesos que amenazaban salir por todas partes en ángulos pronunciadamente agudos, segun el sistema *bastionado* de *redientes*: alta, delgada, subida de color,

primorosamente conservada, unia á las virtudes de familia, el más delicado cariño á los adornos. Al irritante abandono de los demás, oponia una grande estima por su persona.

Comia mucho, hablaba más, era espléndida con los amigos, sobre todo en la mesa, y ninguno recordaba que hubiese tenido una ligera indigestion. El encaje de su cuello estaba siempre salpicado de polvos de rapé, que hacian el efecto de la filigrana en un fondo blanco, de una túnica azul que vestia con frecuencia. Cuando hablaba mucho, su figura, su mirada, su gesto se animaban al compás de su voz, y entónces su lenguaje cargado de adjetivos, avinagrados los unos, picantes los otros, salados los más, producía el efecto de un discurso radical hablando de moralidad, pronunciado por Ruiz-Zorrilla despues de comer en Fornos. Su elocuencia tenia la expresion deliciosa y la insoportable suavidad de las cortesanas que hicieron las delicias del deseado Fernando, dorando las cadenas de su prision, en los alrededores de Bayona.

En cuanto al marqués de M..., es tan conocido en todo Madrid, que el designarlo por su nombre fuera suficiente si el secreto me perteneciese; pero en esta imposibilidad, por altas razones de Estado que están al alcance del alto criterio de mis amables lectores, tengo que zanjar este inconveniente por el camino natural.

No estoy seguro de que el hombre en general se

perfeccione en Madrid mejor que en las provincias; pero tengo para mí la persuasión de lo contrario.

— El noble de raza, sér de especie diferente al hombre, y una excepcion en la sociedad moderna, en donde: si tuviésemos en cuenta las primeras nociones religiosas que con el viso de probables mecieron en la oscuridad de los tiempos á la humana especie, tendríamos que clasificar en los séres antiluvianos al sér hidalgo que, desde su nacimiento empieza aislándose de la sociedad y de los hombres, enseñándole desde muy niño á mirar á los demás con desprecio, de *arriba á abajo*; fundando su honor y su orgullo en las ventajas accidentales, tanto más notorias cuanto ménos personales; fomentando en su jóven imaginacion todos los medios para aborrecer el progreso y sus ventajas, que constituyen el verdadero saber del hombre, por sus cualidades, sacrificios, méritos y virtudes.

— El jóven noble, educado en los seminarios y conventos, á quien se cierra la inteligencia con el más refinado fanatismo, ódia por instinto la sociedad moderna, aborrece las ideas nuevas, lejos de concebirlas; cristalizando su entendimiento con las preocupaciones hereditarias, viene á ser el vil juguete de aquellos á quienes desprecia; su aislamiento se refuerza con la doble muralla de un palacio con jardin acotado, desde el cual se acostumbra á dominar las cabañas de una aldea, alimentando su despotismo con la humildad sérvil de los colonos.

que le adulan en su rústica ignorancia por testimonios repetidos de admiracion y respeto, para mejor explotar su orgullo.

¡Triste es decirlo! la aristocracia española ha dedicado mucho tiempo á la meditacion de esta frase: *nobleza obliga*, desempeñando voluntariamente, en el golfo revuelto y agitado de la política española, el papel de cisnes domésticos. Por eso la mesocracia los ha desplumado tan fácilmente, para comérselos luego con el tanto por ciento y los préstamos.

Esa separacion de la sociedad, ese aislamiento de la vida pública y del contacto de los hombres, que son la mejor escuela para cultivarlos, desarrollando el estímulo, pulimentando sus facultades para dilatar las actitudes y lidiar con ventaja en el campo de la civilizacion, donde los intereses y las pasiones sostienen una eterna batalla; por medio de los resortes de la voluntad, ó contribuyen á que la aristocracia española se debilite, durmiendo sobre el mullido lecho de laureles que acumularon sus mayores en la sala de armas de sus palacios.

El hidalgo linajudo, noble por los cuatro costados, que encuentra á cada paso por do quiera que va, con la más cándida admiracion, séres iguales y superiores á él, hace constar ¡milagro inconcebible! que se puede ser un preclaro varon sin haber nacido noble, y ¡singular sorpresa! admira hoy los nombres más campanudos, sin que sean los más

antiguos. Estos descubrimientos han hecho á nuestra honrada aristocracia, si no más humilde, ménos orgullosa.

El marqués de M. y la duquesa de K., que eran la espuma de la aristocracia, aislados por completo de las demás clases sociales, no habian podido hacer aún estos descubrimientos. Algunos respetables obispos de paso por la córte solian visitarlos muy de tarde en tarde, y la duquesa de K., llena de la más piadosa unción evangélica, echaba el resto para agradecerles, como una de las primeras accionistas de sacristía.

El marqués de M. estaba, por el contrario, algún tanto saturado con las doctrinas del sábio doctor Zapata; sabia al dedillo todas las célebres preguntas, que le valieron el emparedamiento; leia en algunos ratos de solaz, la filosofia de Espinosa; estaba algo volterianizado.

Todos los paseantes de la Castellana, los abonados al teatro de la Opera, los asistentes al café Sui-zo, han encontrado mil veces esta figura acorazada, amable, inteligente, siempre jóven; esta cabeza artística, saliendo entre dos bastidores almidonados de fina holanda, la parte anterior, rubia como una amapola, los cabellos empolvados á la Buchantal; sin pelo de barba, el color del de las cejas casi negro, hermosos dientes casi blancos, los ojos alegres y saltones, la estatura más que regular, casi tan esbelta como en 1833, cuando la real Guia de...

hacia constar su nombre como vizconde de R., primer secretario de la embajada de Rusia entonces, y puesto que he de confesarlo todo, le llamaban por aquel tiempo el hermoso vizconde de R., y ya no estaba en su primera campaña. Habia servido de paje muy niño al *usurpador José*, ganando la cruz de la Legion de Honor en las calles de Madrid el dia que se inmortalizaron sus habitantes; á los 24 años llevó las charreteras de coronel. Sirvió á Fernando en varios puestos diplomáticos con aprovechamiento, brilló en varias carreras, hasta que Isabel lo sacó de la diplomacia para colocarlo á su servicio en palacio; allí defendió bizarramente á su reina y señora el año 43, hasta que fatigado por tanto servicio, disgustado con la córte, se retiró á la vida privada para lamentar en el silencio las desdichas que presagiaba habian de atraer sobre el trono de su augusta reina, las desencadenadas pasiones de los cortesanos.

La duquesa de K., que no reconocia para nada la pragmática de Carlos III, enemiga personal al mismo tiempo de María Cristina, y amiga incondicional de D. Carlos, hacia ya tiempo se habia retirado de la córte, haciéndose temer por su travesura y audacia, siendo el alma de los realistas furibundos. Ni los halagos, ni las caricias, ni las promesas de María Cristina, pudieron seducir á la obediencia á esta encopetada dama, que se habia propuesto ganar el cielo á fuerza de indulgencias, encendiendo

la tea de la discordia civil entre los españoles: para mayor gloria de Dios y honra de todos los obispos humildes, de corazón caritativo, rectos de conciencia y purísimos de alma.

El marqués de M., por el contrario, era demasiado simpático en la corte de la Gobernadora y partidario de las damas para no reconocer la legitimidad de Isabel al trono de San Fernando; antes que se hubiese encendido la guerra en los pueblos de España, hacia algún tiempo ardía en el hogar de esta ilustre casa visigoda entre la duquesa y el marqués, que después de algunas encarnizadas escaramuzas de lengua, hubieron de separarse á sus respectivos campos.

La duquesa tomó el camino de París. El marqués el de la Castellana.

Así estuvieron separados, hasta que, por el convenio de Vergara y por los consejos del reverendo padre C., la duquesa de K. vencida, se decidió á abrazar á su herege hermano, y desde aquel tierno abrazo no se separaron jamás. De cuando en cuando, por vía de distracción, volvían á las andadas, removiendo las cenizas del pasado, entre las que solía saltar alguna chispa sin consecuencias. Así continuaron en una paz octaviana hasta la fecha, para ellos de feliz memoria, en que un tierno vástago, alejado del tronco por obstáculos materiales, volvió á unirse, sorprendiéndoles muy agradablemente en las condiciones que verá el lector.

Los jóvenes de la aristocracia de treinta y treinta y cuatro años, eran niños al lado de este prodigioso septogenario marqués de M.

A la increíble variedad de sus actitudes, unia una constitucion física la más robusta, la mayor sangre fria para todos los placeres, y una *galantería* que hubiese admirado al mismo *segundon* de la casa de Saboya.

De cualquier modo era preciso confesar que el marqués de M..... tenia muchísimas ventajas sobre sus contemporáneos los más dichosos. Habia nacido en uno de los mejores momentos, y como vulgarmente se dice, de piés.

Las grandes cualidades, heredadas de sus padres, se desarrollaron en él bajo la accion de las circunstancias más mal estudiadas, y se encontró con una generacion que le habia precedido, ménos sólida que él mismo.

Para colmo de su ventura, el marqués de M..... habia desarmado la envidia.

Todos sabemos que en Madrid, como en otros tiempos Roma y Atenas, la turba multa es imperdonable con la aristocracia. Nacimiento, fortuna, talento, belleza, instruccion, poder; todo lo que puede poner á un prógimo cualquiera por encima del nivel vulgar, paga su tributo á la ferocidad pública, á veces bastante caro y con grandes disgustos. Entre la critica y la envidia ¡triste verdad! suele, con frecuencia, haber pactos para cobrarlo.

Muchos preclaros varones ó ilustres diplomáticos lo eluden con la muerte, ó por alguna enfermedad, ó desgracia; ya por el desprecio, ora por algun defecto; con frecuencia por el ridículo. ¡Cómo ha de ser! La generalidad de los hombres, en la triste necesidad de admirar alguno, necesitan un consuelo que neutralice aquella admiracion. ¡Es tan difícil emular para el comun de los hombres!

Confesarán al fin vuestra superioridad en las grandes empresas, si encuentran en las pequeñas alguna razon, mala ó buena, para sobreponerse á vosotros. El marqués de M.... habia desarmado la envidia conquistándose, por sus excentricidades, una reputacion no envidiable, que se condensaba en estas frases: «¡Cosas del marqués de M....!»

La vida del marqués de M.... en sus primeros tiempos habia sido algo ligera; por una depravacion muy rara en la aristocracia española, colocó sus sentimientos en lugar bastante bajo; la fidelidad de las amigas con quienes los dispensaba, hizo sospechar á todo buen español, y cada uno hacia justicia á sus muchas calidades, porque muchos se creian tener más de un motivo para compadecerle y creerse superiores á él en el buen gusto.

El marqués de M.... y la duquesa de K.... se habian adicionado un apéndice de sobrina. Era esta la señorita doña Sisebuta de Fierabrás, sétima hija de un pobre hidalgo aragonés, que, á pesar de su egregio y copetudo linaje, el árbol genealógico

de esta noble stirpe habia dado muchos pedazos á las zapaterías, algunos zoquetes en las cardas, y producido mucha leña para los tablados y el garrote, segun podria reconocerse por los cuatro costados, descorriendo el viejo sayon de su alcurnia, aunque, á decir verdad, no le habia hecho dengues ni gestos la honra, ni ninguno le habia escupido en la cara.

El parentesco de la duquesa de K.... y Sisebuta de Fierabrás no lo alcanzaba un galgo de los más ligeros; pero aquella le habia tomado gran afición por sus inclinaciones, hinchando mucho la boca cuando la presentaba á sus ilustres amigos.

El marqués de M.... la habia encontrado en una expedicion veraniega á uno de los solares más antiguos de su casa y en una de las torres más añosas de Aragon (el bajo), comiendo cerezas, debajo de un fresno y entre varias amigas. La muchacha, que no era tonta, tegió su historia, dando ciertos brochazos de efecto al pintar ciertas nebulosidades y lágrimas que en ella habia, y el marqués, entusiasmadísimo, la presentó, por escrito, á su hermana, que á la sazón se bañaba en la playa de San Juan de Luz, como uno de los vástagos más cercanos é ilustres de su linajuda familia.

La duquesa de K...., fuese curiosidad, capricho ó aislamiento, escribió á su sobrino que hiciera venir hácia ella tan prodigioso y raro encuentro. El marqués de M.... no le costó ningun trabajo con-

vencer á los padres de su presunta sobrina, y Sisebuta de Fierabrás fué presentada á la duquesa de K. ... como un dechado de virtudes, gracia y talento, y una de las sobrinas carnales del marqués de M., embajador *in partibus*.

A los pocos dias Sisebuta habia conquistado con su natural franqueza el cariño del tio y la tia, sobre todo el de esta última, sin más que plegarse á todos sus gustos, á todas sus veleidades.

La señorita de Fierabrás, con sus veinte y cuatro Mayos, era hermosa, morena, elegante, un poco gruesa, como se complacen generalmente los gacetilleros, en representar á las reinas de los salones.

Se vestia algo clásicamente, pero con gusto; su educacion no dejaba nada que desear; su traje ordinario y sus principios, solemnemente declarados, garantizaban el porvenir con grandes seguridades. Tenia el corazon sensible y levantado, la inteligencia clara y desenvuelta, sin malicia ni sutilezas.

Hacia seis años que estaba en compañía de sus tios; habia venido á Madrid en todo el verdor de su juventud, bajo el amparo y proteccion de su tia la duquesa de K. que removi6 cielo y tierra en aquel largo período, para pulirla y colocarla.

Fué preciso tres años de presentaciones, de exhibiciones: en iglesias, sermones, maitines, completas, procesiones, tertulias, baños de mar á través

de las aguas españolas y extranjeras. La duquesa de K. ... aborrecia los teatros y los bailes; acostumbrada á las prácticas de la más alta devocion, sufría por la suerte de su sobrina con este aborrecimiento y el materialismo de su propia clase, más dada al culto de las diversiones que al de los santos. Para atenuar algun tanto el rigor de los sacrificios que imponía á su muy amada Sisebuta con su misticidad rigurosa, habia puesto al servicio del legítimo y natural deseo de su sobrina la de Fierabrás, que no era el de ser monja, todo un ejército, ex-carlista, es verdad; pero bueno, sumiso, hábil, discreto, poderoso en ciertas esferas, mas todo inútilmente. Sólo un sobrino de un cardenal célebre se presentó á satisfacerlo. Habia una dificultad, y Sisebuta no quiso zanjarla. Los papeles bautismales no pudieron estar en regla. Por una pequeña falta dejaron de ir á la *calle de la Pasa*, como hubiera deseado la duquesa de K., que se consoló pronto.

Sesenta mil duros, prometidos por la tia, representaban sus dote, sus esperanzas, todos sus bienes realizables al presente y su porvenir, eran toda su fortuna; pero, en cambio, tenia como 60 millones, entre vanidad, presuncion, orgullo, pergaminos y otras alhajas no valorables, que constituian el ornato de su noble personalidad.

Al ver el tono que se daba la señorita Sisebuta de Fierabrás, lo mismo en un salon, que en la iglesia,

comprendían todos, aun pensando que fuese hija de la duquesa de K... que todas sus rentas no bastaban para alimentarlo.

Al verla descender de la carretela de la duquesa de K.... su tia, cualquiera hubiese creído cometer un crimen casándose con ella, para llevarla del brazo.

La opinion de la juventud aristocrática que frecuentaba á ciertas horas los templos, se reasumia brutalmente en esta sentencia del ilustre conde de A..... uno de los jóvenes más mal educados de la calle de la Greda: «La señorita de Fierabrás, la sobrina de la duquesa de K.... es una yegua demasiado cara para las caballerizas de mi padre.»

Ella, por su parte, conocia bien su posicion.

La buena tia quemaba todos los sábados dos velas de cera, de media arroba, á Santa Rita, con el santo fin de que enviase á su sobrina un novio digno, para que pudiese casarse.

Sisebuta comprendia que sólo por un milagro podria satisfacer á su antojo, los castos deseos que agitaban su corazon hacia algunos años.

Casarse para vivir en el rincon de alguna provincia con algun hidalgo cultivador de: melocotones, aceituna, remolacha ó pimientos, habiendo visto á Madrid tan de cerca, á través de sus iglesias, ritos y costumbres, era imponerse un sacrificio superior á sus fuerzas. Las pompas religiosas, las Salves cantadas, los grupos del pórtico de los tem-

plos se le habian hecho ya tan familiares. Sus botinas, al poner el pié en el estribo del coche, le habian comunicado más de mil ideas, y aquellas ideas, alojadas en el corazon, la encontraron resuelta á jugar el todo por el todo esperando.

La duquesa de K.... aplaudió esta resolucion, que á ella nada le inquietaba, y por el contrario, la asistian motivos para aplaudirla interiormente.

•El marqués de M.... hacia tiempo que, con marcada indiferencia, dejó á Sisebuta al cuidado de su tia, para ocuparse de otros asuntos suyos más sérios.

Este, no obstante, solia interrogarla de cuando en cuando, con una sagacidad delicada, para saber á qué altura se encontraban sus impresiones; la inocente sobrina contestaba voluntariamente á todo, siguiendo siempre la costumbre de su buen tio, el cual la reprendia unas veces, la consolaba otras, tranquilizándola muchas, y calmando sus instintos con frecuencia.

Un dia la hizo llamar á su gabinete; la jóven de Fierabrás acudió presurosa al cuarto de su tio.

—¿Me habeis llamado? interrogó desde el umbral de la puerta.

—Sí, hija mia; tengo que comunicarte una buena noticia. Vas á conocer pronto un nieto de mi hermano el conde de C..... primo tuyo algo lejano, y por consiguiente.....

—Y lo habeis tenido hasta hoy tan callado todo... replicó la jóven.

—¿Qué quieres? ha sido una grata sorpresa, añadió el tío.

—Aquí tienes los papeles justificativos que mi buen primo, el padre del muchacho, me envía desde su pueblo; están en regla. Qué cosas tiene el tiempo. ¿Quién lo había de decir?

—Figúrate, querida Sisebuta, que Mauricio, éste era el nombre de mi hermano, desempeñaba en palacio un cargo importante, y á consecuencia de una conspiracion descubierta, tuvo que emigrar á Portugal. Allí nos cruzamos algunas cartas; ¡pobrecillo! se casó; tuvo dos hijos, uno de ellos mi sobrino carnal, me escribe recomendándome á su hijo, que debia ser el portador, y en cambio él pone dos líneas diciéndome que vendrá mañana.

—Hé aquí todo lo que sé á estas fechas, y que me confirman estos documentos. Ten la bondad de manifestárselo á tu tia, y preparaos á recibirle dignamente, como se merece. Desde mañana será vuestro huésped en la casa. Por lo visto viene á estudiar, y si se parece á su abuelo, debe ser una arrogante figura.

Podeis imaginaros el placer que experimentaria la de Fierabrás, despues de seis años de espera, al oir pronunciar á su tío las últimas palabras, figurándose ya hablar continuamente, vivir bajo el mismo techo, con un jóven presentado con tan buenos auspicios por su tío el marqués de M..., hombre que tenia fama de gusto.

La atolondrada jóven, ébria de satisfaccion, voló á anunciarlo á su amada tia la duquesa.

Con un breve preámbulo, algunas añadiduras y cuatro hipótesis dijo á la duquesa de K..... cuanto su hermano la habia referido, haciendo una pintura interesantísima del primo (como ella se permitia ya llamar), que esperaban. La duquesa de K... entre suspiros y admiraciones, haciendo pucheros, tomando algunas yemadas de rapé, oyó, aun con más satisfaccion, si cabe, que la sobrina, la triste historia de su predilecto hermano, y se dispuso á recibir al nieto de él, como si fuese su propio nieto.

El conde de C..... habia sido un realiston furibundo, y la duquesa de K..... le amaba por estas afinidades entrañablemente, y se puso loca de contenta esperando abrazar á su sobrino, de quien se proponia sacar gran partido para su causa, y aun para su sobrina la de Fierabrás, egregia, furibunda, que rendia gran culto á los pergaminos rancios.

En estas disposiciones, ordenó que preparasen las habitaciones para uso particular del buen Leon, hecho un consumado cortesano, engarzado á la moderna usanza y muy ajeno á todo lo que de él se pensaba.

CAPITULO XI.

UNOS TIOS INESPERADOS.

Durante todo el viaje, la imaginacion de Leon estuvo ocupada en hacer y deshacer conjeturas en derredor del paquete de documentos que su padre le recomendó entregase inmediatamente de llegar á Madrid, segun recordará el amable lector.

Leia y releia, no sin cierto placer interior, del cual no se daba cuenta, el sobre á quienes iban dirigidos, y de quienes su padre ni una palabra le habló.

—¿Qué será? ¿Qué no será? ¿Qué tendrá que ver mi padre con el marqués de M....? ¿Vivirá aún? Y si vive, ¿habitará en esta calle donde dice el sobre?

Alguna que otra conseja habia llegado á sus oidos en el lugar, sobre el noble origen de su familia; pero jamás quiso elevarlas á la categoría de hechos probables. Su misma madre le repetia con frecuencia, en alguna reprension, y con cierto retintin, el vocablo de *nobleza obliga*; pero todas eran nubes que hacian más densa la oscura noche que

envolvía con un negro manto, el origen de su linaje.

Sin embargo, el joven Leon, tal vez por matar el tiempo, no pudiendo mover los piés en la diligencia, se dió mentalmente unas cuantas vueltas por el paraíso de los sueños, construyendo unos cuantos castillos sobre los cimientos de sus sospechas elevadas por su mente á la categoría de realidades, y en los cuales vivió con lacayos, hecho un conde, siendo arrastrado en carruajes lujosos, pisando finísimas alfombras, comiendo como un sibarita, bebiendo los más delicados licores; dándose mucho aire en las recepciones, reuniendo en su casa á todos los mejores artistas, escritores y notabilidades en todos los ramos del saber humano; fumando mucho en el harem, entre una docena de odaliscas europeas; viajando muchísimo, y tirando el oro por todas partes, ménos entre los necesitados y para obras pías. La verdad es que el tiempo se le hizo ménos sensible y pesado; si no fuera por el *vaiven* del vehículo acelerado, los chasquidos del látigo del mayoral, sus continuas interjecciones y las impertinencias de algunos compañeros de viaje, demasiado bruscas, hubiese recorrido todo el trayecto en un profundo y embriagador éxtasis. El pícaro del estómago se complacia en interrumpirle algunas veces, aunque, por otra parte, un buen apetito le hacia confundir fácilmente las gallinas con los faisanes, y el vino manchego con el mejor del

Rhin, por cierto saborcillo agri-dulce que trascendía de la bota.

Sin contrariedad alguna digna de notarse, llegó á la calle de Postas sin novedad, apeóse, tomó su equipaje, y se fué á su antigua casa de huéspedes, calle de Atocha.

Allí escribió una carta de su puño y letra, disculpándose so pretexto de no estar visible como acabado de llegar, y él mismo la entregó al mayordomo del marqués de M..... con las que le había dado su padre; prometiendo ir al siguiente día, despues que hubiese descansado.

El lector sabe ya las disposiciones en que se encuentran los dueños de la casa para recibir al esperado sobrino.

Este por su parte, con motivos muy distintos, queria producir su efecto, y para el caso pasó todo aquel día equipándose á la última moda.

Al siguiente, de rigurosa gala, enguantado, con todo el afeite, hecho un príncipe francés, se anunció en casa del marqués de M..... algo temprano, para la hora de costumbre.

Los dueños, que por su parte estaban esperándolo con impaciencia y sin pretensiones, excepcion hecha de la señorita de Fierabrás, que se compuso como si esperase al prometido; lo recibieron con amabilidad suma, y la más íntima confianza.

El marqués de M..., con toda la agilidad de que

era susceptible, se adelantó hacia Leon tendiéndole los brazos.

—Querido sobrino, ¿cómo no has venido ayer mismo?

Leon dió un paso hacia atrás instintivamente:

—Ustedes están equivocados..... balbuceó.

—Mírale qué arrogante, es un retrato de Mauricio, interrumpió el marqués dirigiéndose á su hermana la duquesa, que participaba tambien del mismo entusiasmo por Leon.

Este, semi-ruborizado, no quitaba la vista de Sisebuta, la cual hubiera deseado estar en la piel del marqués por algunos segundos, para dar á Leon testimonios inequívocos de la bienvenida; pero en su defecto se daba tono, sosteniendo sus miradas con arrogancia.....

—¿Has estado en Madrid alguna vez? interrogó la duquesa despues de haberle rogado que tomase asiento á su lado.

—Señora, estoy estudiando, y esta es la cuarta que por órden de mi padre vengo.

—¿Y cómo está de salud su papá? interrumpió la de Fierabrás, haciéndose la interesante.

—Con la muerte de mi querida madre se ha resentido algo, pero, se conserva fuerte.

—¿Cómo no ha venido él á abrazarnos, objetó la duquesa de K, tomando al mismo tiempo una dosis regular de rapé.....

—Es bastante raro. Ha querido seguir en un to-

do las costumbres de mi abuelo, y no le gusta la sociedad.

—¿Le conocistes tú? prorrumpió el marqués, echándole cariñosamente el brazo derecho sobre la espalda.

—Señor, no tuve ese placer, pero me han dicho mis padres que sufrió mucho.

La duquesa hizo un pucherito, exclamando ¡pobrecito!

Leon continuaba cada vez más aturdido, sin saber si soñaba ó realmente estaba despierto.

El marqués de M..... lo llevó á su biblioteca, le enseñó los documentos de que habia sido portador, y con gran asombro supo Leon que el marqués de M..... y la duquesa, los más empingorotados personajes de la corte, eran tios carnales de su padre; que su abuelo habia sido rico y conde; que él, Leon Nuñez Balboa, hijo de Juan el campesino: lo seria probablemente.

Tambien tuvo conocimiento de las varias razones por que su padre le habia reservado esta sorpresa, temiendo proporcionarle un desengaño y muchos disgustos, si sus tios eran como otros tios que pueblan el mundo, cuya desconfianza lejos de disgustar al marqués lo llenó de regocijo.

Por último: supo que le habian preparado habitacion en aquel palacio digna de su alcurnia y desde aquel dia era uno de sus habitantes, señalándole una respetable cantidad para su uso particular,

lo cual le produjo profunda sensacion, y le hicieron pasar al mundo de la realidad sus sueños de viaje.

Con el placer que podeis imaginaros, aturrido y confuso salió de casa de sus tios, se dirigió á la suya, empaquetó sus chismes, pagó las deudas atrasadas que tenia, hizo algunos regalos, compró ropa blanca, tomó un coche y volvió al aristocrático palacio de sus inesperados parientes, escribiendo á sus padre á los pocos dias, con algunos detalles, tan venturoso cambio, anunciándole, que por orden de su amada tia habia hecho un *auto de fé* con todos sus libros de estudio, para seguir otra carrera más lujosa, dándose lustre por la de San Gerónimo, Recoletos y Castellana, en un magnífico *clarens* á la derecha de su majestuosa prima la de Fierabrás, respecto la cual tenian sus tios *ciertas miras*.... Estos eran sus términos.

Aquel mismo dia, el atolondrado Leon, se posesionó del departamento destinado á su persona, en el solariego palacio de sus tios.

Desde el último lacayo hasta la más encopetada dueña, se felicitaron sinceramente con la venida de tan gallardo é ilustre huésped, unos, por sus medios, otros por sus miras.

¿Cómo no habian de estarlo, cuando sus señores se enorgullecian presentándolo á los siervos con indefinible vanidad?

La verdad es que Leon estaba tan bruñido como

si se hubiese educado en el palacio de los reyes.

A los pocos días de permanencia, conoció profundamente los caracteres de toda la familia, las partes débiles y fuertes de sus tios, y en ménos de tres meses se hizo dueño de sus voluntades, hasta el punto de imponerse en la casa, siendo el ojo derecho del marqués y el brazo izquierdo de la duquesa.

La señorita de Fierabrás hubiese deseado que fuese de ella todo.

Sí, es preciso confesarlo; Sisebuta, despues de temblar seis y ocho días ante la presencia de Leon, bajar humildemente la vista cuando él se dignaba mirarla, su tierno corazon temia un asalto formidable; á veces sufría agudas contrariedades viendo la imposable calma del agresor, y entonces soñaba los inocentes placeres de la resistencia, creyéndose con fuerzas bastantes para luchar con un hombre. Imaginando estar sitiada, se permitia hacer algunas salidas maliciosas, teniendo algunos cuartos de hora de impaciencia no vista, en los cuales revoloteaba en derredor de Nuñez, tímido y frio, lanzándole algunos picotazos como si fuese un pájaro-mosca á...

Estos juegos no pasaban desapercibidos para la duquesa de K., que se complacia en recordar el grato despertar de la natura, aguijoneada por el instinto.

Desde aquella primera noche en que Leon sirvió,

con la mayor galantería, el thé á su robusta prima *política*, la de Fierabrás comenzó á acinar materiales, con su volcánica imaginación, sobre su futuro esposo, haciendo nocturnas meditaciones en derredor del matrimonio, en las cuales colocaba al hombre, (dicho sea en obsequio de su pudor) en último término.

El tema obligado de todos sus cálculos, la clave principal de sus pensamientos, el punto de partida de sus sueños era el siguiente:

«Seré condesa de C... tendré un magnífico escudo de armas con seis ó nueve cuarteles en la portezuela de los coches, llevaré riquísimos encajes, vestidos de terciopelo; iré aquí, visitaré aquel templo, tendré palco en todos los teatros, me anunciarán en las tertulias (aquí ahuecaba la voz), la excelentísima señora condesa de C..., grandeza de primera clase, etc., etc., y al apercibirme de rigurosa gala, en traje de córte, recamada de brillantes, todos quedarán deslumbrados. En mi palacio tendré una sala roja, otra azul, dos moradas, el salón blanco-rojo, el tocador verde como el de Juanita... con jarrones de porcelana, florones de Bohemia. Por la mañana pondré una bata color de cereza con adornos y borlas verdes.»

Se miraba ya á la derecha de Leon: en el clarens, obediente, sumiso, enamorado, provocador, buscando duelos por todas partes, requiriendo la espada contra cualquiera que tuviese la audacia de

mirar con *mal fin* sus rosadas mejillas. Lo desnudaba de piés á cabeza, como si fuese un niño lloron, para vestirlo y volverlo á desnudar sin detenerse en los detalles. Luego despues; se complacia en pintar, tambien mentalmente, un robusto que-rubin en brazos de una más robusta ama del valle de Pas, con su pintoresco traje montañés.

La imaginacion de una jóven como la señorita Sisebuta, que pasaba la mayor parte del tiempo en la vida contemplativa, se eleva ó descende con una rapidez vertiginosa, y una vez lanzada en cualquier direccion, anda mucho en poco tiempo.

El punto capital para ella, que no se sentia inclinada á la vida monástica, á pesar del piadoso ascetismo con qué su más piadosa tia la duquesa la saturaba diariamente, era casarse con el mása pergaminado descendiente de Chindasvinto ó Recaredo, eligiendo, entre los muchos que visitaba la casa, al más noble ó rico que la pudiese colocar más alta en el órden social.

—«Desgraciada aquella que se ha casado con un pobre, aunque tenga talento y pueda ser rico, sabiendo que era amada de un millonario, aunque pudiera ser pobre,» se decia con la mayor uncion evangélica.

—«Conocí una, añadia, que á la mañana siguiente de su boda, pudiendo casarse con uno superior á su marido, no se perdonó jamás esta irreparable falta, y aunque rodeada de elementos para hacer

su dicha completa, fué la más desgraciada, aborreció á su marido, á su prometido y á sí misma, por haber aceptado un puesto inferior cuando pudo aspirar á otro.»

Sisebuta aun no amaba y difícilmente habria podido amar. Un átomo de amor cierra las puertas á toda comparacion, y el sér amado tiene el derecho que lo hace superior á todos; pero la de Fierabrás habia leído mucho romance popular, su imaginacion se exaltó con nombres y hazañas, y no encontraba mayor grado de felicidad en este mundo que el ser condesa y tener por marido una especie de Par como los doce de Francia, ó Rolando ó alguno de esos héroes de leyenda, que purgasen á esta tierra de infieles y judíos.

Ya desde su infancia habian amamantado en ella tan bizarras ideas; por su nombre, su apellido y origen, la vaticinaron en las ruinas de la torre solariega, alto renombre por sus fazañas y las de su esposo.

Desde el instante en que vió tan gentil, tan apuesto y bizarro á Nuñez Balboa, presunto conde de C., la más singular historia de sus hechos desfiló ante la vista de su encantada mente.

—¡Leon militar! Su imaginacion se apresuró á ponerle el más vistoso traje: casco con penacho de plumas, coraza y armadura de espesas mallas, de pies á cabeza; túnica de terciopelo, tizona con grandes gavilanes, daga toledana, todo dorado,

ménos la malla de finísimo acero. Después de haberlo vestido á la usanza de la Edad media, inventó el romance más patético, más noble y casto de todos los romances que han germinado en el cerebro de una jóven de su temperamento.

Para ella Leon (¡qué precioso nombre!) llegaba á Madrid, enamorándose violentamente de su prima Sisebuta; pero muy tímido y más delicado, no la declara su pasión, y asiste pálido, tembloroso á las negociaciones que su tía la duquesa de K. acaba de abrir con el duque de S..., para casar á un hijo de este, carlista y redactor de la seráfica *Esperanza*, con la de Fierabrás.

Una noche abandona la casa Leon para irse á morir victorioso, cubierto de gloria, como corresponde á un héroe, pronunciando su nombre con el último suspiro, y depositando una trenza de sus cabellos entre las candentes arenas del desierto de Africa. Entre la malla de su armadura había una carta para Sisebuta; un escudero era el encargado de traérsela con tan triste nueva. Sisebuta, ya casada con el apostólico redactor de *La Esperanza*, elevada á la categoría de duquesa, diría á D. Crispulo, su marido, vertiendo una lágrima: «¡Ya estoy viuda ante Dios! ¡sed dichoso, os regalo mi dote y entro en un convento para siempre!

Y la señorita de Fierabrás, aun soñando lo que jamás había soñado hasta que vió á Leon, se conmovía de tal modo, que era una lástima verla.

La noche del mismo día en que Leon Nuñez Balboa se encontró con los tíos, que no esperaba, tomando posesión del departamento que le habían destinado, la señorita Sisebuta no pudo conciliar el sueño hasta la mañana, muy entrada en horas, pensando unas veces, soñando otras los imposibles; pero despierta, y dándose cuenta de su frialdad, cuando tenía un tal primo que dormía bajo el mismo techo, en el mismo palacio. Y qué primo más... simpático, pensó para sí. Rezó mucho en tono del más severo misticismo, y según la moda, hizo algunas otras diligencias... Como el dormitorio de una joven es un lugar sagrado en donde el indiscreto que mirara por el ojo de la llave de la cerradura, merecería quedar tuerto para toda su vida, me limitaré á decir que la casta doncella de Fierabrás extinguió la luz que había en el suyo para lanzarse en las tinieblas con más desahogo á sus meditaciones.

Al día siguiente, la languidez de sus párpados, á través de los polvos de arroz, denunciaba á los profanos muy á las claras, que había velado Sisebuta.

El marqués de M..... y la duquesa de K., su hermana, no perdonaban ningún medio para hacer más grata la estancia de su querido sobrino en su compañía.

Leon por su parte encontraba siempre chistes y nuevas gracias en su precoz imaginación, para captarse el cariño de sus amables tíos; ya refirién-

doles historias del lugar, ora prodigándoles caricias, echándoles espesas nubes de incienso como, si intentase ofuscarles, fingiendo opiniones muy contrarias á las suyas, defendiendo con calor y tenacidad las más inverosímiles, ejerciendo su inagotable sátira en honor de su tia, contra la situacion y sus prohombres.

En una palabra; doblegándose á todos los caprichos para que ellos fuesen humildes esclavos de los suyos.

Los tios, por su parte no se miraban más que en la cara de Leon, y la señorita Sisebuta no les hubiese perdonado jamás esta marcada preferencia, si ella misma, locamente enamorada, no se anticipase á sus tios para sorprender deseos en el semblante de su adorado primo, para satisfacerlos inmediatamente.

Nuñez Balboa, se daba una vida de príncipe, tirando el oro de sus tios por todas partes, como si se hubiese propuesto arruinarles y arruinarse.

Sus ejercicios favoritos eran la gimnasia, la esgrima, la equitacion y pintura; de todo recibia lecciones en el palacio de sus tios, que admiraban sus progresos y los sorprendentes ejercicios de su habilidad y destreza. Tenia una marcada aficion á la pintura, para la cual sus facultades no eran sublimes, pero la costumbre de admirar en su casa una coleccion de cuadros vivos, en permanente restauracion, lo estimulaba.

Sisebuta, la sencilla, la simpática y soñadora Sisebuta, era refractaria á la pintura, en esto no congeniaban los primos. Las mismas disputas servían de distraccion á los tíos, á quienes hacia mucha gracia algunos resbalones que daba la de Fierabrás, con una ingenuidad digna de su apellido; pero el buen Leon le salía al encuentro, siempre que tropezaba, para no caerse.

El marqués de M..., á petición de Leon, quiso hacer en su obsequio otro sacrificio, saliendo del aislamiento en que, desde algunos años há permanecía, convidando, en confianza, á los amigos más íntimos y conocidos.

Prévia la vènia de su buena hermana, y algunas indicaciones por su parte, hicieron extender al mayordomo las invitaciones y abrieron sin miedo las puertas de su palacio á los amigos.

Los convidados que conocían los hábitos y costumbres de sus amigos, el marqués y la duquesa, durante algunos momentos, se sorprendieron al recibir la invitacion, y unánimemente exclamaron:

—Se habrán cansado de estar sòlos y necesitan compañía, iremos; pero salieron de su casa, algunos con toda la familia, como si fuesen á paseo.

La reunion era sin pretensiones, una tertulia íntima de aquellas á la antigua, donde se comenzaba rezando un rosario, y se concluía haciendo el panegírico de algun santo del martirologio romano; los niños de veinte y cuatro años jugaban al

escondite, oían los cuentos, y con frecuencia, abrían las boquitas para dormirse en cualquier rincón.

Quisiera tener la chispa de Fernandez y Gonzalez, para describir el salón, mueblaje y colgaduras, pero el diablito menor no me ha llevado por ese camino, y renunció á tan entretenida tarea.

El marqués de M... cuando le pareció que había suficiente número en derredor de la mesa del comedor, donde la duquesa y su sobrina Sisebuta, hecha un brazo de mar, habían recibido á los convidados, haciendo los honores de la casa, con la llaneza que emplearía un buen aragonés de pura sangre; el ilustre marqués, repito, levantándose majestuosamente y paseando tristemente la vista por aquella coleccion de figuras, en las cuales, el hastío, la avaricia, el aburrimiento, la ignorancia, el orgullo, la degradacion de espíritu, habían, por decirlo así, impreso signos característicos marcadamente cómicos.

—Amigas y amigos míos, dijo solemnemente el marqués, señalando á su sobrino que se levantó también, tengo el honor de presentaros á Leon Nuñez Balboa, nieto de Mauricio y sobrino nuestro.

Todos hicieron una reverencia bufa, á la cual contestó Leon soberanamente, y concluyó la presentación.

Al poco rato, algunas doncellas ilustres entradas en el último período de su primavera, revoloteaban

en derredor de Leon, con gran escándalo de la Fierabrás, que sentía grandes punzadas de celos, viendo al montañés demasiado cortesano con sus amigas.

Aquella noche se pasó en hacer el elogio fúnebre del malogrado conde de C..., abuelo de Leon, dando fin con una ristra de *Paternostes* y *Ave-Marias* en honor y bien de su alma; consumiósese más rapé, que en un año hubiese gastado la duquesa de K....

Aquella misma noche, Leon se hizo con varios amigos, que le ayudaron luego á gastar su dinero, y á uno de ellos, tuvo el placer de presentárselo á su primita, para que en lo sucesivo, pudiera compartir con él la mitad del cariño abrumador que le dispensaba la generosa Sisebuta.

El recién presentado á la de Fierabrás, caballero vasco de la más empingorotada estirpe, descendiente de Sancho-Abarca por línea recta, encontró en la sobrina de la duquesa, más gracias y encantos que su primo, y casi, casi, si hubiese dominado el castellano, la hubiera disparado á quemarropa una declaracion en forma; pero por aquella ocasion se contentó con arrojar muchas flores en su jardin.

Hacia mucho tiempo que Leon no la regalaba ni siquiera una albaca, y la noble Sisebuta las agradeció mucho. Así pasaron bastante tiempo, Leon siempre frio, y el caballero vasco sin adelantar un paso en las concordancias.

Esto tenia muy contrariada á la señorita Sisebutha, que habia encontrado más de una prueba de infidelidad á su cariño, en los bolsillos del frac de Leon, al pasarles el cepillo.

Ella, tan orgullosa, se esmeraba en repasar los trajes de Leon, para asegurarse personalmente de que á la doncella no se le escapaba la más leve falta.

Un incidente, sin gravedad en el fondo, vino á trastornar por completo la monotonía de los habitantes de esta vetusta morada.

Veamos en qué circunstancias.

CAPITULO XII.

TIA Y SOBRINA.

Leon en un principio, fuera por galantería, ó conveniencia, habia soltado algunas prendas á su prima en el calor de la conversacion, haciéndola concebir esperanzas, cuya realizacion estaba muy lejos de su camino.

Hacia ya algunos meses que la noble Sisebuta devoraba en silencio la más pura de sus ilusiones, amenazando quemarse en la llama que el indiscreto Leon, tal vez sin imaginarlo, habia encendido en su pecho con inflamables promesas.

El fuego arreciaba con la indiferencia de su primo, tanto más marcada desde el dia fatal en que imaginó poner un taller de pintura fuera del palacio de sus tios, para evitar á su buena prima con su presencia, algunas horas de inefable dicha, por que la de Fierabrás, gozaba viéndole con la paleta en la mano, trasladando al lienzo las imágenes de su fantasía, cuando tenia el taller en un cuarto á algunos pasos de distancia de su tocador.

Los celos la devoraban, imaginándose que otras mujeres irian á visitarlo en dondo ella, por obstáculos invencibles, no podia entrar.

Como ya recordará el amable lector, habia alquilado un piso donde tenia un taller para pintar por apariencia, pero realmente, para campar á sus anchas con los amigos y amigas.

A los oidos de su prima habian llegado algunos aunque confusos y vagos rumores de sus aventuras, pero lo bastante para imaginarse las escenas de que era teatro el taller de Leon.

Por esta fecha, aún no lo habitaba; sus tios, horrorizados de sus gastos y deudas, lo ataron más corto, pero ni por esas.

Nada más difícil que divertir una coleccion de

damas y caballeros como los que se reunían en el palacio del marqués de M... todas las noches á tomar el thé, cuando el amor no toma parte ó el esplendente sol de la juventud deja de alumbrar con sus rayos, como sucedía con estos tipos nobles por los cuatro costados, semi-prehistóricos, con sus creencias, costumbres é inclinaciones.

Agregad que la mayoría eran tan respetables, severos y poco comunicativos, que para arrancarles una sonrisa, fuera preciso todas las sandeces de un radical y los disparates de.....

Muchas noches, la más alegre de la reunion inclinaba la cabeza de cuando en cuando, sin ningun respeto á la casa, y las más discretas seguían su ejemplo tapándose la cara.

La duquesa de K... tenía que hacer esfuerzos imaginables para distraer á sus contertulios. Solo cuando les refería las excelencias de la vida monástica de los conventos, en cuyos locutorios solía ella tomar algunas golosinas, las grandes ventajas espirituales del *Santo-Tribunal*, cuya falta lamentaban todos en estos malos tiempos, y las felices jugadas de Fernando, VII de su nombre, con negros y blancos, elogiando las virtudes de su hermano D. Carlos, por cuyo triunfo continuaba ella rezando, despues de haber gastado muchos miles de duros, y algunas variaciones sobre estos innagotables temas, llamaba la atención de sus amigos, despertando en sus corazones algun interés en bien

del projimo, á quien emparedaban mentalmente ó ahorcaban para salvar su alma. Entonces se animaban, unos hacian el papel de acusadores, otros sentenciaban, todos señalando nombres propios y personas.

Algunas noches aquellos seráficos señores se convertian en sayones (*siempre mentalmente*), y tres de lo más recalcitrantes formaban el jurado del Santo Oficio. Su distraccion favorita era esta. Tan nobilísimas personas tomaban así la revancha; del siglo de la electricidad, el vapor, la dinastía y los gobiernos extremos. ¡Placer inocente el de los desahogos mentales!

Desde la venida de su sobrina la de Fierabrás, la duquesa habia elegido en su palacio dos habitaciones inmediatas con sus tocadores adyacentes. Una para ella y otra para su sobrina.

Esta vecindad tan inmediata habia estrechado entre ellas los lazos de la más íntima confianza.

Algunas mañanas, en vez de llamar á su doncella, la duquesa con la voz más dulce gritaba:

—¡Niña, niña! ¿No vienes á darme un beso?

Sisebuta corria á besar á su amable tia, abriendo luego las maderas de su dormitorio.

—¡Cuidadito, angel mio! gritaba la duquesa arreglándose la cofia, que era su gorro de dormir.

—No abras tanto, que entre la luz como si fuese un invernadero. Tú tienes hermosos ojos, pero es preciso que aprendas á tenerlos siempre brillantes.

—Presérvalos de continuo contra la brutalidad del sol y el calor de las lágrimas. Las lágrimas los empañan. El sol los apaga.

—Dame, ¡hermosa mia! ese descarado espejo de mano, falso amigo, infame cortesano del éxito.

Sisebuta alargó á su tia el que estaba sobre la mesa de noche, á los piés de la cama de la duquesa.

Esta lo tomó en sus manos exclamando:

—¡Cuánto me has sonreído! ¡Cuánto me adulabas! á la par que los hombres me pedían una sonrisa de rodillas, pero hoy, despiadado, te complaces en hacer mi caricatura! Y la duquesa se miraba en él haciendo gestos de muy mal efecto.

—Abre un poco más, dijo á su sobrina.

—Quiero ver qué semblante me presenta hoy este ingrato.

La de Fierabrás descorrió un poco las cortinas.

—¡Desdichada de mí! ¡No me reconozco hoy! ¡Qué cara tengo y qué ojeras! ¡Ayer tenía otra más agradable, esto es horrible! Preciso es que los genios del mal me la hayan cambiado durante la noche.

Sisebuta aguzaba su ingenio tratando de reconciliarla consigo misma, pero la venerable duquesa pocas veces buscaba la razon. Cada vez que se miraba al espejo, la vida le parecia odiosa, no pudiendo comprender que se permaneciese en la tierra para asustar á las gentes de bien.

En verdad que el dolor la hacia exagerar.

La sobrina le prometía una hermosa restauración á capricho, y solo así se tranquilizaba algo.

Al poco rato, las servían el chocolate con placer, y tía y sobrina conversaban alegremente saboreándolo en el dormitorio; era una mala costumbre.

Entre las muchas y buenas cosas que han desaparecido de todas las clases sociales, es sin duda alguna, la más sensible, aquella dichosa ignorancia de la realidad, aquel desprecio de lo positivo, aquella venturosa y angelical sencillez que nos complacíamos en ver en las personas de sesenta y tantos años, y que la duquesa de K... conservaba por milagro, á pesar de haber entrado en la sexta decena de su vida. Por desgracia, hoy pocos son los que la conservan á la vigésima quinta primavera de su vida.

No se sabe por qué oculta razón las doncellas y los jóvenes tienen grandes simpatías con las personas de su sexo, ya entradas en años, y que de todo han usado sin abusar. Las prefieren, sin saberlo, á las que siendo ya viejas, no han sabido ser jóvenes. El instinto de la juventud, es un instinto que siente el perfume del fruto prohibido.

Por compensación todos los veteranos de la vida se inclinan á la juventud, creyendo encontrarse en ella, para remover las cenizas del paraíso perdido, tal vez con la esperanza de encontrar la llave.

La duquesa encontraba muy tarde el sueño por

esta natural inclinacion; acompañaba algunas horas á su sobrina al acostarse, sentada en una butaca volante, á la cabecera de la cama de su encantadora Sisebuta.

La duquesa de K. quedó viuda muy jóven, y tuvo necesidad de resignarse; pero Dios sabe qué cuentos, qué recuerdos, qué profecías y por qué divagaciones más íntimas iniciaba á su sobrina en los secretos del matrimonio, meciéndola en ilusiones, no siempre divinas, que excitaban luego su pasion por el primo, á pesar de su indiferencia.

Repetia con frecuencia las palabras: «*como yo; cuando yo; porque yo,*» al observar algunos rasgos de semejanza entre ella y su sobrina, y era una delicia ver los gestos que hacia contemplándola.

Me complazco en creer que la buena duquesa, severamente católica, no se extraviaba por las espinosas sendas al seguir el camino de los recuerdos, ni tampoco embrollaba la historia de sus amores, con la del matrimonio, involucrando las anécdotas de su viudez, echándolas sobre la conciencia de una de sus amigas para saborear su excitacion con el recuerdo, absteniéndose de vaticinarla: las mil conquistas y victorias que constaban en sus memorias secretas, como otros tantos hechos.

Demasiado delicada para decir una palabra que iluminase á su sobrina sobre la verdadera historia de sus aventuras, algunas veces, en el calor de la improvisacion, hablaba con tanta rapidez que se le

escapaban algunas, y no respondo si quedaban al fin recogidas.

Lo cierto es, que una y otra pasaban las altas horas de la noche hablando mucho, lanzándose algunas parábolas que la duquesa habia tomado del catecismo de la córte, y su sobrina del de las monjas de sus estados. Pero la santa inocencia de ésta, la permitia oir sin entender muchas cosas que hubieran ruborizado á cualquier señora, no siendo doncella.

En el órden moral, como en el físico, hay gérmenes que abortan hasta en el más fecundo suelo, cuando este no está preparado para recibirlos. La inocencia es un estado de gracia que tiene ojos para no ver el mal, ni oidos para escucharle.

¡Cuántas jóvenes hay que se ruborizan recordando ciertas acciones y ciertas palabras, las cuales un año antes, ni siquiera inquietaron su candor!

Sisebuta amaba cada vez más á su primo Leon; habia confesado á su tia este amor con grandes esfuerzos y divagaciones, cuando ya ella estaba cansada de saber lo amaba sin ser correspondida.

Como la buena duquesa de K... habia perdido á estas fechas todo el cariño que profesaba á su sobrino, á quien llegó hasta aborrecer por libertino, liberal é irreligioso, despues de haberle sorprendido su disimulo, trataba de consolarla siempre pintándola con vivísimos colores las angustias y penas que hacia pasar á uno de sus amigos, profun-

damente enamorado de ella, el cual, sin conocimiento de la tía, declaró á la sobrina el sentimiento que le habia inspirado.

La de Fierabrás, sin hacerle perder completamente las esperanzas, puso tiempo por medio y guardó el secreto por temor de disgustar á la tía.

El caballero vasco, que como recordará el amable lector, fué presentado á Sisebuta por Leon, se resignó á esperar sin perjuicio de iniciar, como lo hizo, á la duquesa, para con la cual tenia grandes simpatías y méritos por sus ideas carlistas y sus servicios prestados á la santa causa.

Ella se congratuló mucho en saber que el señor don Sebastian de García Sanchez, este era su nombre, ilustre abogado y redactor de un periódico de su comunión, dueño de varios caseríos, estaba profundamente enamorado de su sobrina, y le prometió toda su proteccion y valimiento para realizar su anhelado enlace con ella; hizo más: prometerle su mano, señalándole como breve plazo el inmediato triunfo de su amado rey, lo que no pudo menos de consolar á su ilustre defensor D. Sebastian García Sanchez.

Los carlistas han creido tan seguro el advenimiento de D. Cárlos VII al trono de Recaredo en el año de gracia de 1872, que todos los proyectos más familiares se aplazaron para esta fecha.

Hacia ya ocho meses que la duquesa de K..., con una constancia propia de tan consecuentes partida-

rios, desempeñaba voluntariamente el papel de embajadora de D. Sebastian cerca de su sobrina, sin que esta lo imaginase siquiera.

Todas las noches, con algunas variantes, hacia su elogio, extendiéndose en detalles estéticos, por demás enojosos, que léjos de serle útiles al interesado, hacían resaltar más los méritos del rival á quien trataban de humillar.

La verdad es, que si D. Sebastian aventajaba en robustez y años á Leon, aunque no muchos, en cambio este le superaba con mucho en la belleza física.

El Sr. de Garcia, sin ser un fenómeno, tampoco tenia mucho de admirable; pero lo que á los ojos de la duquesa constituia en él un mérito, pasaba á ser un defecto en los de su sobrina, y hé aquí la verdadera desgracia de D. Sebastian.

Sin embargo, la vida crapulosa de Leon, los disgustos que proporcionaba á los tios con sus calaveradas y deudas, exagerados por la tia á los ojos de su sobrina, su indiferencia para con ésta, iban ganando mucho terreno en favor de su enemigo político, el Sr. Garcia Sanchez, el cual frecuentaba la casa con la mayor puntualidad.

Si bien en el corazon de Sisebuta no adelantaba un paso porque era entero de su primo, no obstante, en la cabeza hacia progresos el cálculo, que podia ponerla de parte de D. Sebastian con el tiempo.

Es por demás sabido que cuando el corazon obra

la imaginacion calla, y como la señorita de Fiera-brás miraba á su primo por los ojos del corazon, todas las amargas reconvenciones que su tia le prodigaba, ante ella, producian efectos contrarios.

Mas como las cosas tienen en este mundo todas su término, llegaron tambien al suyo las penas y dolores que la frialdad y extravios de Leon habian causado á su prima Sisebuta, y dejó de sufrir y de defenderle cuando sus tios lo acusaban; hizo aun más: callarse cuando alguna de sus continuas locuras excitaba la paciencia del mismo marqués en quien hasta entonces parecia no tener límites el cariño que profesaba á su sobrino Leon.

Tantas y tan grandes las hizo éste, que al fin, si no le odiaron todos en palacio, faltó muy poco para que imitasen á la duquesa, la más impresionable de toda la familia.

—¡Qué lástima de muchacho! ¡Con tanto talento y tan arrogante figura! repetia con frecuencia el marqués de M...

—¡Tan apuesto y con tan mala cabeza! suspiraba de continuo su prima.

—Si no tuviera tanto vicio, le adoraria, murmuraba para sí la amable Sisebuta. Y añadía con la mayor conviccion:

—Si al ménos pudiera traerle al buen camino, haria cualquier sacrificio.

Al fin de tanto pensar se agotó su paciencia, y decidió tomar una resolucion. Las insinuaciones de

su tia eran cada vez más apremiantes, el plazo se acercaba, volaban los dias, y Leon cada vez más triste, reservado y frio con ella, no le daba la más remota esperanza de cultivar las flores que, tal vez distraidamente, habia arrojado en su jardín en los primero dias.

Por el contrario, pasaba algunos dias fuera de palacio con los pretextos más ridículos; cuando venia, la saludaba mal humorado, y siempre que so pretexto de sacarle la ropa iba á su habitacion, la recibia con desden, contestando categóricamente á sus preguntas, hablando poco, suspirando mucho. Si alguna vez á ella se le antojaba pasear, Leon eludia el compromiso con futilidades. ¿Qué pensar? ¿Qué hacer?

Algunas veces ella le aburría desesperadamente. Por una parte, el desden de su primo; por otra, las exigencias de su tia, los desvelos cariñosos de don Sebastian, los testimonios de amor más delicados y puros..... y su corazon en primer término, exigente, discolo, caprichoso, insinuándose á cada instante en todas partes y á los menores detalles.

La jóven mejor educada bajo el punto de vista de nuestras modernas costumbres, ó mejor dicho, la más ignorante de las penas y placeres del matrimonio, sufre muchas agitaciones algunos dias antes de entrar en él.

Sabe que sus perfecciones, las más secretas, y sus defectos, los ménos visibles, han de tener un

confidente, y esta inevitable necesidad alarma su pudor é interesa su amor propio, haciéndola caer en una angustiosa incertidumbre entre el temor y la esperanza.

—¿Cómo me encontrará? ¿Seré bastante hermosa? ¿Cuál será su gusto?

Las prometidas de Esparta y Atenas, educadas entre las perfecciones de la escultura, estaban exentas de estas incertidumbres, teniendo grandes modelos á su vista en la estatuaria sin más que dar un paseo por las calles y plazas para compararse y tomar lecciones de estética en el gran gusto.

Pero de esta clase de lecciones no habia recibido ninguna en el convento la señorita Sisebuta de Fierabrás, que se habia conocido á sí misma imperfectamente, comparándose con las condiscípulas, y posteriormente con su tia y doncellas.

¿Era acaso por la seguridad de ser siempre demasiado hermosa para D. Sebastian, y no tanto para alguno otro? ¿Quién lo ha sabido?

Fuese azar, fuese interés, sus tios la separaron de la meditacion, no abandonándola ni un momento hasta conseguir una afirmacion terminante. Por último, tuvo que vencer grandes resistencias la señorita Sisebuta, y dió su consentimiento para entregar su mano al caballero García Sanchez, bastante metalizado, pero con dos decenas de años más que ella, que tenia dos y media.

Hacia cinco dias que en una mañana, despues de

un larguísimo sermón de su tía, se decidió á dar el sí en un momento de amarga desesperación.

¡Ella; tan robusta, tan soñadora como sentimental, enlazarse con un García Sanchez, sin más méritos que sus dineros y ser carlista, en cambio ya entrado en años y otros defectos!

Imaginaros los trabajos y penas que le costarian decidirse á la noble Sisebuta; las palabras y los sermones que tendria que pronunciar su buena tía, y en obsequio de la verdad, hasta las amenazas, porque amenazas y gordas hubo, á pesar de su mansedumbre católica, para decidirla.

Compadecedla y llorad conmigo: ¡la pobrecilla!.....

¿Quién de vosotras ¡oh estimadas lectoras! podrá decir lo que el destino la reserva? Ninguno más riguroso que el de la señorita de Fierabrás en su desenlace. Todos aquellos sueños, todas sus delicias iban á ser reemplazadas por una hora de tocador, otra de oración, triste y amarga como la de Jesús en las Olivas.

—¡Apartad de mí este marido! diria la noble Sisebuta, que le habian guardado en conserva, esperando el arrepentimiento de su amante primo.

Ella conocia la deplorable suerte que le esperaba; de iglesia en iglesia, de convento en convento, de peregrinación en peregrinación, y de completas, maitines, rosarios, algun baile, cuando más en extranjera tierra para celebrar alguna victoria dudo-

sa y los dias de su amado rey; hé aquí toda la felicidad de este porvenir desconocido.

Una habitacion silenciosa, un lecho helado, un porvenir lleno de temores y millares de dudas se presentaban ante ella como una barrera insuperable, la cual, sólo la desesperacion ó la locura del amor podian hacérsela saltar.

Una tarde, la casualidad hizo que su primo Leon la viera en el pasillo, la sexta despues de haber aceptado, por conducto de sus tios, la mano de don Sebastian Garcia Sanchez; y se fijó en ella al verla tan pálida, tan ojerosa, tan triste y pensativa; se atrevió á interrogarla, por variar, la preguntó amablemente:

—¿Qué tienes, prima; parece que sufres mucho?

Sisebuta contestó balbuceando algunas excusas; vino la tia; Leon tuvo que huir, porque estaba reñido con ambos, y si permanecia en palacio, era más bien por conveniencia propia.

— Mi prima debe sufrir mucho; ¡ me da lástima! murmuró para sí Leon ya en su cuarto.

A la mañana siguiente, hizo traer un precioso ramo de flores; como sus tios le habian prohibido hablar con su prima, bajo pena de expulsion, con el mayor sigilo encargó á la doncella se lo entregase, de su parte, á Sisebuta.

Esta estuvo á punto de volverse loca de placer al recibirlo; toda su pasion amortiguada renació de nuevo, amenazando desbordarse.

Al ver el ramo de flores, imaginóse que la naturaleza habia hecho una obra maestra, para que su amado primo la pusiera en sus manos, figurándose que aquellas flores, colocadas simétricamente en circunferencias concéntricas, se habian alimentado con azúcares divinos, que un sol especial las habia coloreado, cuyo perfume tan finísimo no se parecia en nada al de las rosas que venden los arbolarios.

Se exaltó de tal modo su imaginacion, y se le excitaron de tal manera los nervios, que, á no llamarla su tia más pronto de lo ordinario, hubiera ido, en aquel trage tan ligero, á dar las gracias á su primo, en su propia habitacion, y declararle al mismo tiempo lo que ninguna mujer, á no estar muy sobreexcitada, declara; pero no pudo resistir al deseo de verle, y dijo á la doncella que le diera las gracias, y que aprovecharia una ocasion para hablarle.

El dichoso ramo de flores acabó de labrar la desgracia de Leon Nuñez de Balboa, como verá el simpático lector en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XIII.

LOS PRIMOS.

La prima Fierabrás, por medida de prudencia y para evitar disgustos, si su tia se presentaba en la habitacion, cerró esta con cerrojos.

¿Qué podia temer? Aspiró repetidas veces el perfume de las flores, y sólo despues de oir, por tercera vez, la voz de su tia, se decidió á guardarlo en un cajon de la cómoda. En medio de su audacia, tenia miedo. ¿A qué? ¿Germinaba en ella algun mal pensamiento? Ninguno ha podido saberlo.

Inmediatamente despues, haciendo gran ruido, salió de su habitacion para entrar en la de la duquesa, que se habia vuelto á dormir.

Despues de esperar un largo cuarto de hora, que la sirvió para tranquilizarse por completo, se decidió á despertar á su querida tia, la cual la dió las gracias de mala manera; pero Sisebuta la desarmó luego con un beso en aquellas escuálidas megillas, arrugadas por el abuso del colorete; pero los besos, felizmente para ella, no llevan direccion.

Hablando de la duquesa y de los incidentes que

precedieron á su breve himeneo, pasaron toda la mañana. Esta fué la única vez que Sisebuta la encontró bastante pesada en los detalles é inoportuna en muchas anécdotas; pero tuvo que recargarse de paciencia, porque en todo el dia no la abandonó. Hicieron juntas algunas visitas; la de Fierabrás arrancó al ramo de flores un clavel, á hurtadillas, se le ocultó en el cabello, y fué el único desahogo que tuvo aquel dia. ¡Qué dia más largo para ella! ¿Qué haria su primo?

Su primo estaba tanto ó más impaciente que ella por verla.

Habia perdido todo el cariño de sus tios, que ya lo despreciaban. Sólo su poca vergüenza y sus locuras podian retenerlo en el palacio de ellos. Sisebuta, por el contrario, era la niña mimada de la casa, la única realmente dueña; y si no disponia de los fondos era por pereza.

Luego, él sacó de esto muchas consecuencias útiles, de cuya narracion hago gracia al lector.

El regalo del ramo, no fué sólo producto de una compasion ilegítima, mezclada con algun interés no muy alto, sino tambien con su cuenta y razon.

Su objeto primordial era saber si aquel cariño, que cuando era hombre de bien le dispensaba su prima, bastante á las claras, se habia evaporado ó dormia aún en su pecho.

Podreis imaginaros su asombro cuando recibió la contestacion de la doncella. El hombre pensó ar-

marse de nuevo por medio de esta mina sentimental, al parecer inagotable; y con marcada impaciencia, se estuvo toda la tarde y noche en su habitacion, haciendo algunas salidas en descubierta, pero vanamente. Todos los criados le habian vuelto la espalda, y realmente era en el palacio de sus tios el único agujero por donde entraba el calor en verano y el frio en invierno.

Él lo sabia hacia tiempo; pero estaba en casa el ménos tiempo posible que está un hombre de sus ocupaciones: las primeras horas de la mañana para dormir. Por órden de su tio, lo habian trasladado á una habitacion, próxima á la portería del jardin, en uno de los extremos del palacio, para que pudiese entrar y salir á su antojo, molestándole lo ménos posible.

Los muchos abusos de confianza que á la sombra de su tio cometiera, le habian retirado toda la confianza de sus relaciones. Leon estaba completamente aislado por parte de su familia: su padre habia muerto y Rosaura estaba ya casada un mes antes que fueran sus amigos á buscarle al taller para resolver, entre *su gente* y los revolucionarios de Setiembre, la cuestion de honra, que ya recordará el amable lector.

Habia atravesado todas las gerarquías, todas las capas sociales, todas las esferas politicas; pero con chapines, sin hacer ruido.

Sisebuta, delicada como una sensitiva, le amaba

por lo mismo que todos le despreciaban, y sentía hácia él una inclinacion tan irresistible, tan violenta y tan subida, por lo mismo que todos le miraban con indiferencia.

Aquella noche, por su desgracia, su tia la duquesa habia convidado á cenar frugalmente unas coles y unas habichuelas con algun pescado, á varias amigas, para comunicarles el santo y seña del proyectado enlace de su sobrina con el caballero vasco.

La señorita Sisebuta esperó, más impaciente que nunca, el fin de esta cena interminable, durante la cual estuvo tristemente distraida, sufriendo los galanteos de su prometido D. Sebastian, que echó el resto en cumplimientos y delicadezas, como uno de los héroes de la patriarcal cena.

Por último, se declaró terminada con algunas oraciones, y la de Fierabrás pidió permiso á los convidados para retirarse á descansar, so pretexto de un fuerte dolor de cabeza.

Los tios no encontraron inconveniente alguno, y la despidieron dándola un beso en la frente. D. Sebastian hubiera deseado ser de la familia ya; pero se contentó con apretarla la mano hasta hacerla daño.

CAPITULO XIV.

LA INHUMACION DEL AMOR.

Despues que se hubo separado de la reunion, llamó á su doncella, hizo que se enterase si estaba el primo en su cuarto; y en el caso afirmativo, le dijera fuese al jardin, y la esperase en el segundo banco de piedra del paseo de los tilos, á donde acudiria ella, cuando todo estuviese en silencio en la casa.

La atolondrada Sisebuta, temblando cual hoja de árbol que agita el viento, cuando se hubo asegurado de que todo estaba en silencio, cerró la puerta de su habitacion, guardándose la llave, inspeccionó la casa haciendo el menor ruido posible; y con vacilante paso se encaminó á tientas al lugar de la cita.

Preciso es haberlas sufrido, para formarse una cabal idea de todas las agonias que agitan el corazon en medio de este no completo silencio. La soledad, el frio y lo denso de la misma atmósfera, contribuyen á amortiguar los ruidos de fuera para hacer más perceptibles y peligrosos los de dentro.

Conteniendo la respiracion, oyendo sus propios latidos, hacia girar sobre sus goznes lo más suavemente las entornadas puertas de los pasillos, temblando y estremeciéndose á cada chirrido de los viejos resortes, que la dejaban en suspenso por algunos instantes, hasta sentir extinguido en el vacío el sonido, ó percibir otros estraños.

Añadid á esto mil cosas inexplicables que hacen más punzante la mortal angustia, y tendreis una completa idea del temor que embargaba á la señorita de Fierabrás, siendo parte activa de una de las novelas más interesantes que fraguara su mente.

Por fin, despues de algunos contratiempos, llegó al sitio designado, en donde su primo, aterido de frio, la esperaba ya despues de tres largos cuartos de hora.

¿Os acordais de D. Juan Tenorio? Imposible me seria describiros la impresion que recibieron ambos al verse. ¡Qué de palabras entrecortadas! ¡Qué de exclamaciones! ¡Qué de suspiros!

La noche estaba oscura como boca de lobo, y esta misma oscuridad contribuia á hacer más comunicativa á la prima Sisebuta.

Despues de mil rodeos, abrió su corazon para entregarle el purísimo depósito que hacia tres años llevara en él oculto. Leon, al contemplar tanto cariño, se extremece de piés á cabeza, tiembla y se arrepiente de haber venido á la cita de su prima, y deplora no haberla correspondido.

Quiere que el cariño, una vez más despierto, sea su espiacion una vez más.

Largo rato estuvieron sentados uno junto al otro, hablándose con pasion, entusiasmados; las horas eran segundos para la impaciente doncella; les interrumpia á cada momento el aleteo del gallo, las pisadas de algunos animales domésticos; y el peso de dormir del portero les obligaba á cada momento á contener la anhelosa respiracion, para no ser descubiertos.

Uno y otro tenian miedo ¡mucho miedo!... ¡Ella lloraba en éstasis de arrobamiento! El blasfemaba, porque uno y otro eran cobardes.

¡El delito acobarda tanto! Y sin embargo, á los ojos de Dios ellos no eran delincuentes.

A las altas horas de la noche, la brisa enfrió sus extremidades, y abrieron la puerta del cenador inmediato, pero muy despacio, porque rechinaba; ¡hacia tanto tiempo que no se abria!

A tientas buscaron un asiento, pero en vano. Si-sebuta se sentia desfallecer; estaba tan débil! al fin cayó en el pavimento como una masa inerte, produciendo un seco sonido que estremeció á Leon. Un frio glacial paralizó los miembros de éste. Por algunos segundos no supo darse cuenta de dónde estaba. Hizo grandes esfuerzos por levantar á su prima..... Al fin lo consiguió pero..... tarde.....

Ambos sintieron caer gotas de sangre sobre las losas, porque ambos al levantarse se habian herido

mortalmente. Breves instantes despues, los dos pugnaban por sacar un cadáver de aquella estancia.

Ella le tomó por los piés, él por la cabeza; pesaba mucho. Al salir, resbaló él; y ella creyendo que se habia movido, exhaló un grito. La doncella vino á su socorro, pero como la conocia, se separó al poco rato.

Ya en el jardin sombrío y solitario, dudaban dónde llevarle, si á la cochera, al estercolero, ó enterrarlo en el mismo jardin.

Esta última determinacion les pareció más segura, y avanzaron por el lado de la tapia. Ella se fatigaba tanto, que cada diez pasos tenian necesidad de detenerse á respirar, y en cada descanso.... pisaba él un charco de sangre.

Oyeron ruido, no podian ocultarse, y aguardaron sin soltarle, con la desesperacion de la fiera cogida en un cepo. Cesó el ruido de pasos, no debian ser de persona extraña, ó era la doncella. Aquello les salvó.

Llegaron á una rinconada donde hoy hay una fuente, y entonces habia algunas espesas matas de trepadoras y enredaderas; allí lo dejaron escondido. El buscó una azada, ella se labó las manos en la fuente, porque la sangre la horrorizaba.

La noche siguiente volvieron á enterrarlo. Leon habia llegado el primero, el primer azadonazo que dió, causó tal sobresalto á Sisebuta, que estuvo á punto de desmayarse, pero aquella vez, la donce-

lla no hacia centinela, y aunque hicieran algun ruido, ningun ser racional velaba en las inmediaciones.

Leon cavó largo rato, á veces la prima queria ayudarle, pero le faltaban fuerzas al momento. El estaba ya rendido.

Por fin la fosa tuvo más de un metro de profundidad y les pareció bastante, le hicieron rodar y cayó pesadamente al fondo..... Aquel sordo ruido, y el que imaginaron sentir en el palacio, les hizo huir asustados. Cada uno se guareció en su cuarto lleno de pavor siniestro.

El miedo de verle aparecer en todas partes les produjo una abrasadora calentura, y no pudieron conciliar el sueño.

Al dia siguiente, cuando por casualidad se miraron coloreados por el rubor, huyeron avergonzados; se hubieran despreciado si la complicidad en el mismo delito no les arrastrara á él apasionadamente.

A la tercera noche, ménos oscura que las demás, llegaron á un mismo tiempo, y comenzaron á echarle tierra, ella con las manos, él con la azada hasta cubrirle. ¡Pero, fenómeno terrible!

El cadáver parecia flotar sobre la tierra removida como un tronco seco sobre agua cenagosa. Cada vez que ella echaba más tierra, lo sentia ménos cerca de sí, pero nunca cubierto completamente.

Concluyóse la que habian sacado, fueron á otro

sitio por más, y sorprendidos por el crepúsculo matutino, tuvieron que retirarse rendidos por la fatiga. ¡Qué noches más tormentuosas! La conciencia no les dejó ni un momento en reposo, creyendo ser perseguidos por todas partes, figurándose oír á cada instante gritos de venganza.

A la cuarta noche, despues de haber consumado el crimen, volvieron á echar más tierra sobre el cadáver, pero en vano, la argentada luna lo destacaba á flor de tierra como un bajo relieve. Tu vieron miedo, se arrepintieron de su falta, pero..... ¡era tarde! La fiebre los sostenia. Fueron á otro sitio inmediato, cavaron otra fosa más profunda. Ella lo miraba estúpidamente, sentada, temblorosa. Cuando concluyó, lo trasladaron, dejándolo caer en la nueva sepultura. Le arrojaron sobre él maderas y piedras con tierra. Volvieron á sentir pasos, se asustaron y huyeron despavoridos.....

Varias noches repitieron ambos la misma operacion, ¡era inútil! La azada silbaba en manos de Leon como si fuese un junco. En pocos minutos cavaron otra nueva sepultura..... Seis hombres no hubieran hecho lo que ellos en aquella noche..... ¡Cuántas congojas sufrieron en breves instantes! lo arrojaron de nuevo, y para contenerlo mejor, Leon bajó con él y le sujetó por los piés, pero... ¡era inútil, porque el cadáver flotaba siempre! Despues de tanto trabajo estéril, Leon se incorporó á su prima que lloraba como una Magdalena..... Apoyados

el uno en el otro, se sentaron en el mismo banco de piedra donde se habian visto la primera noche; tenian miedo y frio, mucho miedo. ¡Nada asusta como el delito! Ella continuaba llorando, él blasfemaba.

¿Cómo habia de quedar bien muerto el cadáver? Si era el amor de Sisebuta que trataron de sepultar en el jardin, despues de muerto en el cenador... pero como nada hay oculto, ¡suerte despiadada!

La irritada Vénus velaba por Sisebuta, y sugirió la idea á su tia de despertarla para hacerla una pregunta. Ella no habia podido dormir aquella noche, tuvo un fuerte altercado con su hermano y esto la puso de un humor insoportable, y quiso que su sobrina velase..... Entró en su habitacion, y con gran asombro, vió que su sobrina no estaba en ella, pero llegó á su límite cuando miró la cama como si la hubiesen acabado de hacer.

Estuvo á punto de asustarse muchísimo, imaginándose si alguno la habria robado ó secuestrado, se dirigió á la de su hermano, le hizo levantar y vestir, buscaron por todas partes á la sobrina, pero ésta no parecia por ninguna..... Iban ya á poner sobre las armas á toda la servidumbre, cuando al marqués de M... se le ocurrió la idea de explorar el jardin..... Encendió una linterna sorda, penetró en él con toda cautela y resolucion, seguido de su hermana, más asustada que un ratoncito cojido en la

trampa, y á los pocos pasos ¡oh dolor! dió media vuelta á la linterna y ésta le dejó ver distintamente á sus dos amartelados sobrinos; Leon huyó como si hubiera sido un asesino..... su prima quedó paralizada como si la sangre se le hubiera helado.

—Deshonrados, exclamó el marqués al percibirlos. La duquesa no pudo verlos y se tranquilizó mucho al contemplar sola su sobrina que rogaba á su tío no la perdiese.

—¿Qué haciais aquí á estas horas? interrogó el marqués, dejando ver á las claras su disgusto.

Esta interrogacion en plural, causó á la duquesa el efecto de un puñal que la hubieran clavado en el pecho, pero se acordó de una de sus aventuras muy semejante..... y preguntó á su hermano con la mayor ingenuidad:

—¿Quién estaba con ella?

—¿Quién habia de estar? el calavera de su primo... contestó su hermano.

—Infame... vil..... exclamó la duquesa..... Pero el hermano le hizo una seña afirmativa para que callase..... Y ambos ayudaron á levantar á su sobrina que con la cabeza inclinada hácia adelante, parecia no dar señales de vida.....

La llevaron á su cuarto, llamaran á la doncella y hicieron que la metiera en su cama.

Al poco rato, la sobrina tuvo valor para alzar la vista y dirigirla en derredor suyo; la duquesa esta-

ba á la cabecera de la cama, el marqués se fué á la suya murmurando....

—Ese calavera es incorregible... concluiría por perderla..... Nada, nada, hay que precipitar su boda... el hombre es fuego...

—A él, tengo que separarlo de aquí...

Cuando vió que su sobrina abría los ojos, impaciente la duquesa, por saber el móvil que la habia conducido al jardin, dijo para tranquilizarla..... :

—¿Estás mejor, hija mia?...

—¿Me dirás mañana por qué te fuiste al jardin, y cómo te dormias allí..

—¿Estás ya despierta?... No me ocultes nada, querida mia...

Sisebuta con la cabeza inclinada contestó :

—Como V. habia prohibido que Leon me hablase... me da tanta lástima verle abandonado de todos... En medio de sus locuras tiene tan buenos sentimientos...

—Creyendo traerle al buen camino, añadió Sisebuta, quise convertirle... estábamos hablando... cuando Vds. llegaron, y siento haber faltado á sus órdenes... pero en adelante esta será la última vez...

—Para que V. se asegure de mis buenas disposiciones, quiero casarme cuanto antes. Estoy decidida á unirme pronto con su amigo de V. D. Sebastian...

Este es el más grande sacrificio que podía hacer la de Fierabrás.

Su tía ya no quiso saber nada; le bastaba esto, y como, por otra parte, no era pecado ninguno que estuviesen hablando los dos primos á las altas horas de la noche en el jardín, la bastó esta última confesion de su sobrina.

—Ya es muy tarde, hija mia... me voy á acostar; dáme un beso. Adios...

Por la mañana muy temprano el tío se presentó en el cuarto del sobrino, y sin preámbulos, le intimó la orden de abandonar su casa...

Leon se deshizo en excusas, pero inútilmente...

—Eres incorregible, le dijo su tío; cuando me hayas probado lo contrario, puedes venir... En esta casa serás siempre recibido como hombre de bien. Te señalo 1.600 reales mensuales para tus gastos indispensables, que te entregará puntualmente el administrador general...

—Procura enmendarte, si es posible, y acuérdate de tu tío..... Es preciso que hoy mismo desalojes tu cuarto. Dáme un abrazo, y adios...

Leon tuvo vergüenza para abrazar á su tío, y se contentó con besarle la mano.

Esta accion conmovió de tal modo al generoso marqués, que, á no pensar en la honra de su sobrina y el honor de la casa, hubiese revocado la orden verbal que hacia breves instantes habia pronunciado...

Hizo un esfuerzo para contenerse, y le dijo:

—Ya lo sabes, cuando quieras vendrás á verme... ¿eh? Hasta otro rato; y salió del cuarto de su sobrino casi llorando como un niño...

Nuñez Balboa se instaló definitivamente en el cuarto que ya recordará el lector, despidiéndose antes de su prima por una sentida carta, en la cual le aconsejaba se casase con D. Sebastian; y de su tia, por medio de otra no ménos sentida.

Al poco tiempo supo que su prima se habia casado, consumando el mayor sacrificio que una señorita de su temperamento podia hacer, en aras de las preocupaciones y por el mejor lustre de sus timbres y blasones...

La duquesa de K. tuvo un gran placer al tener noticia, por su hermano, de la resolucion que este habia tomado con su sobrino.

Quedó desde entonces decidido que D. Sebastian de García Sanchez fuese uno de los habitantes de palacio, con algunos individuos más de la familia.

Era el mes de Febrero de 186...

Dejemos á esta ilustre y empingorotada familia linajuda, mientras que el sobrino Nuñez Balboa se pierde en el inmenso piélago de la muchedumbre madrileña, para volver á nuestro venturoso matrimonio.

Alberto y Enriqueta quedaban saboreando, como recordará el lector amable, un cielo de delicias en la plenitud de su luna de miel.

¡Así pasaron una temporada! pero todo tiene término en este miserable mundo! La deliciosa luna comenzó á ocultarse en las condiciones que verá el lector en el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

LA LUNA DE..... SE OCULTA.

Algunos meses despues del último baile de los señores de S..., bastaron.....

Los señores de Fernandez habian subido como la espuma, en la consideracion social de lo más escogido. Les habian iniciado en los secretos de la política alta, estaban en las intimidades de los más encopetados personajes que *figuraran* en la setembrina. Visitaban..... y eran visitados por todas las celebridades en las *armas*, los *pronunciamientos*, las *asonadas* y los motines. Enriqueta tenia por amiga íntima la esposa de un embajador....., de quien no se separaba nunca. Ambas se habian hecho hermanas de la cofradía de....., y visitaban diariamente los templos para rezar, á los pobres

para socorrerlos. Iban á los teatros juntas, tenían el mismo palco, poco más ó ménos la misma edad, las mismas inclinaciones, los mismos gustos, las mayores simpatías, y la misma hermosura para no envidiarse nada.

Su esposo Alberto, habia sido elegido diputado. ¡Era tan fácil serlo, teniendo dinero ó influencia moral! Despues fué mombrado director de Estadística; más tarde, subsecretario del ministerio de..... ¡Se asciende tambien con tanta facilidad cuando se reunen ciertas cualidades, ó faltan ciertas virtudes!

Aquella amiga, *estos ascensos* y aquellas ocupaciones, influyeron notablemente en el dichoso matrimonio, cuya ventura conyugal se enfriaba, en razon directa del *calor* que absorbían las *atenciones exteriores*.

El Sr. Fernandez, al ser condecorado con una gran cruz, y no la del Santo Sepulcro, cambió de estado civil (1).

Fué preciso subir el precio de la habitacion y abandonar el encantador entresuelo del barrio de Salamanca, para trasladarse á otro *piso* más *alto*, espacioso y aristocrático de la calle de Fuencarral, donde se instalaron á la *francesa*, aislándose por medio de tabiques.

(1) El tipo que aquí se describe, como todos los demás, está copiado del natural, vive, come y bebe (bajo otro nombre), y es bien conocido.

Olvidaron en un día: todos aquellos deliciosos recuerdos, aquellas espléndidas tardes de verano, las largas noches de invierno pasadas.

Tête à tête, á la española, cerca de la chimenea, mirándose mutuamente en los espejos de sus ojos.

Enriqueta dejó abandonadas sus macetas. ¡Cuánto hace la caridad! ¡Pobres flores! Alberto olvidó su canario. ¡Oh poder de la política! ¡Inocente pájaro!

Por los pobres abandonó el cultivo de las flores.

En la nueva habitación de la calle de Fuencarral, todo se transformó; se multiplicaron los muebles, aumentóse el servicio doméstico. Alberto y Enriqueta mandaron amueblar dos espaciosa habitaciones en los extremos del piso principal, cada una con su respectivo dormitorio.

—¡Qué lástima! dijo para sí la doncella encargada de dirigir el decorado, como la más antigua, al contemplar el lecho nupcial que se arrinconó por *demasiado viejo*, entre la colección de antigüedades.

—Ayer eran felices y dichosos sobre una misma almohada.

—¡Hoy necesitan estar distantes y dos diferentes para serlo!

—¡Lástima que mis señoritos se hayan *afrancesado* tan pronto! Ya se vé, están tan ocupados, cada uno en sus asuntos.

—Es igual; hay muchos motivos para compade-

cer á los *señores*. ¡Qué plaga más terrible es la vanidad! ¡Pobre D. Alberto! Hoy le tengo más aprecio que ayer, por lo mismo que está más *alto* en el precipicio. ¡Cuánto quiere á la señora!

—No descansa por ella. En cambio.....

Hablaba en tono tan compasivo, que cualquier *marido* se..... hubiera ruborizado.

—¡Quién lo diría! continuó; ayer eran tan felices y dichosos teniendo sólo este depositario.....

La doncella hubiese continuado este solilóquio, que amenazaba ser interminable, ante la reliquia que alguna vez despertó su envidia y la hizo tener más de un mal pensamiento contra el pudor cristiano, á no haberla llamado el mayordomo, uno de los nuevos cargos en la nueva casa de su excelencia el señor de Fernandez.

—Laura, S. E. la señora la llama á V., dijo imperativamente el *nuevo intruso*.

Con el aumento del personal, las nuevas complicaciones y negocios de la casa, Laura, de doncella, habia ascendido tambien á camarista. Estaba además iniciada en los secretos de Enriqueta, privaba con ella hasta cierto punto..... la habia derrotado *como oposicion*, y transigió haciéndose..... amiga.

El ama acababa de entrar en su casa de vuelta de visitar á sus pobres.

—Laura, ¿has arreglado ya mi habitacion segun te encargué? la dijo al percibirla.

—Ya está arreglado todo; no sé si tendré el placer de que pueda agradar á V. E.

—Puede V. E. pasar á verla si gusta.

Por órden de Alberto, los criados y demás dependientes debian todos darles el tratamiento. Esto es natural; el hombre refleja sus impresiones; no hay peor amo que el ex-lacayo; así dicen los criados que son peritos. Añádase «cada uno busca lo que necesita» y cualquiera puede estar al corriente de la democracia práctica de un ex-demócrata como el Sr. de Fernandez. Un plebeyo endiosado es insoportable. Sin embargo, el subsecretario habia recibido educacion, y esto lo hacia, si no simpático con su nuevo cargo, tolerable.

Enriqueta y su *antigua* doncella, que hoy era camarista, y amiga cuando *estaban solas*, pasaron al departamento destinado para su uso y elegido por ella con todas las precauciones.

La habitacion arreglada por la inteligente direccion de Laura, bajo la cual los criados habian colocado cada mueble en su sitio, y cada objeto en su lugar, sin faltar ninguno de la *nota* entregada á la camarista por el ama, fué del agrado de Enriqueta. Encontró lujosamente adornado el gabinete, el tocado con maestría y esplendidez, la alcoba encantadora. Todo estaba á su gusto. Laura ya tenia muchísimos motivos para conocerlo bien, y no hizo más que imitarlo al natural.

—Está todo muy bien; estoy satisfecha de tí,

amiga mia, la dijo, mirándose en una media luna de un magnífico armario, despues que todo lo ha-
via visto.

—¿El señorito hace mucho que ha salido? inter-
rogó sentándose con abandono sobre una marque-
sita de terciopelo.

—Aún está en su habitacion, pero ha mandado
enganchar para las diez, contestó Laura.

—¿Ha preguntado por mí?

—Creo que sí, porque el camarero le preguntó
al mayordomo si V. habia salido, y éste me lo dijo;
pero no ha vuelto á decir nada..... Debe de estar en
su despacho ahora.

—¿A qué hora vino ayer tarde la condesa? dijo
Enriqueta, variando de tono.

—Serian las cinco..... y venia con su esposo.....

—El Sr. Embajador de... interrumpió Enriqueta.

—¿No dejó ningun encargo para mí?

—Que yo sepa, ninguno, replicó Laura.

—¿Está ya toda la casa arreglada?

—No falta más que colocar los armarios en el
comedor.

—Está bien... vuelve dentro de una hora, dijo
con un tono de acentuada contrariedad.

La doncella salió sin pronunciar una palabra
más, satisfecha de haber podido apear el trata-
miento, por estar solas...

—Decididamente *la luna de miel se oculta* para
este matrimonio, murmuró Laura.

—Qué va á suceder ¡Dios mio! presiento algo grave, tengo hace dias tristeza sin...

—La señorita hace tres noches que no duerme, ni me deja dormir llamándome.—Algo la sucede. El nada sabe ni ve, todos los maridos enamorados son lo mismo...

—¡Qué lástima, siendo tan bueno! prorrumpió Laura.

Dígase de una vez; Alberto se habia transformado; sin embargo, continuaba idolatrando á su esposa. El Congreso, la política, las *crisis*, los *pretendientes*, la constante asistencia á la *Tertulia progresista*, no le dejaban más que algunas horas para dedicarlas á su esposa. Por los asuntos públicos, abandonaba los *privados* y sus propios intereses.

La separacion de cuerpos y habitacion, iniciada por su esposa, por grandes considerandos de higiene privada y moral pública, que convencieron á Alberto, (demasiado distraido) de la utilidad de una separacion tan generalizada en los *altos círculos*, y en el gran mundo. El trato engendra cariño.

Ellos se querian bastante para tratarse lo ménos posible.

El cambio de estado civil habia enfriado las relaciones con los suegros-papás, estos los veian muy de tarde en tarde y á hurtadillas. Tranquilos ellos, por su parte, al verlos en tan buena posicion. ¿Qué dirian las gentes de buen tono, si tropezaban por

casualidad con los comerciantes de la calle de Postas, en los salones del subsecretario?

Los buenos ex-comerciantes que ya se habían retirado á descansar, sacrificaron su cariño en aras de la vanidad de sus hijos, y por no mortificarles con su presencia dejaron de visitarlos, se aislaron, y cuando alguna vez los veían pasar en coche por la calle, la miraban como se mira á... una santa. Ahí va Enriqueta, decía la mamá á su costilla, «que Dios los bendiga,» replicaba éste, no sin que á ambos se les despedazase el corazón y vertieran una lágrima. ¡Criad hijos para ser buenos, pero pocas veces para que os sobrepasen en riquezas y posición! ¡Ay de vosotros si sois pobres! Temblad por el orgullo, se decía para sus adentros el honrado tendero.

Alberto ni aún tuvo en aquella ocasión el apoyo de su suegra para decidir la victoria en pró del sistema antiguo, basado en la máxima de que «el trato engendra cariño,» el suyo le parecía aún poco, para dejar de dormir en un mismo cuarto y aún en una misma cama.

Es tan prosaico, tan vulgar y de tan mal gusto, el que los maridos coman en la misma mesa, vivan en la misma habitación que sus esposas, las acompañen á todas partes, donde pueden ir las mujeres, en los paseos, á los teatros, duerman en la misma cama; que Alberto, viéndose demasiado *excelentísimo*, muy poco español y más correspondido por su

Enriqueta, la dió gusto en esto, muy á su pesar, y la separacion fué hecha.

Alberto, además de creerla infalible, creia en lo *más increíble*, y continuaba durmiendo ménos tranquilo sobre su fuerza, pero como dueño absoluto del corazon de su esposa.

Ya se ha dicho, se habia engolfado mucho en la política, para que no estuviese distraido.

Desde que daba *audiencia*, como subsecretario, recibia *muchas* pretendientes... Tambien las mujeres se *emplean* en buscar empleos.

Cuando el hombre no trabaja, la mujer se hace viril.

Las pretendientes habian *excitado* su curiosidad, y los hombres somos excesivamente curiosos con las mujeres. ¡Ay de nosotros si ellas tuviesen esta curiosidad tan marcada!..

Empezó á figurarse que en la variacion está el gusto, y la separacion de dormitorios en su casa, no se le habia hecho tan sensible como pudo imaginárselo cuando habitaba el entresuelo del barrio de Salamanca.

En un principio le pareció imposible, al poco tiempo se acostumbró á dormir solo, pero todas las mañanas, antes de irse al ministerio, se despedia de su esposa, colmándola de caricias las más galantes.

En los primeros dias de habitar, la nueva casa de la calle de Fuencarral, se desayunaban, almorza-

ban y comían en una misma mesa, y á una misma hora salían á paseo juntos, iban al teatro del brazo, y siempre se les veía unidos en todos los salones.

Solo en la casa dormían separados. Meses despues, las ocupaciones del uno y del otro, les obligaban unas veces á almorzar en distinta hora, otras á salir solos, á veces á estar en diferentes sitios y á la misma hora.

Alberto tenia confianza en Enriqueta, Enriqueta no confiaba mucho en Alberto. Alberto amaba á Enriqueta, y se distraía; Enriqueta queria á Alberto, y se despertaba.

La luna de miel comenzó á ocultarse por ambos lados, entre el crepúsculo vespertino de la una y la sombra de... el otro.

La distraccion del subsecretario por un lado, la intranquilidad de su señora, por el otro, eran bastante para sepultar en su ocaso el astro más radiante de felicidad.

Negros nubarrones se cernían sobre este hogar, donde ni la luz que pudiese despedir el sol, que algunos meses entrañaba Enriqueta, podría tal vez disiparlos, por llegar demasiado tarde.

La luna se ocultaba despidiendo sus últimos rayos para alumbrar fatalmente sospechas en la mente de Alberto, que ya se habia lanzado en el campo de las hipótesis.

CAPITULO XVI.

AMANTE SOSPECHOSO, MARIDO CELOSO.

El subsecretario de... no era de esos maridos que se abandonan á su carácter, que no ocultan ninguno de sus defectos, y por el contrario, se destacan por todas sus debilidades; no era avaro, ni brusco en sus respuestas, ni incivil, frio, ni taciturno.

Se ha dicho que en la comparacion el marido pierde siempre, y á pesar de esto, Alberto podia defender el corazon de su esposa contra los ataques que la dirigiese cualquier galante, aún empleando la delicadeza, el arte, la magnificencia, los cuidados, la *sensacion*, el servilismo, la prodigalidad.

Tampoco era de estos maridos que preparan un rival, como un rico regalo que han hecho en ocasiones á su novia; elogiándolo delante de ella, unas veces por su figura, otras, por su talento, las más, por sus gracias, y reciben sus visitas agradeciéndolas y sus regalos como los mejores.

Si Alberto tenia amigos, recibia muy pocos en su casa, amaba demasiado á su esposa para presentár-

celos, sabiendo que la amistad entre personas de sexo diferente no se halla exenta de materialismo, si son temperamentos vulgares. La generalidad de los hombres, en tratándose de amistad, miran á las mujeres como mujeres y éstas pagan en la misma moneda, mirando á los hombres como hombres.

La intimidad entre diferentes sexos no es ni pasión, ni amistad pura... es otra cosa.

Ya se ha dicho, Alberto amaba lo bastante á Enriqueta para sentir celos.

Desde que se había alojado á la francesa en la habitación de la calle de Fuencarral y dormía sólo, se desvelaba con frecuencia, tenía sus pesadillas y á veces, aún despierto, soñaba que los diamantes del aderezo de su esposa, eran verdaderos; que los americanos no podían engañarse, que.....

Recordaba las palabras de ella y de sus amigos en el baile, compendiaba todos los recuerdos, revistaba las imágenes todas, sentía un agudo dolor como si el aguijón de una *culebra* le punzase el corazón; entonces, ruborizado, llevaba las manos á la frente, como para ocultar algo prominente, y al tocarse el gorro de dormir se estremecía y despertaba exclamando:

—¡Qué pesadilla! ¡hoy he comido fuerte! es singular..... y volvía á dormir sin que al levantarse tuviera más que un confuso y vago recuerdo que se disipaba al ver á su esposa, antes de ir al ministerio, tan encantadora y enamorada como tranquila.

—Soy tan injusto como ingrato, al pensar en la realidad de sueños, decía para sí, al subir al coche oficial.

—Es imposible, ¡sería infame! ¿Y quién?

—No, no, no puede ser! Su vanidad, sus gustos, y hasta sus caprichos, todo está satisfecho.

El subsecretario se miraba.—En cuanto á la estética estoy tranquilo. Soy un..... concluía diciendo, soy un nécio abrigando sospechas injustificadas.

Por otra parte, algunas notabilidades *averiadas* empezaban á hacerle la corte en los salones ministeriales, y á la espalda de su esposa. Esto realizaba á sus ojos el valor intrínseco de su olímpica personalidad, dándole mayor confianza en el amor de Enriqueta. El criterio de un marido es un criterio como otro cualquiera.

Cuando su mujer era derrotada, él comenzaba á triunfar y continuaba discurrendo á medida que el coche lo aproximaba al ministerio. Allí se olvidaba de todo, hasta de sí mismo. Volvía á su casa y volvían los recuerdos; al fin de tanto ir y volver nació la sospecha, y una sospecha en el cerebro de un marido hace el efecto de una cantárida en el cuerpo de cualquiera que se halla en estado normal.

Una noche, de las más largas de invierno, tuvo una pesadilla horrible.

Habia estado en los salones del baron del Pino y oído, (sin querer, como se oye siempre), una conversacion *sotto voce*, en la que se referia una *historieta de corte*.

Se habia dormido preocupado con aquella conversacion. Algunos momentos despues se incorporó repentinamente sobre el lecho, se levanta de la cama, enciende la luz y se viste con precipitacion, cual si estuviera movido por un resorte.

Una idea siniestra cruzó por su mente como la luz de un rayo.

Dirigióse á la habitacion de Enriqueta, entró en el dormitorio cautelosamente.

Enriqueta dormia, ó mejor soñaba, en una actitud voluptuosa como, si por el contrario de su marido, se abandonara á un sueño de delicias, embriagador, feliz.....

Alberto permaneció unos instantes ante ella en actitud dudosa, instantes que la parecieron otros tantos puntos de marcada interrogacion.

Una nube muy negra pasó por la frente de la, al parecer, dormida Enriqueta, un ligero movimiento casi imperceptible, estremeció todo su cuerpo; uno brusco de lábios cambió el color púrpuro y nieve de sus megillas.

Ninguno ha podido negar la influencia de los sueños sobre el espíritu, y ningun sueño, por profundo que sea, deja de sufrir la influencia magnética de un espectador.

Enriqueta había sufrido la de su esposo.

Este se apartó del lecho murmurando:

— ¡Sería un crimen si la despertase!

Se dirigió hácia la chimenea, preguntándose si volvería á acostarse en su cama, que también le pareció un crimen, después de haber contemplado á Enriqueta en su sueño. Indeciso, tratando de conciliar estos extremos, se sentó en una butaca, tuvo frío, quiso encender fuego en la chimenea para calentarse; tomó la luz (procurando hacer el ménos ruido posible), la aproximó á la chimenea para ver si había combustible, tropezó con una carta medio quemada, hizo un movimiento de sorpresa, la cojió.

¡Figuraos la sensación que experimenta un naturalista, explorando las minas de algun monumento antiguo ó las sinuosidades de un bosque virgen y que topa con un mosaico ó alguna planta rara!

— Una carta, murmuró; veámosla, y leyó lo que sigue convulsivamente:

«Querida amiga: Siento que hoy no hayas venido. Cuando no salimos en compañía me aburro soberanamente. Tu amiga vino.

»Mañana.....

»Café Fornos, que.....

»La baronesa y.....

»Estuvo en.....»

Era todo lo que quedaba de la carta.

—Esta letra no me es desconocida, murmuró.

—Ya se han visto varias veces.

—Esta forma de letra me mata: «café de Fornos,» «baronesa.»

—¿Qué quiere decir esto? dijo con una inquietud febril, volviéndose hácia el lecho donde dormía su esposa.

Enriqueta parecía luchar contra un sueño.

El leía y releía varias veces, «Tu amiga vino,» la palabra amiga le parecía de otro carácter de letra, le aterrizzaba.

Se golpeó la cabeza, balbuceó algunas frases entrecortadas, oprimió con fuerza el papel entre sus manos, se sentó violentamente en la butaca y pasó un lance extraordinario en el dormitorio.

Enriqueta acordóse de la sabida leyenda del *Pata-tus*, haciendo variaciones sobre el consabido tema.

¿Se acuerdan ustedes de ella?

El Sr. de B...., buen hombre y mejor marido, amaba mucho á su esposa. La señora B.... idolatraba á su marido.

Un dia de celos la hizo poner ante él de rodillas. y la dijo:—«Confiesa tu crimen ó te mato.» Acusada, y plenamente convencida por las pruebas del delito, confesó su crimen, amenazó al marido con un suicidio y se accidentó.

El señor B.... la creyó muerta, se arrepintió de

su severidad, rezó por ella, porque aún la amaba; hizo una promesa á Santa Rita, para que la devolviera la vida; alborotó la vecindad con sus lamentos, quiso llamar los médicos del contorno, pero una comadre dijo que conocia al único que podia curarla; lo llamaron y efectivamente, la resucitó por un milagro; era amigo y conocido del esposo, la cura fué gratis bajo promesa de enmienda; la adúltera se fué corrigiendo.

Solo los accidentes se le repetian con frecuencia á la desgraciada pecadora. Uno de ellos fué tan fuerte que el desventurado marido decidió amortajarla.

Estaba ya sobre el lecho de muerte, alumbrada con dos grandes cirios, cuando á uno de ellos se le desprendieron algunas gotas que fueron á rociar la frente de la difunta. De repente se incorpora esta con gran asombro de los vigilantes, y todos los presentes diéron á Dios gracias, por un milagro tan patente.

El marido, en reconocimiento, hizo promesa de una varita de fresno. Desde entonces Santa Rita cura el mal de *Pa-ta-tus* con esta bendita reliquia cuando á ella se encomiendan.

Hé aquí lo que sucedia.

Mientras que Alberto se contentó con admirar á su esposa, pensando que era el más dichoso de los hombres, Enriqueta dormia con el sueño más dulce de las hadas.

Pero, cuando Alberto se aproximó á la chimenea, un movimiento de inquietud se apoderó del cuerpo de Enriqueta y una pesadilla de su espíritu.

La inquietud se hizo más visible cuando sintió que Alberto leía la carta.

Si él hubiese podido ver momentos despues la cara de Enriqueta, habria observado que volvía á tranquilizarse.

Acababa de encontrar un plan, y se acordó que la carta era de su amiga la embajadora, «que la echaba en cara su falta de caridad para socorrer aquel dia á los pobres en su compañía.»

La forma de letra era demasiado cursiva para que no se acordase Alberto de la instruccion de la esposa del embajador, amiga de su señora.

Como las damas de *alto-rango* tienen hoy tantas ocupaciones y viven más fuera de casa, confiando, hasta á sus hijos al cuidado de institutores ó nodrizas, el hombre público meditaba sobre si aquella carta estaria escrita por el secretario particular de la embajadora. Trataba de atraerse una tranquilidad, para él tan deseada, haciendo conjeturas verosímiles.

No queria quemarse. Otros imitan á las mariposas. Dan tantas vueltas en derredor de una *probabilidad*, que se queman al fin.

La actitud meditabunda de Alberto produjo el mismo efecto en Enriqueta, que las gotas de líqui-

da cera sobre la frente de la consabida difunta; y se lanzó fuera de la cama como si la hubiese picado una enorme araña, viniendo á situarse, medio dormida, detrás de Alberto que se habia guardado la carta.

—¿Qué haces aquí? le preguntó cariñosamente.

—Esperaba á que te despertases.

—Vaya una paciencia, murmuró Enriqueta.

—¿Y tú por qué te has levantado tan de repente? objetó el marido.

(Aquí hubo una pausa.)

—He tenido un miedo atroz, una pesadilla horrible, y no sé por qué.

Alberto se levantó mirando á Enriqueta fijamente, error de amante enamorado.

Ella se preparó ante esta mirada, posesionándose de sí misma.

—¿De quién es esta carta, interrumpió, presentándosela á su mujer, en la actitud cómica que lo hacen todos los celosos.

—¿De quién ha de ser? replicó ella, con la tranquilidad que le faltaba á su esposo.

—De mi amiga Ana, que como ayer tuve que acompañarte, no pude ir con ella á ver á mis pobres.

—¡Qué feo estás haciendo el celoso! Mírate al espejo, añadió avalanzándose á él, con una gracia irresistible.

—Esta letra no es de mujer, objetó Alberto con

un movimiento repulsivo, haciéndose hácia atrás al mismo tiempo, como batido en retirada.

—Ya lo creo, ¡como que es del secretario de Ana! Bien podias tú darme uno para que no estuviera en falta con las amigas contestándolas, replicó Enriqueta, adelantándose hácia su marido para abrazarlo, como si jugasen á las *cuatro-esquinas*. Alberto se dió por vencido, capituló y se hizo prisionero.

—¿No me esperabas, Enriqueta?

—Cómo habia de esperarte á estas horas.

—¡Qué quieres! tambien he tenido una pesadilla como tú.

—¡Torpe indiscrecion!

—Has venido por eso, celosillo.

—¡Qué sé yo! replicó el subsecretario.

—¿Me amas, Enriqueta?

—Vaya una pregunta que me haces á las dos de la mañana, balbuceó ella.

Entonces Alberto, sea celoso, sea enamorado, se aproximó á Enriqueta, y ¿sabeis lo que le sucedió á Luis XIV con la Montespan, un dia, despues del jubileo y en presencia de la córte?

Pues figuraos el asunto para un cuadro de medias tintas, y tendreis una idea aproximada de este pequeño grupo sobre un ancho pedestal.

A Alberto se le dispararon los celos por el momento.

A Enriqueta el miedo.

¿Por qué? El la miraba con ojos de marido. Ella no veía más que por los del cuerpo.

Uno y otra se separaron para dormir.

El se fué á su habitacion murmurando.

—¡Cómo me he puesto en ridículo!

—Qué torpe he sido.

—No sirvo para diplomático; la amo tanto.....

Pero era con el amor propio, debió añadir.

Ella quedó en la suya sospechando.

—¡Me ama aun!

—¡Quién sabe!

—¡Puede ser que no! ¡Y qué sé yo! Al fin pudo dormirse.

Una tercera persona tambien se habia desvelado en la casa aquella noche. Era Laura que dormía en un cuarto adyacente al de su señora, y hacia el centinela para acudir á su socorro. En esta ocasion no pudo dar la voz de ¡alerta! pero se tranquilizó, diciendo para sus adentros:

—No hay amante sin sospechas, ni marido sin celos.

Horas despues, todos, ménos Alberto, dormían profundamente en la casa.

CAPÍTULO XVII.

UNA TORMENTA BAJO UN CRANEO.

En cuanto el Sr. Fernandez llegó á su habitacion, se dejó caer abatido sobre el sofá.

Herido por una emocion tan fuerte, se sentia desfallecer; un sudor frio helaba su frente, como las capas de nieve que coronan las cimas de los volcanes.

La sospecha habia atravesado su corazon y tomaba cuerpo subiéndose á la cabeza, que era un volcan, cuya erupcion pudo solo contener la presencia de Enriqueta.

Sentado ya, se abandonó á la tempestad como la fragil barquichuela en medio del borrascoso océano, desarbolada y sin marineros, al capricho de las olas.

Su cabeza ardia bajo el fuego abrasador de la sospecha que iba posesionándose de todo su sér. De repente tomó forma y se presentó ante su vista, como aquella desgraciada pecadora que los fariseos presentaron al divino mártir del Gólgota.

La imágen que veía Alberto tenía el semblante de Enriqueta, y el cuerpo del delito en su propio cuerpo.

Un estremecimiento convulsivo se apoderó de todo su cuerpo al leer en la frente de aquella imágen la palabra «adulterio,» escrita con caracteres rojos.

Tomó la cabeza con ambas manos, como si hubiese creído que se le escapaba del tronco; cerró los ojos aterrorizado, se tiró de los cabellos, estuvo algunos minutos sufriendo un tormento horrible, difícil de describir; al fin pudo desahogarse... llorando.

A la tempestad sucedió la calma de la pesadumbre. La cabeza fué enfriándose con la brisa de la mañana, y una reaccion natural se operó en Alberto, haciéndole dueño de sí mismo. Despojóse de la subsecretaría, se descompuso en los dos *yos*; y el hombre se convirtió en filósofo para meditar sobre el adulterio, como medio de distraerse.

—Todo se ha adulterado en este mundo, donde nada existe en absoluto, se decía.

—Se adultera la verdad, lo bueno, lo bello, lo grande; se adulteran las virtudes, la justicia se adultera, y la insensatez del hombre, siendo en ocasiones tan sublime, pocas veces deja también de adulterarse.

—Hemos ido á fundar nuestra honra, nuestra felicidad, nuestra gloria, nuestro bienestar, y aun

nuestra tranquilidad, sobre la parte más debil de la mujer, poniéndola de este modo al alcance del más tosco lacayo, que puede pisotearla aprovechando el primer viento de la ocasion.

—No concedemos á ninguna mujer los derechos que reclamamos para el último hombre; pero en cambio las entregamos como primer arra del matrimonio y en depósito, la llave del arca santa, cuando tantos y tan grandes sacrificios nos ha costado sacar á salvo del mar hirviente de las pasiones humanas, para que ellas la entreguen al primer fátuo.

—¡Qué imbéciles somos!

—Prostituimos á la mujer, y la naturaleza, por sus combinaciones misteriosas, nos castiga, arrojando sobre nuestra frente nuestro propio ultraje, por la mujer misma.

Alberto se acordaba de las víctimas sacrificadas, en holocausto de sus caprichos, cuando estaba soltero; comparaba su situacion actual, y la sospecha adquiria cierto viso al entrar en el campo de las probabilidades.

—Si fuese un castigo, me estaria bien empleado, se decia; pero..... eso de servir de punto de abrigo contra las borrascas del escándalo á todo buque corsario, es temible, yo no lo podria soportar.

—Las situaciones son diferentes; los efectos distintos. El engañar á una mujer, soltera ó viuda, faltándole á las promesas juradas, es un crimen

pasajero, de circunstancias más ó menos atenuantes. Al fin no se hace más que una víctima, la cual sabía de antemano á qué atenerse. Pero, ¡una casada! Esta sola idea me horroriza.

— La violacion del pudor en la adúltera, supone la renuncia en las mujeres á toda virtud.

— Si la mujer, que tiene una sensibilidad tan delicada, pensase en las consecuencias del adulterio, tendria fuerzas para retroceder, aún en el borde del abismo.

— Criar hijos, que no son suyos, con perjuicio de los verdaderos; colmarlos de las mismas caricias, uno y otro dia, en presencia de la adúltera, para que mañana descubrais en el semblante de ellos, lo que todo el mundo sabe, ménos el interesado, y sólo la naturaleza os advierte, poniendo, previsora la fidelidad de la esposa en el parecido de los hijos.

— Pensar que el adulterio puede venir de una tertulia, un baile, una galantería, y hoy que, en general, las mujeres llevan la virtud, como la mantilla, prendida con alfileres; creer, por último, como Napoleon, «que es un asunto de canapé.» ¡Qué horrible situacion!

— ¿Y me he casado para cerrar el período tempestuoso de mi juventud, entrando por el camino del bien, guiado por la mujer, en busca de la felicidad real que puede hallarse en la tierra?

— ¿Y he puesto todas mis fuerzas, todos mis cui-

dados al servicio de esta regeneracion, que al fin creia conseguir?

—Y mi sincero arrepentimiento, mis sacrificios por labrar su felicidad, matándome á trabajar, doblgando mi decoro político, y hasta mi honra personal, porque nada la faltase, ¿habian de tener esta recompensa, precisamente en los momentos que la fortuna coronaba todos mis desvelos?

—¿Qué me importarian las riquezas, los honores, el tener una nube de cortesanos, si perdiese el pedestal de mi felicidad?

—Los placeres, las riquezas, todas las pompas y vanidades del mundo, con las cuales me acaricia la fortuna, serian otros tantos tormentos que hiciesen más horrible mi martirio.

—No, no; no puede ser. Dios seria injusto conmigo, si al conferirme el título, para mí más estimable, lo convirtiese en padron de ignominia y la causa perenne de mi infernal tormento.

-- Es imposible, las leyes de la naturaleza son inmutables, y no puede falsearse la base social con dudas y sospechas.

—El amor paterno es tan puro como el amor divino. Aquel nace con el hálito de éste.

El cuerpo habia cedido á la fatiga; la materia se cansa. El espíritu luchaba aún.

Alberto se habia dormido delirando. Por intervalos movia los brazos; cambiaba de postura sobre el sofá; respiraba con irregular dificultad, como el

que forcejea por sustraerse de algun lazo que lo aprisiona. Él luchaba por quitarse aquella idea de la mente, y al fin era vencido en las tentativas. A veces soñaba, gritando amenazas, y por intervalos, prorrumplia en exclamaciones; eran como los rayos y truenos de la tormenta que agitaba su cerebro.

—Lucifer mismo no tiene poderes para emponzoñar, con su satánico aliento, un amor tan sublime. Si fuera digno de amar, dejaria de ser malo. ¡No, no; no es posible! repetia en alta voz.

—Porque la esposa es el amor de la familia, la honra de la casa; y la adúltera arruina la casa y deshonra la familia.

—Seria preciso emparedarla con el pérfido amante para que el adulterio fuese castigado por el adulterio permanente.

—¡Un asesinato! ¡un duelo! ¡el divorcio con su compañero inseparable, el escándalo!

—¿Limpiaban la honra manchada? ¿Acaso la sangre del sér humano tiene la propiedad de la *sangre de moras*?

—¡Un duelo! ¡Ridícula solucion humana! ¿Salva, acaso á la familia arruinada, el quedar huérfano de padre, ó conservarlo con las manos ensangrentadas?

—¿La salva acaso el divorcio?

—¿Lo perdona la sociedad?

—¿Puede decirse á los demás maridos «el que de

vosotros esté seguro, tire la primera piedra,» imitando las palabras del divino Maestro para perdonar el adulterio?

—Estoy perdido irremisiblemente; no puedo salir ni aun por el divorcio. El adulterio es la fuente de todos los crímenes.

—¡Y aún hay hombres que coronan el adulterio, y mujeres que lo hacen privar en la corte! Los más grandes hombres se han distinguido por este gran vicio; las mujeres célebres también les han imitado sensiblemente; pero aun el consuelo de los tontos no sería bastante para consolarme, habiendo tantos y tan grandes en esta época, se decía á sí mismo.

—Poco importa que el marido de Josefina haya dicho que el divorcio es el sacramento del adulterio y la última palabra del matrimonio.

—¿Qué efectos puede tener el Código Napoleon en temperamentos débiles, con pasiones vivas, volcánicas y un sistema nervioso, á quienes con unas inocentes ostras, una copa de *champagne* y dos grados más de la ordinaria temperatura, bastan para conmover?

—¿Puede servir el Código Napoleon para un *haz de nervios*?

—Y dicen que hay mujeres cuya infidelidad, está tan arraigada como la incredulidad en algunos sacerdotes. ¡No, no, no, Enriqueta!.....

—Además, si el marido falta á la mujer, la mu-

jer deshace la familia y deshonra al marido. Las consecuencias son bien diferentes.

—No puede ser. Enriqueta tiene bastante talento para haberlas profundizado perfectamente, y comprender que la adúltera profana su amor, si continúa viviendo con su esposo, ó rompe todos los lazos que la unian á la familia y la sociedad, entregándose al seductor.

Entre éste y los hijos, la eleccion no es dudosa para cualquier mujer que sea madre legítimamente.

Entonces Alberto tuvo la audacia de seguir, en su delirio, á Dante al segundo círculo de su infierno, y como él, desfalleció de piedad figurándose morir al escuchar la historia de la Franchesca, y ver las lágrimas de su amante.

Acordóse de los castigos que aplicaban los griegos, egipcios y romanos, á la mujer adúltera.

Recitó los versos de Chenier. Se avergonzó por la suya. Acordóse de lo que dijo San Pablo: «La muerte del marido deja libre á la mujer adúltera.» Quiso suicidarse para castigarla, y en su delirio insano imaginó ya tener preparado el revolver, oír la detonacion, ver su propia sangre, desfallecer, morirse perdonando á Enriqueta y abrazándola, áun más enamorado que cuando se casó, bajo promesa de que ésta rezaria por su alma, ocultándose con su deshonra en un convento.

Todos sabemos que un sueño, la conciencia de

un setembrino y el programa de la revolucion del 68, son todo un desvarío.

La muerte imaginada en el de Alberto, fué la «chiquita»; la tormenta habia desaparecido de la mollera del subsecretario, para dejar en calma la materia y el espíritu en reposo apacible.

Así hubiese continuado á no haberle interrumpido la llamada del mayordomo que, con gran asombro le vió recostado sobre el sofá, y segun sus órdenes diarias, habia entrado á llamarle á las nueve del dia.

—¿Con quién habrá estado luchando? dijo para sí al contemplar tan descompuesto el semblante y traje de su señor.

—Mucho ha madrugado. ¡Es raro! Puede ser que haya crisis, y sin duda.....

—La prensa de anoche nada indicaba.

—Allá se las entiendan, murmuró retirándose á cumplir sus deberes.

El cuerpo de Alberto, al ver su palidez, cualquiera diria que necesitaba descanso; pero él no quiso darle gusto. Hizo su *toilette* precipitadamente, mandó enganchar el coche, se desayunó solo, porque le digeron que Enriqueta habia ido á misa cuando quiso verla, y se subió al coche dando orden al lacayo para que le condujese á la calle de Segovia, donde tenia dada una cita á un amigo suyo, desde el dia anterior.

Al entrar en la calle referida hizo detenerlo, se

apeó de él, y lo despidió dando orden al lacayo para que lo esperase á las tres en la entrada del ministerio.

CAPÍTULO XVIII.

CONSPIRACION EN PUERTA, CRISIS A LA VUELTA.

Todo el mundo sabe que España es el país clásico de los «pronunciamientos», y ninguna nacion se ha atrevido á traducir en su idioma esta palabra fatídica.

Para hacer una revolucion es necesario: ideas, abnegacion, corazones, inteligencia, desinterés, y una gran dosis de audacia á su servicio.

Para hacer un «pronunciamiento» se necesita bien poco: ambicion de mandar, egoismo, y algo de aventura con algun dinero, é ingleses que *estimulen* excitando.

Ninguno extrañará, despues de esto, que en la parte más meridional de Europa se reproduzcan con tanta frecuencia.

Cada pueblo tuvo su enfermedad particular que los llevó al panteón de las ruinas.

La Grecia murió por la lengua. Roma murió por sus orgías.

España ha sido tan grande en todos los órdenes, tan sublime en todas las empresas, y tan generosa en todos sus actos, que parece haber merecido las iras del génio maléfico, señor de todas las plagas; el cual, airado y envidioso de la fecundidad del suelo bendecido por María Santísima, tuvo en sus tenebrosos designios, el mal gusto de desencadenarlas sobre este desventurado país (digno de mejor suerte), en forma de «pronunciamientos.»

No basta derramar la sangre generosamente, es preciso resignarse. Marte, dios menor de los ejércitos, ha sido el encargado de relajar el nuestro, y lo demás viene por añadidura.

Es necesario tener la grandeza del infortunio. Si España fué grande en sus conquistas y generosa en sus victorias, es preciso que sea sublime en sus desgracias.

Si jamás dobló su cerviz ante todos los pueblos conquistadores que pretendían avasallarla, siendo algunas veces derrotada, pero nunca vencida ni humillada, tampoco debe doblar su frente ante los males que la aquejen y los criminales excesos de escandalosos bastardos, turba de hijos impuros que, cual nuevos Nerones, ordenan desgarrar sus entrañas, en su abatimiento.

Pueblo idolatrado, ¡yo te bendigo! Si ayer fuiste la admiración del mundo en tus empresas y por tus victorias, llevando la civilización á los más ignotos lugares, el orgullo de tu prole ilustre, la honra de nuestros mayores; si eras modelo entre los demás que se complacían en admirarte, sufre hoy, ¡oh España! que un puñado de tu propia familia te haga descender del glorioso pedestal, á donde por tus brillantes descubrimientos en todos los ramos del saber, te habían elevado nuestros antepasados, tus hijos.

Mide la altura, resignate y descende, porque los hijos de nuestros hijos, que son los tuyos, volverán á colocarte en desagravio de la generación presente.

Hoy, por nuestra desgracia, España es un vasto taller de conspiradores. Se conspira en los templos, en la corte, en los teatros, en las casas, cafés, calles y plazas.

La conspiración penetra, como el aire, en todas partes donde la impiedad ó el descontento hacen el vacío.

Las conspiraciones más terribles son las tenebrosas.

La red no se teme tanto á la luz del sol, como en las sinuosidades de la sombra.

Desde que el superior ha enseñado al inferior el camino de la deslealtad, y los *medios bajos*, deslizan por la pendiente del deshonor hasta el abismo; al más cristiano se le va un pié....

Los intereses del Estado, la honra, su tranquilidad, nada de lo que puede afectar al bien general, influye en las repetidas crisis del campo de los nueve responsables.

Una meretriz, algun cortesano ó pagador de bolsa, podrá daros la *clave* de este misterio.

Consta, segun las crónicas escandalosas, que todos los cambios ministeriales son debidos, no al bien general, sino al particular. Alguna razon ha de tenerse en el país de los *imposibles* y vice-versas, donde adquiere visos de probable lo imprevisto, y pasa á ser real lo ménos lógico y *más inesperado*.

Hecho este ligero paréntesis, sigamos, si os place, á *Alberto*.

En cuanto hubo perdido de vista al coche, descendió rápidamente la calle, mirando con marcada impaciencia á los cuatro-aires, como si temiera ser visto ó seguido; á la altura de la calle de..... tomó á la derecha, siguió algunos pasos, se detuvo en el umbral de la puerta del número doce, miró á un lado y á otro, para cerciorarse de que no era observado, y se metió en ella resueltamente. Subió al piso principal, donde ya estaban esperándole con impaciencia; no bien puso el pié en el último tra-

mo del referido piso, se abrió la puerta y penetró por ella sin miramientos ni saludos.

Condujéronle á una sala reducida y pobremente amueblada; conversaban allí un grupo de personas de distintas condiciones, á juzgar por sus trajes.

En cuanto entró, Alberto saludó y le saludaron, conoció inmediatamente á varios: su protector directo, un marinero de lustre por más de dos conceptos, dos duques, uno desgraciadamente célebre, y otro *gloriosamente* triste; dos ex-ministros, un ayudante, varios generales y tres hombres del pueblo, á quienes fué presentado sucesivamente por el protector.

—Aquí tienen Vds., dijo el más caracterizado, presentándolo á los hombres del pueblo, al señor Fernandez, el futuro ministro que facilitará los medios.

Si el subsecretario hubiese llegado momentos antes, hubiera podido saber la base del complot; los obstáculos que era preciso desembarazar del camino, tal vez se hubiese horrorizado, pero llegó tarde, y el que llega tarde..... dice el refran.....

Alberto murmuró apenas, servidor de Vds., no comprendiendo ni una palabra; é interrogando con la vista á su protector, éste le confirmó la posesion inmediata de la cartera con un signo afirmativo.

—Sr. Fernandez, V. tendrá la bondad de facilitar á los señores lo que necesiten.

—Yo respondo, añadió con acento no muy castellano el más respetado de la reunion.

—Está muy bien, señor..... replicó el subsecretario.

Alberto supo más tarde, cuando fueron á verle, que aquellos hombres estaban disfrazados con trajes del pueblo.

El marinero le habló luego confidencialmente, se fueron los hombres disfrazados, y Alberto se retiró tambien, dando las gracias á uno de los duques por las lisonjeras frases que le habia prodigado y la promesa de la cartera ministerial.

Poco tiempo despues, hubo una crisis parcial en el ministerio.

El marinero protector se *sacrificó* con algun otro.

Alberto entró en el ministerio de.....

La conspiracion continuó su trabajo de zapa, hasta llegar al *crimen* por subterráneos infectos.

El trono de Cárlos I estaba aun vacante y volvimos á presenciar los tiempos de Teudis, en plena civilizacion.

¡Tanto puede la vanidad y el orgullo en temperamentos viciados por la sangre, cuya herencia es de familia!

Donde está el escalpelo de la Justicia, no puede entrar el de la Filosofía.

Continuemos siguiendo á Alberto, si á el amable y bondadoso lector le place.

CAPITULO XIX.

MARIDO QUE SE QUEMA, CELOSO TORPE.

Nunca estuvo más preocupado el subsecretario que la mañana en la cual le anunciaron la oferta de la cartera.

Salió de la casa donde habia sido citado, preocupadísimo con esta idea.

La cosa-pública navega con algunas dificultades en el proceloso mar de la política, y en el golfo *Provisional*, guiada por un timonel *ilustre*, y nada le parecia más anómalo á Fernandez que una crisis en aquellas circunstancias.

—¿Cuál será el motivo de la crisis? se decia.

—¿Por qué? ¿Y para qué? Y por más que revolvia en su mente cuantos medios pudo sugerirle su inteligencia en los negocios públicos, las intrigas secretas y la diplomacia de salon, ninguno le parecia suficiente para provocar una crisis, por medio de la cual pudiera facilitarle la subida al ministerio y realizar la promesa del duque.

Esta esperanza le alhagaba y se complacia en revolotear en derredor de ella, como las mariposas al rededor de la luz; hacia hipótesis audaces.

Todo el camino, desde la casa núm....., hasta la puerta del Sol, que anduvo á pié, se le hizo insensible, abismado, como iba, pensando en las probabilidades de tomar la cartera ministerial. Recordando á los amigos á quienes esperaba servir; las personas que debía emplear, y los medios más hábiles para eludir las leyes y reglamentos en favor de sus parientes y amigos; como hace todo buen ministro en estos buenos tiempos de justicia y moralidad que *atraviesan* al país.

Se acordó luego, muy naturalmente, del placer que causaría á Enriqueta su *exaltacion* al ministerio, como el colmo de sus aspiraciones y la satisfaccion de sus deseos, á fin de poder rivalizar con su corte de admiradores y pretendientes, en brillo, á otras estrellas que giraban con sus grupos de satélites, por los salones semi-aristocráticos de la sociedad madrileña, como las *errantes*, que no tienen luz propia.

Tuvo la debilidad mental de alucinarse con tanto brillo, á tiempo que vió á su esposa á través de la ventanilla de un coche de plaza que pasó ante sí con toda la velocidad que se permiten los aurigas, cuando iba á cruzar la carrera de San Gerónimo para dirigirse á la de Alcalá por delante del café Imperial.

—¡Enriqueta en un coche de plaza á estas horas y sola! exclamó. De seguro que no va á visitar sus pobres, ni tampoco á misa.

Y la pesadilla, la carta, y hasta los diamantes del aderezo, encendieron la mente de Alberto, como una especie de combustible, con el cual empezó á quemarse, saltó como un loco en uno de los coches de punto á dos pasos de su espalda, que están frente al café de las Columnas, diciendo al cochero que siguiese al núm. 489, á la distancia posible.

Una vez ya en el coche, se puso á meditar, tanto como le permitía el fuego que le abrasaba, sin perder nunca de vista los movimientos del coche número 489, donde iba su señora.

Este se dirigió por la calle del Príncipe, calle de las Huertas hácia abajo, la del Leon hasta el número...., donde se detuvo. Allí descendió Enriqueta, su marido pudo cerciorarse de que era ella, viéndola de perfil desde el mismo coche, que fiel á los movimientos del que seguía, se detuvo á su vez.

Era tal la quemazon de Alberto, que estuvo á punto de saltar fuera del coche y detener á su señora; pero el temor de un escándalo le contuvo.

Ella habia despedido al vehículo entrando en el núm.....

El subsecretario, dos minutos despues, descendió del suyo é hizo lo mismo, pero se detuvo en la portería para adquirir informes.

Ya sabeis que la portera es una especie de bibliotecario, en la casa que custodia, sabe hasta los menores detalles biográficos de cada vecino.

Las porterías son los clubs en donde la gente en

domesticidad, desahoga sus disgustos y los rigores de la esclavitud. Luego, la portera, analiza, pone sus notas, recopila y hace historia á su modo.

Son los grandes agentes de los novios que tienen cerradas las puertas de la familia. Alberto sabia lo que sabe todo el mundo, que ha hecho el *oso* más ó ménos directamente; y por medio de un par de *italianos* hizo cantar á la portera al compás de su gusto; pero más de lo que hubiese deseado. La parroquiana de San Pedro, creia habérselas con algun novio de esos que hay algun tanto..... bastos.

Alberto averiguó que en el principal vivia el conde de..... cuya esposa era amiga de la suya; en el segundo un ministro togado, anciano y con mucha familia; y en el tercero una señora con su doncella; beata, devota, humilde y bastante fea. Que la señora que acababa de entrar solia venir con frecuencia, y á veces salia con la condesa; que ésta no estaba en casa en aquel momento. El subsecretario no quiso ya más averiguaciones, *ardia* en deseos de saber algo más real, temblaba como un azogado, tomó una determinacion.

Experimentó algun embarazo antes de subir, á causa de que la portera le miraba con mucha atencion y más con el temor de encontrar á su esposa esperando á la condesa para ejercer la caridad. Los celos triunfaron hasta de la humillacion, y preguntó á la portera:

—¿El conde estará sin duda alguna en casa?

—Debe estar, contestó la portera asombrada.

Pero su asombro creció con rapidez vertiginosa al ver subir de tres en tres los tramos de la escalera al caballero curioso.

—¡Quién será este señorito! murmuró al perderlo de vista, *acariciando* las monedas con las yemas de los dedos.

Cuando el Sr. Fernandez estuvo frente á frente de la puerta del principal, reflexionó algunos momentos, que fueron para él de mortal angustia.

—¿Por qué no llamar? dijo.

Y tiró del cordon de la campanilla.

Si en aquel momento se hubiera visto en un espejo, se le hubieran erizado los cabellos.

Estaba más celoso que un..... y se temia á sí mismo. El corazon parecia querer saltarle del pecho; tal era la violencia de sus latidos.

—¡Ay! yo me ahogo, exclamó conteniéndose.

—¡Veia! acaso en su imaginacion, que Enriqueta conversaba más ó ménos criminalmente con el conde de..... ¿Por qué anticiparse al espectáculo de su señora? ¿Por qué precipitarse en el teatro de su desgracia, antes de levantarse el telon?

Alberto no se podia explicar cómo Enriqueta, que le amaba, faltase á sus deberes, y su pensamiento desplegaba con toda velocidad, en busca de socorro, cuantos medios fuesen posibles para salvarse. Un lacayo vino á abrir. Alberto tenia ya su tarjeta en la mano.

—Anuncie V. al subsecretario de.... dijo con tono imperativo.

—El señor conde, no recibe.

—Entregue V. mi tarjeta, que ya me recibirá.

El criado tuvo miedo al mirar su semblante, aparentó obedecer, tendió la vista sobre la tarjeta y volvió á los pocos momentos á decir que, el señor conde no recibía. ¡Imaginaos la indescriptible ansiedad del Sr. Fernandez!

Hubo de pensarlo el doméstico, al ver los gestos que hacia Alberto, y añadió:

—Tenga V. la bondad de entrar por aquí.

Abrió la puerta que conducia á la antesala y condujo al esposo de Enriqueta á un saloncito inmediato, diciéndole que esperase un momento.

—Creo que el señor conde recibirá á V. E., le dijo retirándose.

El lacayo digno de ser un doméstico de tramoya, al leer la tarjeta, vió ante sí al marido de la señora que subia algunas veces al piso tercero, y que conocia, por ser amiga de su ama, creyó salvarla de un gran peligro, reteniendo á su esposo, en cuyo semblante leyó una tormenta horrible.

Hizo advertir al conde, que inmediatamente se presentó y vino al encuentro del subsecretario á la mayor brevedad posible.

—¿Señor de Fernandez? ¿á qué debo el favor de verle por aquí? dijo en cuanto le apercibió con la más natural alegría.

—Señor conde, contestó gravemente Alberto, con un acento que le hacia traicion, me figuré que la condesa y mi señora estaban de vuelta de algun jubileo y venia á encontrarla en vuestra casa.....

—Creo en efecto, contestó el aludido, que vuestra esposa y la mia, deben estar practicando juntas la caridad; pero hoy no he tenido el gusto de ver á Enriqueta por aquí.

El conde dijo esto con aire de tan buena fé, que Alberto comenzó á tranquilizarse algo dudando.... pero no pudo ménos de decir, con un acento tan particular.

—Pues mi señora ha entrado en esta casa hace algunos minutos, cuando la vuestra no estaba....

—Puede ser que haya subido al piso tercero, donde vive una señora de la cofradía, medio santa, segun he oido decir á la condesa, y que suelen visitar ambas, para oir sus consejos. Allí la encontrreis, seguramente, interrumpió el conde con una tranquilidad que envidiaria el mejor cómico.

Alberto respiró como si se le hubiera desprendido un gran peso de las espaldas.

—¿Cómo se llama esa señora? interrogó:

—Me parece que Doña Ruperta de Lanás; pero no estoy seguro. La condesa me ha referido algunos detalles de su original historia, y sólo sé que es muy católica y algo fanática. Parece que emplea todo el tiempo y su dinero en visitar los templos y socorrer cristianos. No importa que no se-

pais su nombre, para entrar; con algunos de sus rasgos característicos, es suficiente para franquearnos la entrada. Acuden á vistarla muchas señoras caritativas, y es muy considerada en la alta sociedad por sus virtudes.

Alberto saludó cariñosamente al conde y se retiró, sintiendo haber escuchado sus celos y su pesadilla; y muy reconocido por la amabilidad y galantería que le habia dispensado el marido de la amiga de su mujer.

Cuando subia los últimos tramos de la escalera del segundo: encontró á Enriqueta, que bajaba los primeros del tercero.

—¿A estas horas tú por aquí, Alberto? ¿qué aventura te trae? interrogó su esposa.

Si Enriqueta no hubiese sido apercebida, seguramente no hubiera tenido tanto valor para hablar así; pero en dos minutos de reposo, sobre el abismo, habia ganado la partida, y conservaba la razon para conducirse como vencedora.

Fernandez tenia talento y sagacidad, pero todo hombre de ingenio tiene algo de salvaje los dias de celos. Hé aquí por qué léjos de condenar á su esposa con una, dos ó tres severas interrogaciones, á manera de esas estocadas que descomponen al más fuerte en *esgrima*, la pidió perdon con una de aquellas *sonrisas tan significativas* en la familia de los Médicis. ¡Y la pedia perdon, por haber tenido el atrevimiento de seguirla á una casa, donde

ella aún no se habia dignado presentarle con prévio permiso.

Las formas se han inventado para ocultar el fondo.

Alberto cometió un delito de lesa-forma.

—Mi querida Enriqueta, cuando te he visto pasar en coche, quise preguntarte si querias venir á comer en casa del ministro de..... que sale para Italia esta noche, y te he seguido para decirte al mismo tiempo que yo seré tambien pronto ministro.

La señora de Fernandez comprendió que su marido estaba derrotado y ella á punto de recuperar toda su antigua confianza; quiso tomar á su vez el tono soberano que la correspondia.

—Te felicito, amigo mio: puedes decir al ministro de..... que tendré el gusto de acompañarte y asistir al banquete de.....

Marido y mujer descendieron á la calle, tomaron un coche de plaza; aquella dejó á éste en el ministerio de.....; se despidió de él, diciéndole que la condesa la esperaba en San Luis; hablaba tan naturalmente, que todas las dudas se disiparon en el corazon de Alberto.

Cuando él descendió del coche, unas lágrimas de gozo asomaron á sus pupilas.

—¡La amo tanto! murmuró. Preferiria morir á perderla.

Mil rayos de placer comenzaron á disipar las nubes de tristeza que oscurecian el firmamento de

su felicidad. La cartera ministerial, suspendida de él, arrojaba también su luz, y envuelto por esta atmósfera, penetró en el departamento de su competencia.

—Cuánta sensación en tan breves momentos, balbuceó.

Enriqueta á su vez pudo respirar con más desahogo, en cuanto se desprendió de él, y posesionarse de sí misma. Después de haber sufrido impresiones tan fuertes y contrarias, lo necesitaba.

—¿Dónde me habrá visto? exclamó. Qué inteligentemente servido está el conde.

—Si no es por...

—Mi marido debe haberse quemado mucho.

—¡Cuánto me quiere!... Ha estado tan cerca de...

—Mientras Alberto se queme, puedo tener segura la victoria contra sus celos.

El auriga la dejó en la iglesia de San Luis, y su última reflexión, antes de pisar el umbral, fué para convenir en la verdad de «el marido que se quema es siempre el más torpe de los celosos.»

Los celos vendan los ojos al espíritu, para jugar á la gallina ciega con el cuerpo.

Y en esta ridícula figura, el marido quiere *atrapar* la mujer en corro social, mientras que la sociedad se divierte viéndolos correr de este modo.

Bienaventurados...

ÍNDICE DEL TOMO I.

ERRATAS NOTABLES

Prólogo.—Un misterio	4
Capítulo I.—Un matrimonio como hay muchos.	7
— II.—Vanitas vanitatis et semper	30
— III.—Un discípulo de Murillo.	44
— IV.—Es peligroso tener un amigo íntimo que tiene una amante.	49
— V.—Leon Nuñez Balboa	64
— VI.—Por el origen de la fuente se puede analizar el agua	66
— VII.—Un provinciano en la corte	90
— VIII.—El gancho	100
— IX.—Un cortesano á gran velocidad.. . . .	125
— X.—Una familia prehistórica	143
— XI.—Unos tíos inesperados.	162
— XII.—Tía y sobrina.	178
— XIII.—Los primos	194
— XIV.—La inhumación del amor	198
— XV.—La luna de..... se oculta	209
— XVI.—Amante sospechoso, marido celoso	219
— XVII.—Una tormenta bajo un graneó.	230
— XVIII.—Conspiración en puerta, crisis á la vuelta	239
— XIX.—Marido que se quema, celoso torpe	245

ERRATAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice	Léase.
56	41	erta	gasta
61	23	Enriqueta	Enriqueta de
74	40	endulado	ondulado
79	40	el	en el
96	2	III	V
415	40	prestigitador	prestidigitador
467	40	sus	su
489	46	le	se